intervalo ALBUM

Hoy: LA MUJER DE PAJA con GINA LOLLOBRIGIDA

10 OBRAS COMPLETAS de

Josephine Bernard • Edmundo y Julio Goncourt • Héctor Pedro Blomberg • Ken Bald • Leo Sassi
Cristóbal M. Paz • Queen Brown • Osvaldo Moro • Robert Muller y Stanley Mann • Alejandro Ostrovski

sumario

PORTADA
Escena de la película "LA MUJER DE PAJA" (United Artists).
LA MUJER DE PAJA, por R. Muller y Stanley Mann
Como un invisible fantasma, gobernando su sillón, Charles Richmond castigó a su asesino.................... Pág. 4
...Y VOLVIO A DECIR: AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS, por O. Moro
Para ellos empezaba una vida nueva que les permitiría reparar el daño que habían hecho....................Pág. 18
HISTORIAS DE HOMBRES Y MUJERES, por C. M. Paz
Purgó su falta contemplando durante toda una vida el fruto monstruoso de su orgullo.................... Pág. 31
LA TEMPESTAD, por Alejandro Ostrovski
Le faltó valor para defender su matrimonio.................... Pág. 38
Dr. KILDARE, por Ken Bald
¿Lo amenazó con un arma? Quizá. Pero lo movía el deseo de curar a su mujer....................Pág. 54
EL SARGENTO DE SANTO DOMINGO, por H. P. Blomberg
El coronel Indarte estrechó, vivamente emocionado, la áspera mano del sargento de Rosas .... Pág. 66
VIAJE A LA OSCURIDAD, por Queen Brown
Lentamente fue saliendo de la noche del olvido....................Pág. 78
EL ABRAZO DEL HERMANO, por Leo Sassi
En medio de la naturaleza hostil los hombres descubren su destino común y olvidan sus divergencias cotidianas .... Pág. 88
GERMINIA LACERTEUX, por E. y J. Goncourt
Germinia pasó por el mundo sometida al asedio de circunstancias adversas. No pudo hacer más. Pero hubo alguien que la comprendió y derramó sobre su vida y sobre su tumba el bálsamo del amor.................... Pág. 98
LA INSTITUTRIZ, por Josephine Bernard
Lo niños no comprendían muy bien el significado de aquel acontecimiento, de aquel fin de la historia, pero lo presentían .... Pág. 119

intervalo ALBUM

LA MUJER DE PAJA

(WOMAN OF STRAW)

Por R. MULLER y STANLEY MANN

ADAPTACIÓN **DIBUJOS DE D. HAUPT**

Es ésta una adaptación basada en la extraordinaria película del sello ARTISTAS UNIDOS, interpretada en los papeles principales por GINA LOLLOBRIGIDA, SEAN CONNERY y RALPH RICHARDSON, bajo la dirección de BASIL DEARDEN. Es una producción de MICHAEL RELPH y BASIL DEARDEN.

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Escaneado en Córdoba - Argentina

No. No pienso volver, Tony. No me interesa su dinero, si debo degradarme para convivir a su lado.
¿Y... lo nuestro?
No finjas. Lo nuestro no es más que una transacción comercial. Una mujer siente cuando un hombre la quiere. Será mejor que todo termine aquí.
Tony no pudo convencerla. Volvió al barco. Charles le preguntó dónde se hallaba y si había hablado con ella.
Sí, le hablé, tío. Pero ella no quiere volver. Es inútil. Quizá..., si usted fuera a buscarla.
¡No iré! ¡Maldito sea, si voy a perseguirla!
No obstante, mientras las horas pasaban, Charles sentía crecer su inquietud. El capitán le anunció que estaba todo listo para la partida rumbo a su propiedad, en una hermosa bahía de Mallorca.
¡Peor para ella, si nos deja!
Entonces Charles no pudo dominarse...
¡Thomas! ¡Llévame a tierra! ¡Voy a traer a esa tonta testaruda!
Poco después...
Señorita María, el señor Charles está afuera. Quiere hablarle.
¿Eh...? Está bien, Thomas. Ya voy.
Aquella conversación fue decisiva. Charles, por primera vez, abrió su corazón -lo que aún restaba de él- a alguien.
María, habrás comprendido que no hubiera hecho esto por cualquiera. Tú... eres distinta. Has sabido resistir a mi dinero. No pude comprarte. Te admiro. ¿Comprendes lo que me cuesta decir esto?
María escuchó en silencio, luego miró a Charles Richmond y puso una mano sobre la suya.
Comprendo. Pero...
Déjame terminar.
Quería decirte que... Bueno, estoy estúpidamente nervioso. María, ¿me tomarías por loco si te pidiera... que fueras mi esposa?
Ya ves. Desde que era niño no he pedido a nadie nada en este tono, no me he confesado con nadie y.... Dime, María, ¿te causo repulsión, acaso?

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

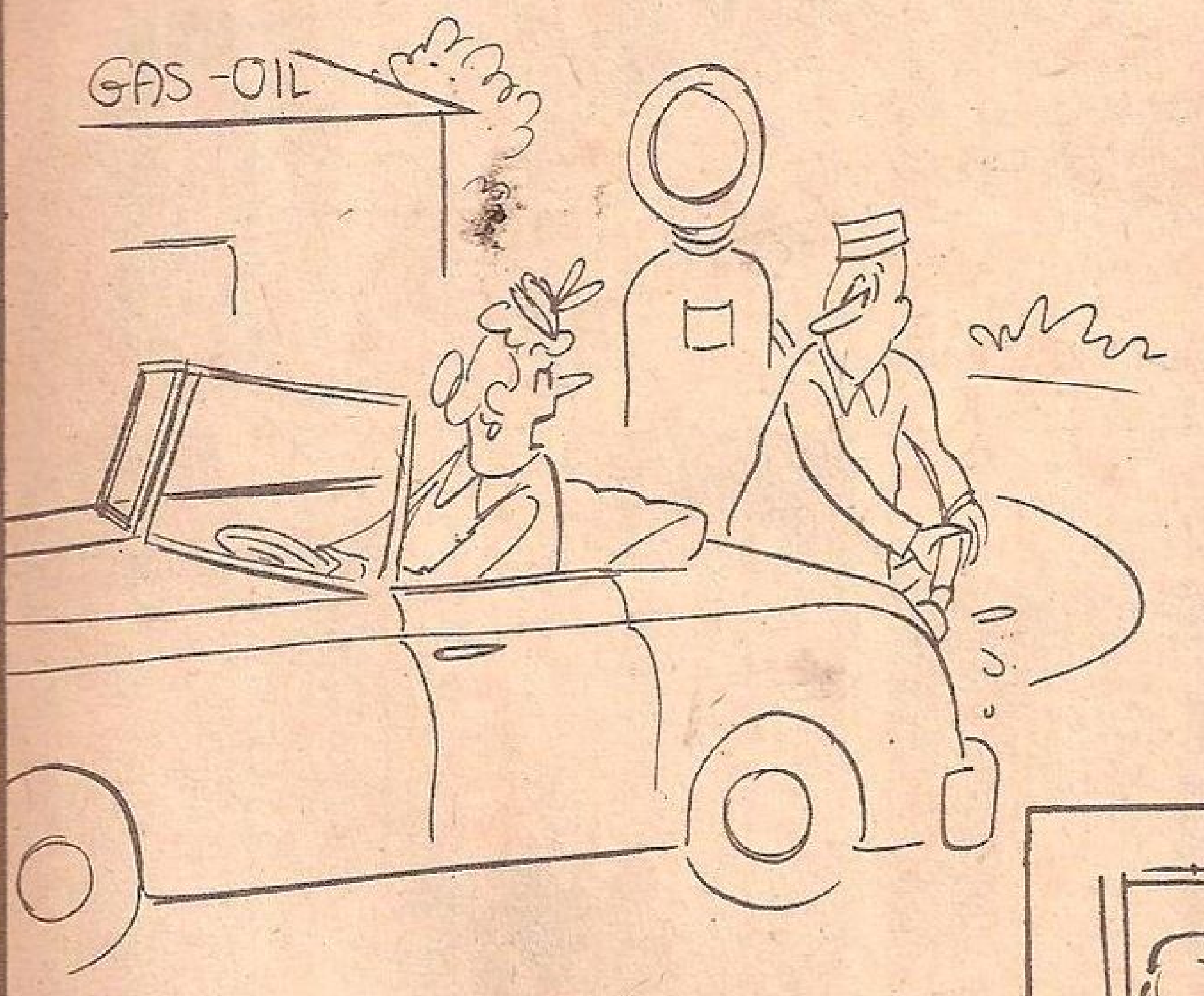
Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

¡El lo hizo, él lo mató! ¡El jurado me creerá! ¡No pueden condenarme!
El tribunal, sin embargo, tuvo que decidir en base a las evidencias.
...y considerando que, una vez probado el hecho de que el señor Charles Richmond bajó con vida del yate, la única persona que pudo...
... haberle hecho ingerir veneno, mezclado con sus habituales medicinas, es la señora Richmond, este tribunal la declara culpable.
María se tomó la cabeza con las manos.
(Lo has conseguido, Tony. Lo has conseguido.)
El Rolls Royce se detuvo frente a la mansión. El chofer descendió y abrió la puerta. Sonriendo, Tony se detuvo a contemplarla.
(¡Foxhurst! ¡Toda mía! Tu fortuna, tío, que quisiste negarme. Toda mía. ¡Y ya nadie podrá acusarme! ¡Un trabajo limpio!)
Fue hasta el escritorio que perteneciera al millonario, tomó un cigarro, satisfecho, y se sentó frente a él.
(Desde aquí dirigiré tu imperio financiero mejor que tú. ¡Lo demostré con mi magnífico trabajo! ¡Pobre María, romántica María! ¡Ja! ¡Ja!)
De pronto, los acordes de la Quinta Sinfonía de Beethoven tronaron por todos los parlantes de la mansión. Sobresaltado, Tony fue hasta la habitación donde su tío tenía los discos. Allí...
...en el sillón de ruedas, había alguien. Por un momento creyó que era Charles Richmond. Pero cuando se volvió...
¿Lo sobresalté, señor Richmond? Debe disculparme.
¿Qué busca aquí, inspector? El caso ha terminado.
Así lo creíamos hasta hace unas horas. Pero hay nuevas evidencias, empezando por un testigo...

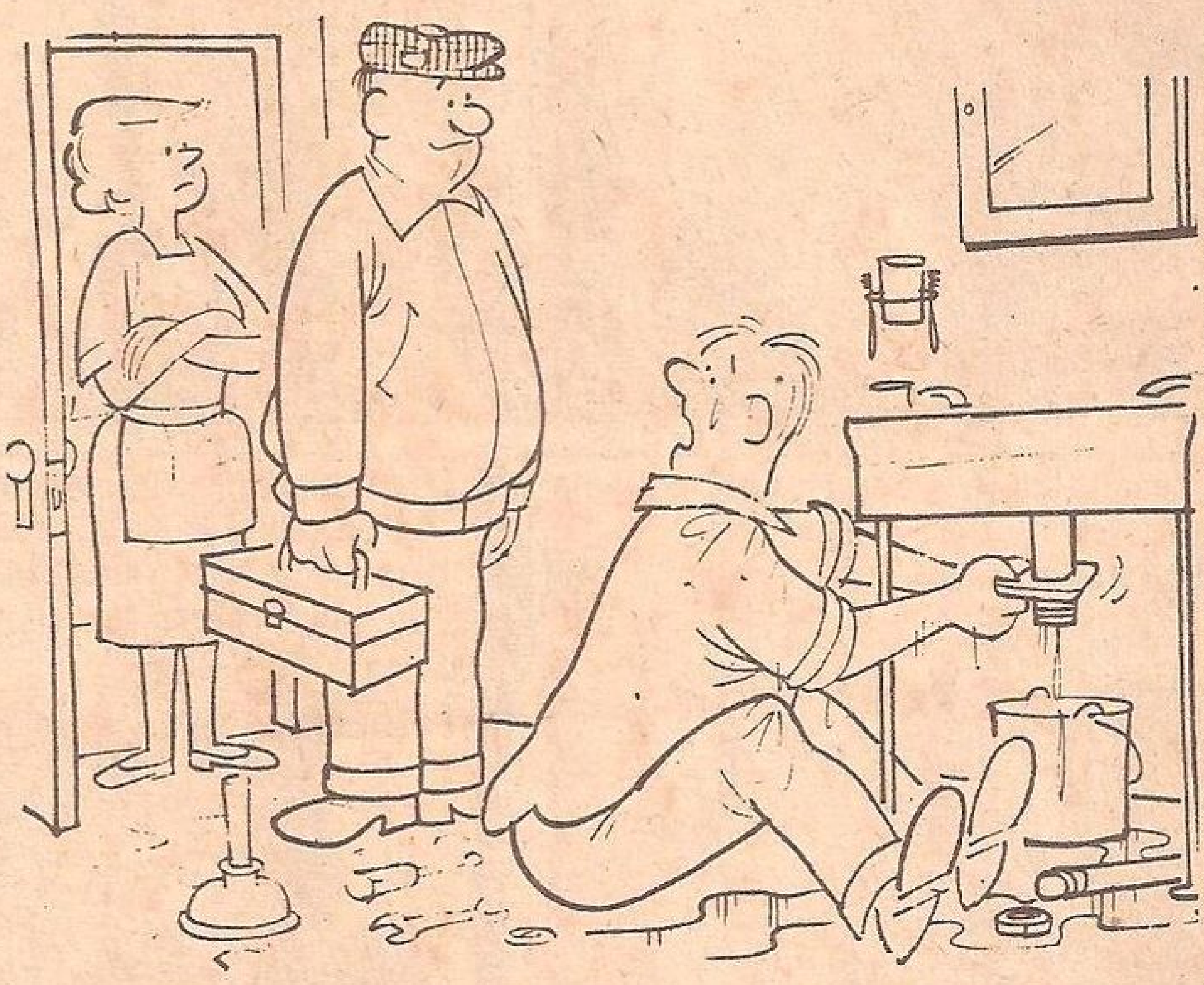
...que se llama Thomas. Sí, adelante, Thomas. Aquí lo tiene. El se rectificó de su declaración anterior y sostiene que su tío estaba muerto cuando lo bajaron.
¡Absurdo! ¡Miente! Seguramente para salvar a María. El le estaba agradecido, la quería...
Hay algo más, señor Richmond. Esta cinta grabada. Escuche.
¡CLIC!
Era la voz de Charles Richmond antes de morir.
Tú me has envenenado. Siempre quisiste hacerlo. Pero no conseguirás. Yo grabaré... Con ese calmante, tú me diste veneno... Ah...
Usted no advirtió que su tío grabó sus últimas palabras, Anthony. Thomas estuvo esa mañana, y, creyendo que se refería a María, ocultó la cinta, falsificando su testimonio...
...pero al comprender que con eso había contribuido a condenarla, ayudándolo a usted, recurrió a nosotros.
-Es bastante claro, ¿no?
Una vez probado que su tío murió en el barco... es usted el que mintió. ¡Y María Richmond dijo la verdad!
Tony lanzó una maldición, corriendo hacia la puerta.
¡Malditos! ¡No me tendrán!
¡Deténgase!
Thomas empujó el sillón de ruedas contra Tomy, al tiempo que éste llegaba al borde de la escalinata...
¡Aaaahhh...!
Y allí quedó, al pie de la escalinata, con el cuello roto. Como un invisible fantasma, gobernando su sillón, Charles Richmond castigó a su asesino.
FIN

SONRISITAS

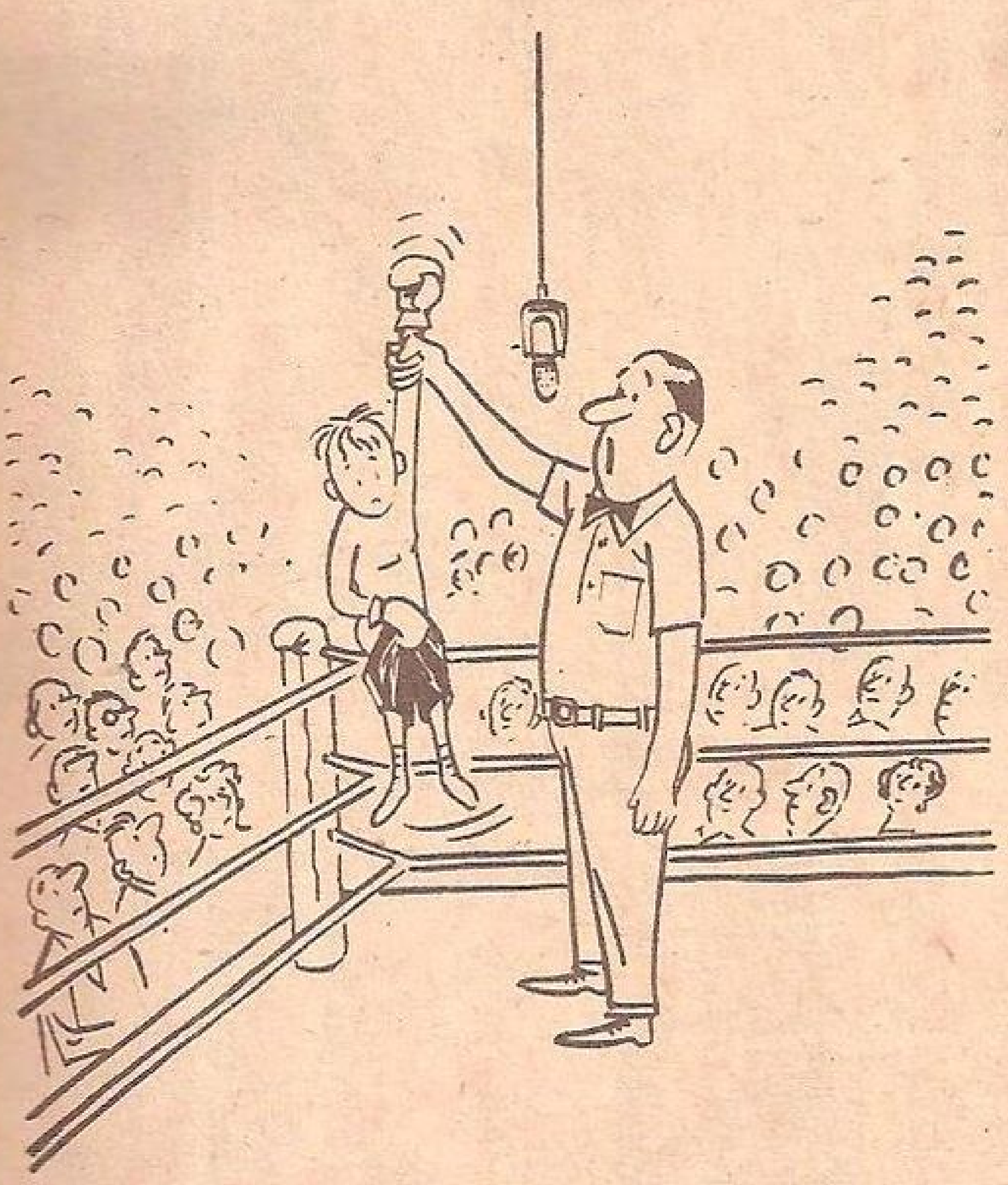


-¡Por favor, apúrese! Estoy corriendo una carrera con un hombre en una motocicleta.

-No me mires a mí. El es el que hablaba. Tú le has enseñado a hacerlo.



-¿Es usted el plomero? Yo no lo llamé... ¿Quién lo hizo?



-¡El ganador de esta noche es Juancito Watson, señores!

-¡Qué bueno! ¡La batería,por lo visto, funciona!

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

¡Vamos! Atenlos a los guardabarros delanteros.
¡Tiren!
¡Arre!
¡Un momento!
De debajo del camión que iban a desempantanar apareció Carla.
¡Torpe! ¡Iba a matarla!
El señor no se dio cuenta, no podía saber que yo estaba ahí, abajo, tratando de arreglar el perno.
¡No deja de ser torpe! ¡No trates de disculparlo!
Si te parecemos tan torpes nos vamos, y se las arreglan solos.
¡Desenganchen!
No, por favor. Mi tío está nervioso. Compréndalo. Las cosas nos van mal. Los mecánicos nos dejaron en el pueblo anterior. Ayúdennos, por favor.
Y Fernando se quedó. No se volvió para mirar a Carla. Para él la ingratitud era el peor mal del hombre. Pronto los camiones fueron desempantanados.
Cuando el tío de Carla quiso abonarle a Fernando el servicio que les había prestado, éste se negó a aceptar cualquier pago y ordenó a sus peones que tampoco aceptaran nada de parte del anciano empresario.
Una semana después, Carla había averiguado en dónde vivía Fernando y había ido en su busca. Quería agradecerle lo que había hecho.
No tiene nada que agradecerme. Era mi obligación hacer lo que hice. ¿O usted no conoce aquello de "amaos los unos a los otros"...?
Carla calló. Sintió de pronto un ahogo profundo en la garganta, y una tristeza húmeda comenzaba a invadirle los ojos.
"Amaos los unos a los otros..." Claro que lo conozco. Ocurre que hay poca gente que lo recuerde frecuentemente.

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Escaneado en Córdoba - Argentina

Haz lo que quieras. Eres mala. No te importó la muerte de tu sobrino, del marido de Carla. Dices odiar a los Ledesma y no es cierto.
Paco Ledesma fue tu novio, y tú dejaste su circo y lo abandonaste para casarte con el tío de Mario, pensando que era un partido mejor.
Tu odio por los Ledesma es envidia por su triunfo y rabia por haber equivocado el cálculo.
Lejos de todo ese pasado de viejos rencores, Carla y Fernando planeaban un futuro que les resultaba difícil construir.
No te puedo obligar a que me ames, si no me quieres amar; pero tú tampoco te puedes negar a ti misma a amarme, si es cierto que me quieres.
Tengo miedo, mi corazón es cobarde y tiene miedo a reconocer que ama.
Alguna vez, ya hace años, amé intensamente, pero fui torpe y ayudé a destruir bárbaramente al hombre amado.
Te estás condenando a ti misma. Acepta mi amor. Yo soy el comienzo de una vida nueva, soy el principio de la paz, de la alegría.
Amame, que me estás amando, ámame...
Tengo miedo, Fernando, tengo miedo de hacerte daño, tengo miedo...
¿Qué ocurrirá ahora? ¿Qué ocurrirá con mi pasado, con el rencor de mis tíos? ¿Qué nos ocurrirá a ti y a mí? ¿Qué querrán hacer con este amor que van a prohibir?
No pienses, ahora no pienses. Escucha este silencio que nos está dando la tarde. Escucha y calla. Nadie puede nada contra dos que se amen bien.

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Te he preguntado algo. Yo amo la música de mi violín y amo mi violín.
¿En dónde está Carla? Quiero saber en dónde está Carla.
No sé en dónde está Carla; sólo sé en dónde está la música de mi violín y en dónde está mi violín. Escucha.
Me voy...
¡Fernando!
¿Qué quieres?
Fernando, yo amo mi violín, lo amo realmente, por eso lo cuido y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para que no me lo quiten, estoy dispuesto a enfrentar cualquier enemigo, porque lo amo.
Fernando se volvió. Había comprendido las palabras de Lalo. Con paso resuelto se dirigió, entonces, hacia el carromato de los tíos de Mario.
Ya puedes salir, Carla. Fernando se ha ido.
Carla no se movía del rincón en donde estaba escondida.
¿Qué te ocurre?
Lo he visto a través de esta ventana. Ha ido a hablar con los tíos. ¡Ahora sabrá que soy una asesina!
El pánico y la angustia hicieron estallar los nervios de Carla.
¡No quiero que hable con ellos!
¡Le dirán que yo lo maté! ¡Que yo ayudé a que lo mataran!
Carla corrió hacia el carromato en el que momentos antes había entrado Fernando. Estaba desesperada.
¡Carla! Carla, estaba hablando con tus tíos. Vuelvo a repetirles que me quiero casar contigo. Te amo.

Yo no. Yo no te amo, no quiero casarme contigo. Yo sólo quiero huir, ¡quiero huir porque tengo miedo!
No sigas hablando, Carla. Tarde o temprano la verdad del corazón se revela y hay que saber aceptarla. Tú amas a este hombre. Vete con él y olvídanos. Olvida también la muerte de Mario; no tuviste nada que ver con ella.
Los únicos culpables somos nosotros dos.
¡Deliras!
-Pero no lo matamos en ese instante; lo matamos mucho antes, cuando lo acosamos con nuestro rencor, con nuestra estúpida necesidad de ser más que los Ledesma.
Lalo me ha ayudado a ver las cosas. Anoche hablamos mucho. El viejo payaso tiene razón.
Tú no me has amado nunca. Tu codicia me encegueció.
No entiendo qué quieres decir.
Carla permanecía en silencio. Parecía trastornada. El recuerdo de todos los dolores sufridos, el miedo a perder otra vez la felicidad, la atontaban. Sorpresivamente, lejos, estalló un trueno tremendo.
¡Salgamos de aquí, rápido!
¡Es un alud de barro!
¡Tome ese rifle! ¡Podremos necesitarlo!
Fernando no se había equivocado. El barro lo cubría todo. Se escuchaban desesperados gritos de auxilio.
Esta muchacha está herida, ¿qué hago?
¡Lleven a todos los sobrevivientes a la chacra! Avísales a mis hermanos que llamen al médico del pueblo.
¡No lo mates! El circo está destruido. Si matas a los animales no podremos seguir más adelante con la carpa.
Las bestias están enfurecidas. No voy a arriesgar la vida de nadie. Yo no voy a jugar más con la vida de los otros.
Carla se movía torpemente a través del pantano en que se había convertido el lugar. Fernando trataba de animarla. Era urgente salir de ahí.
¡Cuidado!

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

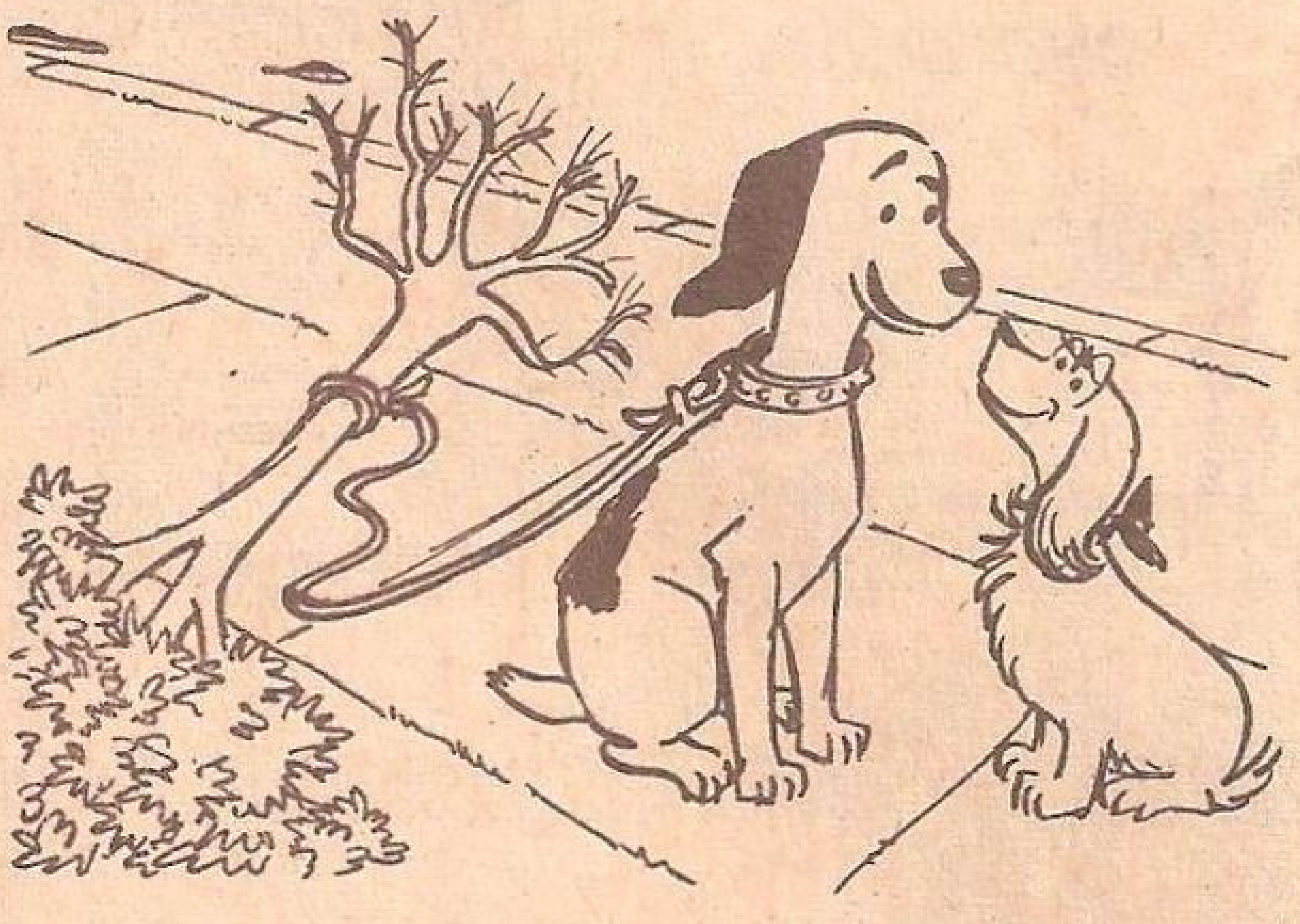
Nosotros no vamos a ir a la chacra.
Mejor, así no le debemos nada. Carla es una ingrata. ¡Dejarnos justamente ahora que tenemos que reconstruir el circo!
No vamos a reconstruir el circo. Eso ya se terminó. Iremos al encuentro de los Ledesma. Nos ofreceremos para trabajar con ellos de cualquier cosa.
¡No puedes hacerme eso!
Es nuestro castigo. Fuimos estúpidamente orgullosos; la envidia nos corroía. Todo eso terminó. Vamos a trabajar al servicio de los Ledesma.
Los tíos de Mario se fueron. Para ellos también comenzaba una nueva vida, una vida de castigo; una vida que les permitiría purgar en algo el daño que habían hecho.
No hubo que lamentar ninguna víctima a consecuencia del alud. Lalo decidió quedarse en la chacra y, años después, se había transformado en el cariñoso abuelo de los hijos de Carla y Fernando.
Llegaron los largos días de la dicha duradera. Aquel que una vez había dicho: "Amaos los unos a los otros", dijo también: "La paz sea con vosotros". Y la paz estuvo para siempre entre ellos. Carla y Fernando fueron dichosos.
FIN

CIRULAXIA
SUAVE LAXANTE
JARABE Y
GRAGEAS
CIRULAXIA
LAXANTE-PURGANTE
Laboratorios LAICH
INDUSTRIA ARGENTINA
CIRULAXIA
VENTA LIBRE
LAXO
PURGANTE
VEGETAL

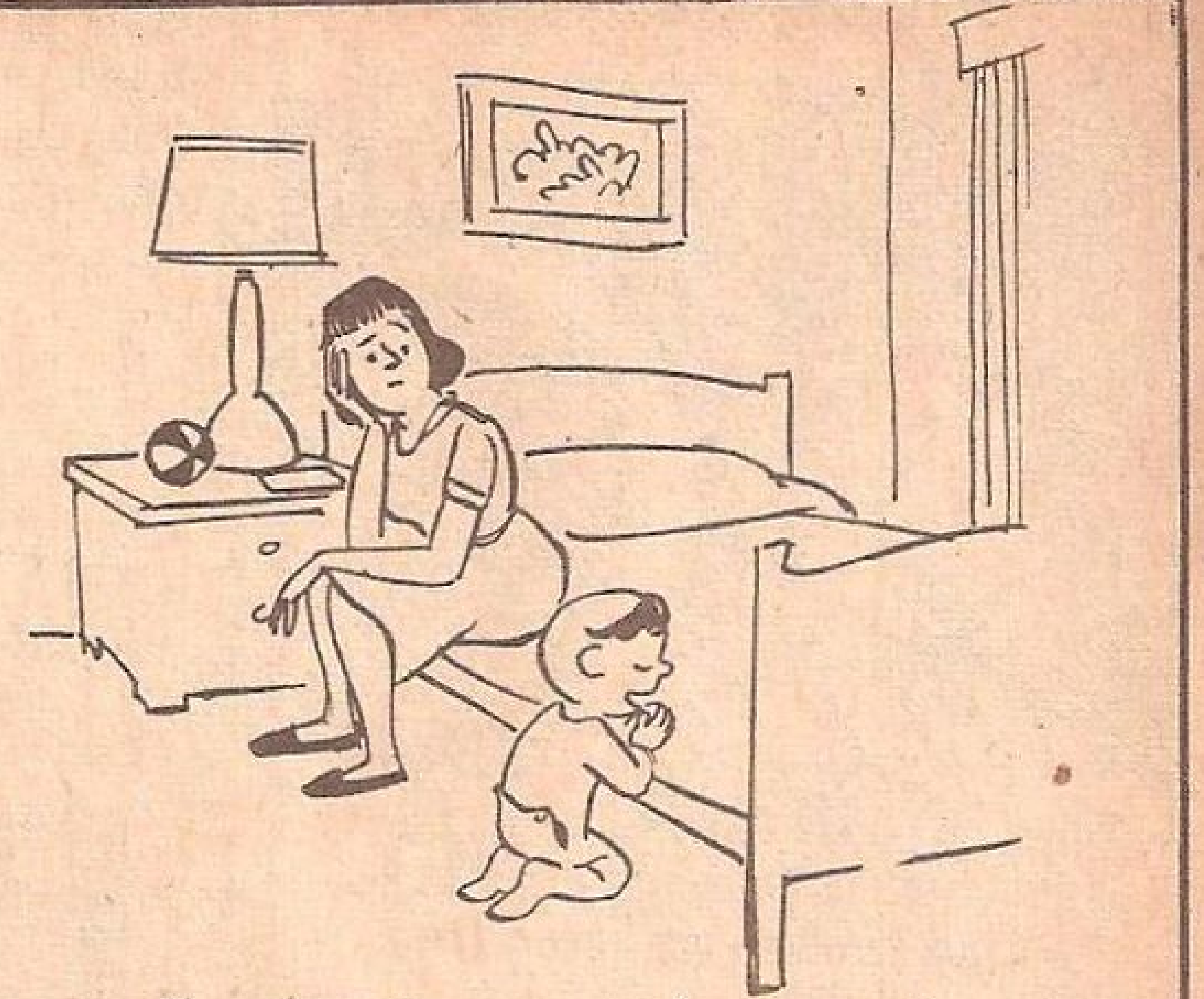
INDUSTRIA ARGENTINA
CONTENIDO NETO 20 cm³
CLORANGIOL
SOLUCION
VENTA LIBRE
ANTIBIOTICO
ANTISEPTICO
ANESTESICO
Y DESODORANTE
BUCOFARINGEO
Consulte al odontólogo. Buches con CLORANGIOL SOLUCION antiséptico, desodorante, calmante eficaz.
CLORANGIOL SOLUCION, auténtica solución para la salud de su boca y garganta.
Clorangiol
SOLUCION

DE BUEN HUMOR

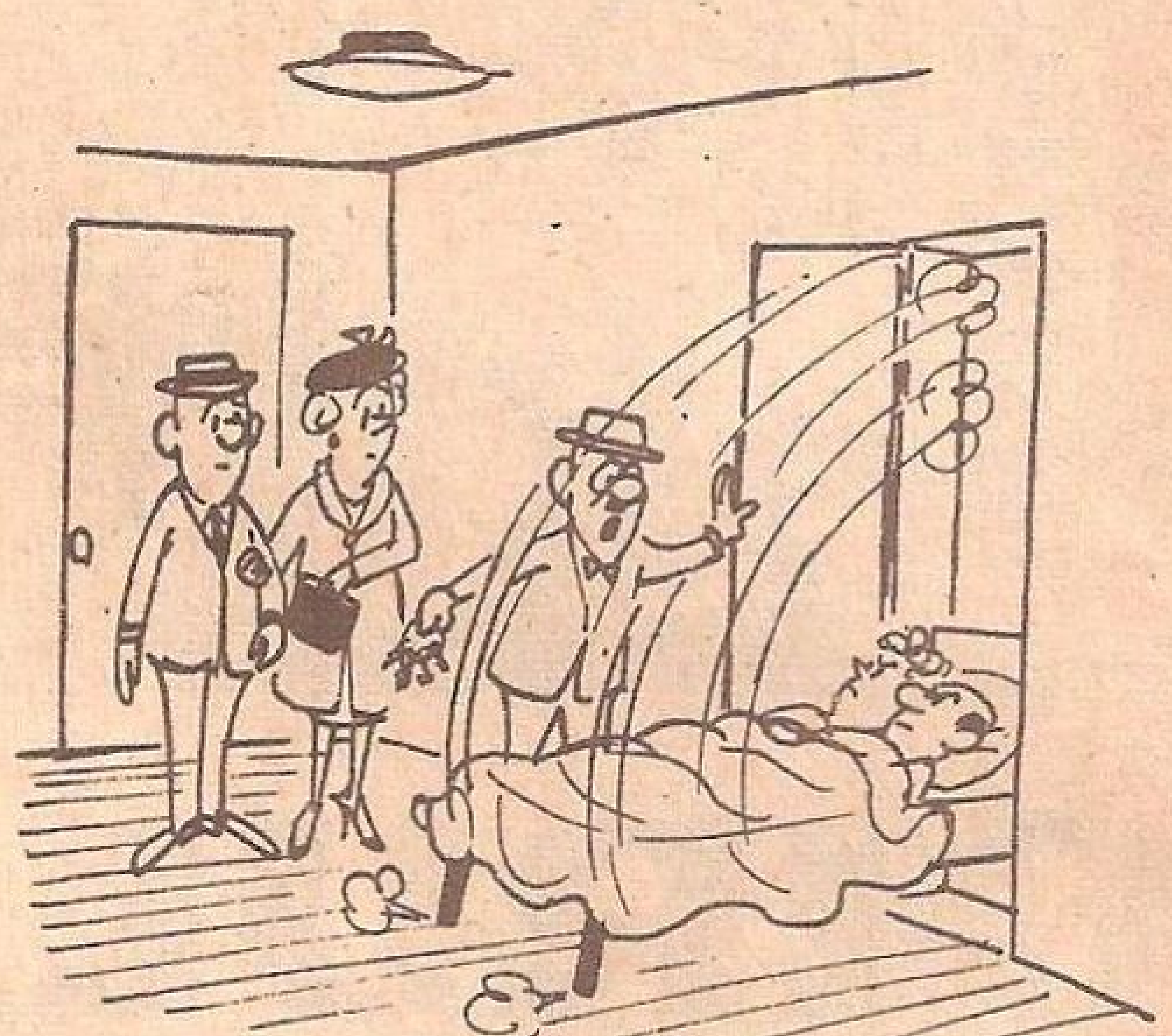
-Mi esposa vendrá a buscar dinero para hacer compras. Por favor, ¿quiere ser inflexible con ella?



-Casi no pude acudir a la cita, pero con un poco de voluntad pude lograrlo.



-"... bendice a papá y mamá y a Bessie y al caballo y a tía Susana y a las gallinas y a nuestros vecinos y a tío Guillermo y a los cerdos y a las ovejas y a todos los que..."



-¡Oh! ¿No dijo usted que los inquilinos anteriores se habían mudado?

-¡No te muevas, querida! Quiero conservar tu hermosa y etérea visión.

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

CRISTÓBAL MARÍA PAZ

presenta sus historias de hombres y mujeres

EL FAMOSO DR. LAMAS

DIBUJOS DE VOGT

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

¿Por qué nunca el doctor Lamas habla de su primera operación?
No sé nada sobre eso; hace pocos años que trabajo con él.
PROHIBIDO FUMAR
¡Es cierto! El doctor Lamas nunca ha dicho nada sobre su primera operación. ¡Vamos a averiguar! ¡Detrás de ese silencio puede haber una nota!
El secretario del doctor Lamas los vio irse. Eran dos periodistas jóvenes a la caza del escándalo. Y tuvo miedo. No sólo ese día se acababa la carrera del famoso doctor Lamas, sino que también podría acabarse su gloria.
Los periodistas comenzaron sus consultas. Se sabía poco sobre el pasado del doctor Gustavo Lamas. Un viejo enfermo dijo algo sobre la niñez del famoso cirujano.
El doctor Lamas había nacido en un pequeño pueblo de la provincia de Sante Fe. Era el único hijo varón de una riquísima familia que se había transmitido como herencia un viejo consultorio.
Los Lamas eran tradicionalmente los médicos de ese lugar. Eran muy orgullosos. Gustavo no tenía amigos. Vivía para sus estudios.
Sus padres y sus tíos necesitaban convertirlo en un sabio capaz de hacer la empresa que ninguno de ellos se había atrevido a llevar adelante: salir de esa villa.
Gustavo al principio se rebeló. Quería vivir como cualquier otro muchacho de su edad, pero al final la familia lo venció y aceptó, calladamente, ese destino que le fabricaban.
Gustavo comenzó a destacarse como un estudiante de una mentalidad privilegiada. Llegó a convencerse de ello. Sus exámenes eran siempre notables. Tenía la obligación de que así fueran y así eran.
Eso era todo lo que sabía el enfermero. Los periodistas ya conocían algo más nada importante quizás, por ahora. Se dedicaron entonces a entrevistar a varios médicos, amigos y compañeros de promoción del doctor Lamas.
Los colegas del doctor Lamas poco podían decir de él. Sólo hablaban de sus éxitos personales, de su maestría como cirujano, pero no decían nada de importante sobre su vida privada.
RAYOS
DERMAT
¿Cómo fue la primera operación del doctor Lamas?
Resultó todo un éxito. Yo entonces era estudiante. La realizó en el hospital Rawson. Desde entonces demostró su categoría de maestro.

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

"Deborah era de una hermosura poco común. Me amaba y me comprendía enormemente. Supo ganarme. Era inteligente, suave y estaba profundamente enamorada."
"Después que me recibí, cada vez que iba a comenzar a atender mi consultorio, la llamaba por teléfono. Necesitaba escuchar su voz, necesitaba que me dijera sus buenas palabras de aliento, esas palabras que me daban seguridad y fuerza para enfrentar mi trabajo."
"Me había humanizado. Deborah había hecho el milagro de hacerme distinto, de obligarme a descender de mis alturas. La quería. El milagro del amor me había cambiado."
"Yo todavía no había intentado una operación importante. Estudiaba y me preparaba para comenzar en cualquier momento mi tarea de cirujano."
"Fue entonces cuando Deborah enfermó. Estaba muy decaída. Le había nacido una mancha en la cara, en la mejilla izquierda. Era como una rosa oscura creciendo en la carne."
"Deborah me pidió que la operara, pero también me pidió que antes nos casáramos en secreto. Y así lo hicimos."
"Tres días después Deborah era mi paciente en el pequeño hospital del pueblo. Yo sostenía que lo que tenía era un cáncer. Cuando entré al quirófano ya estaba dormida, pero aparecía radiante. Nos amábamos intensamente."
"Paulatinamente, mientras iba operando, crecía mi seguridad. El orgullo me cegaba, otra vez el orgullo... Yo era el sabio que todo lo sabía, el santo sabio enardecido porque la fatalidad se ensañaba con un ser amado."
"Se había apoderado de mí un frenesí violento. Sólo pensaba en salvarle la vida. Extraje lo necesario para el análisis."
"Tendría que haber aguardado el resultado, pero no lo hice. Estaba seguro de qué era lo que le ocurría a Deborah, estaba seguro de que aquella formación era un cáncer."
"Seguí operando. Tenía que destruir aquel hermoso rostro para poder salvarle la vida, o dejarla así, como estaba, y cerrar la herida, y esperar que muriese dentro de seis meses o un año a lo sumo."
"No lo pensé más. Tenía que destruir su rostro pero salvarle la vida. Yo aprendería a vivir a su lado quedara como quedase."

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

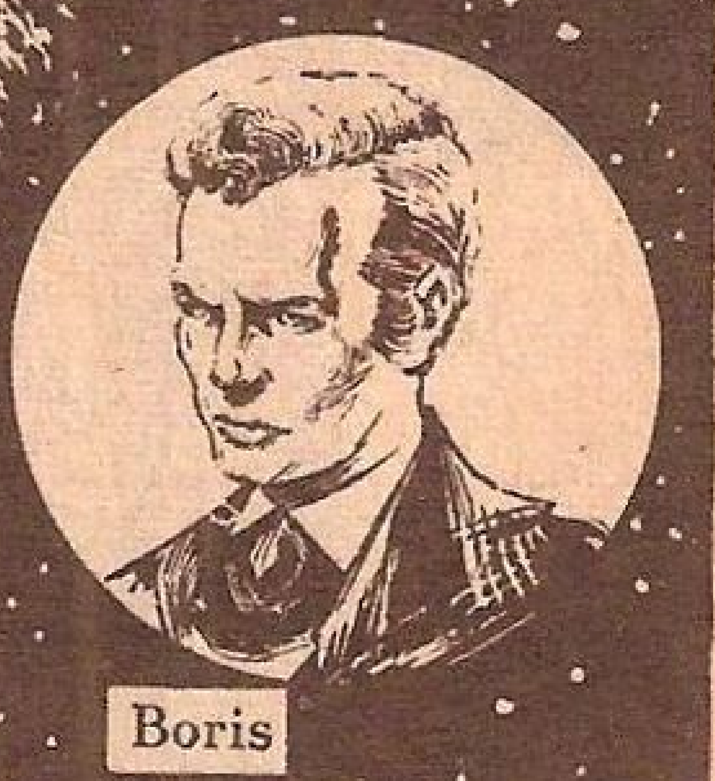
La TEMPESTAD

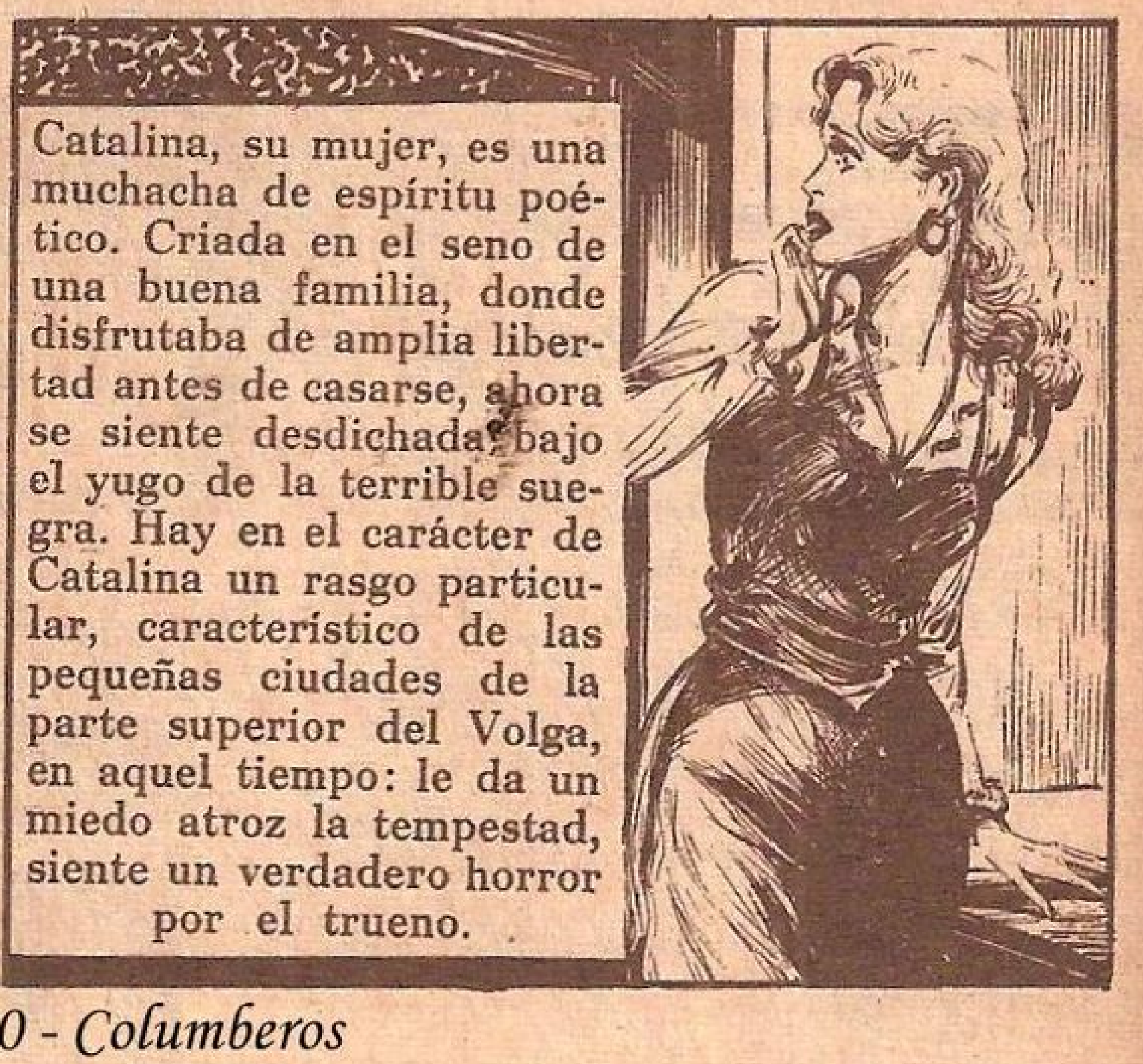
Por ALEJANDRO OSTROVSKY

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE ÁNGEL COOPER

Nacido en Moscú en 1823, Ostrovsky escribió, en 1847, su primera comedia: **Un cuadro de dicha familiar**, que pasó casi inadvertida. Tres años después publicó el drama **No podemos contar ni con los nuestros**, que adquirió inmensa popularidad antes de ser representado, y fue leído infinitas veces en reuniones privadas por el autor, que era excelente lector y actor. Por fin fue autorizado el estreno, después de haber dado a la escena dos obras de gran éxito: **No te sientes en un trineo ajeno** y **Pobreza no es vicio.** Fue esencialmente un autor dramático. Y acaso ninguna de las obras que escribió —cerca de cincuenta entre dramas y comedias alcanzase el éxito y la popularidad de **La tempestad**, que hoy ofrecemos a nuestros lectores, y que constituye uno de los mejores dramas del teatro ruso. Muerto el autor en 1886, esta obra siguió representándose, y todas las grandes compañías la cuentan en su repertorio.





Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Añora sus días de soltera, en los que vivía descuidada y libre, cuando la madre la vestía como a una muñeca, satisfaciendo todos sus gustos y caprichos, cuando no hacía otra cosa que soñar. ¡Y qué sueños! Ahora también sueña, pero raramente.

Calla, y, después de un profundo silencio, sorprende a Varvara diciéndole que morirá pronto. Tiene este presentimiento, porque advierte que le pasa algo extraño. Nunca ha sentido nada semejante. Es la impresión de que empieza a vivir una vida nueva y, al mismo tiempo, la sensación de un gran miedo, como si se hallara al borde de un precipicio y alguien la empujara, sin que ella pudiese agarrarse a nada.

Varvara le pregunta si está enferma. Y Catalina le explica:

—No, no es una enfermedad, ¡ojalá lo fuese! Ideas locas se apoderan de su mente sin que pueda desecharlas. Quiere rezar y no puede: un demonio repite a su oído palabras que la avergüenzan. Por la noche no duerme. Le parece escuchar, en el insomnio, un cuchicheo junto a ella, como si alguien le dijera palabras acariciadoras y tiernas. No sueña como antes con florestas encantadas y colinas celestes, sino que cree sentir que alguien la abraza con brazos que la queman, arrastrándola no sabe adónde.

Catalina tiene vergüenza de descubrir su pensamiento a una muchacha soltera; pero Varvara la convence para que siga contándole, y ella le confiesa que la casa le parece asfixiante, y que le entran unos deseos locos de pasearse en una barca por el Volga, en medio de canciones, o de sentirse arrebatada en una hermosa troica...

HUMORADAS

—¡Pensar que he esperado diez largos años para hacer este ansiado viaje!

SEA Vd. UN PROFESIONAL

CURSOS GRATUITOS Y EMPLEO

EN SU PROPIA CASA, A PERSONAS DE AMBOS SEXOS, DEL PAIS Y DEL EXTERIOR

ENSEÑANZA TECNICA - Cursos de:
Ingeniero en Electrónica
Ingeniero en Radio y Televisión
Ingeniero Mecánico en Automóviles
Ingeniero en Motores a Expl. y Diesel
Matemáticas Superiores para Radio y TV
Técnico en TV y 30 cursos más

ENSEÑANZA COMERCIAL - Cursos de:
Organizador y Director de Empresas - Experto en Comercio - Contador Experto en Réditos e Impuestos Generales.

En pocos días sea Martillero Público (con licencia prof. Legalmente otorgada)

Dibujante profesional

Periodismo y 10 cursos más.

Unica Institución en el Mundo que se compromete por escrito a emplear a sus diplomados superiores, si éstos así lo desean.

Inscripciones anuales limitadas

Pida informes, citando el Curso que le interesa.

UNITED TECHNICAL INSTITUTIONS
- Depto. de INFORMES -
CASILLA DE CORREO CENTRAL Nº 5099
BUENOS AIRES

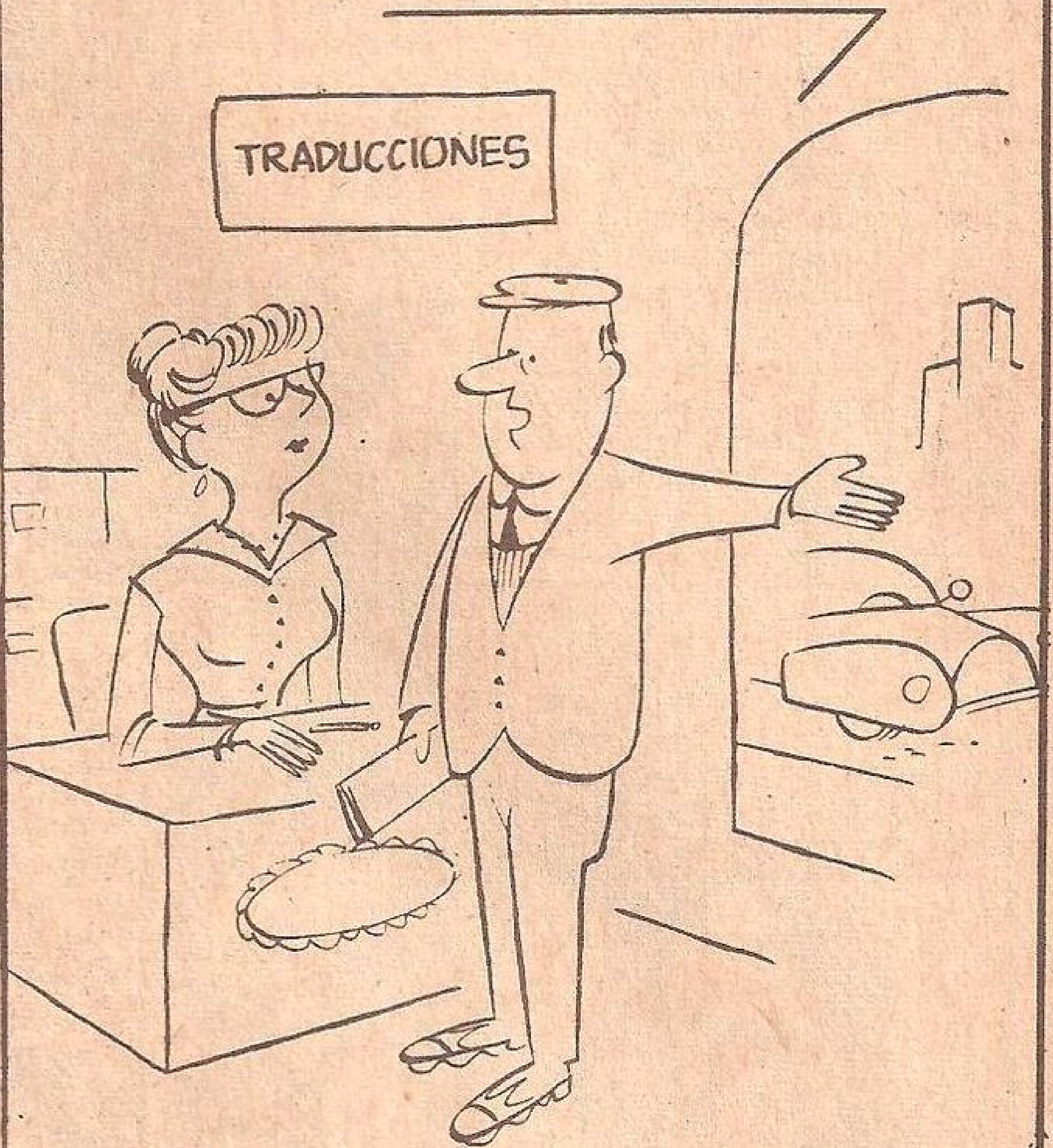
Nombre ....
Calle y Nº ....
Localidad ....
Provincia ....

ALB-447

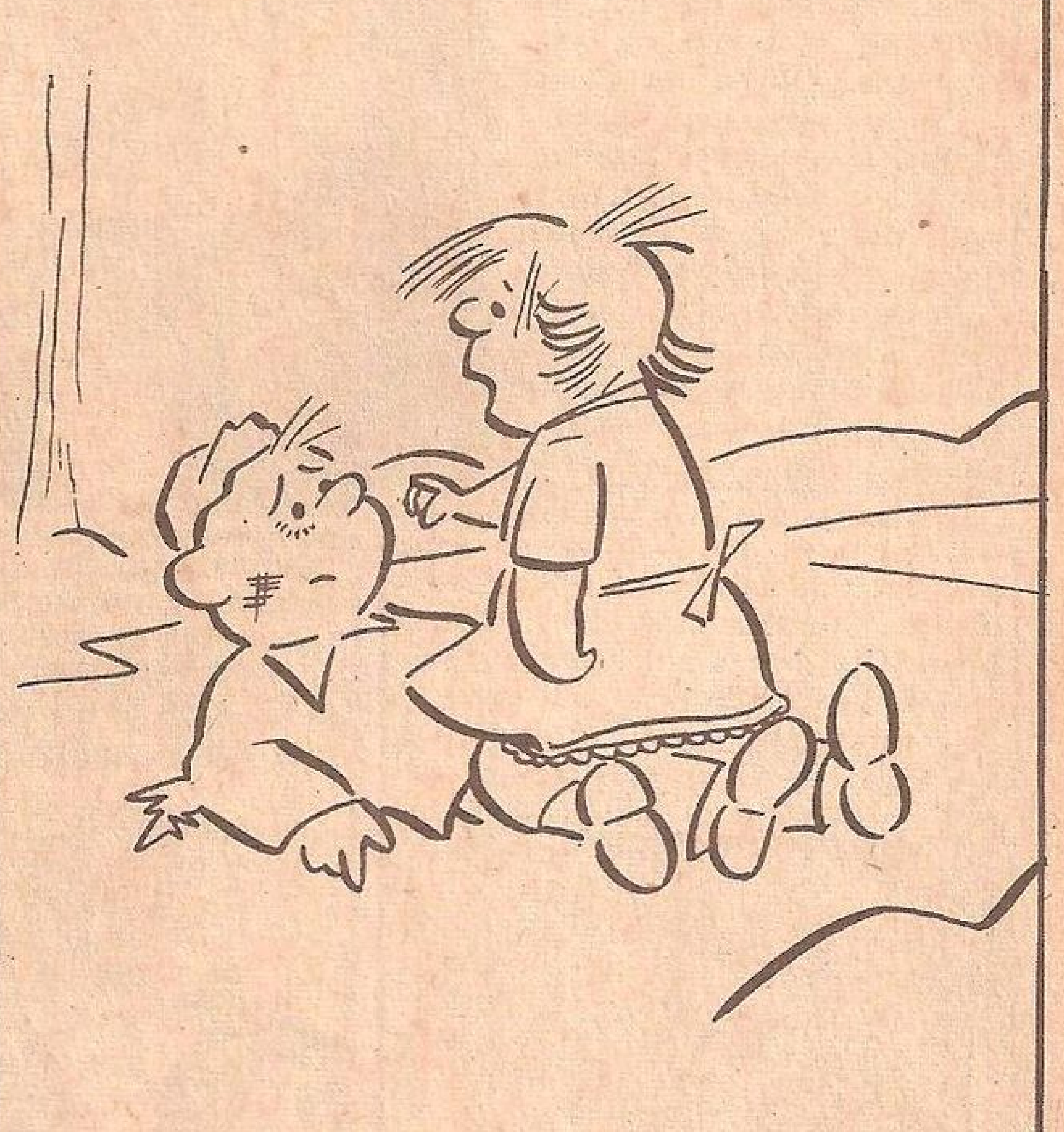
Escaneado en Córdoba - Argentina

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

ALÉGRESE



-Necesito ayuda, señorita. Mi coche es importado y no lo puedo hacer arrancar. ¿Puede usted traducirme el manual?



-Dime ahora, Marcelo. ¿Me quieres?

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

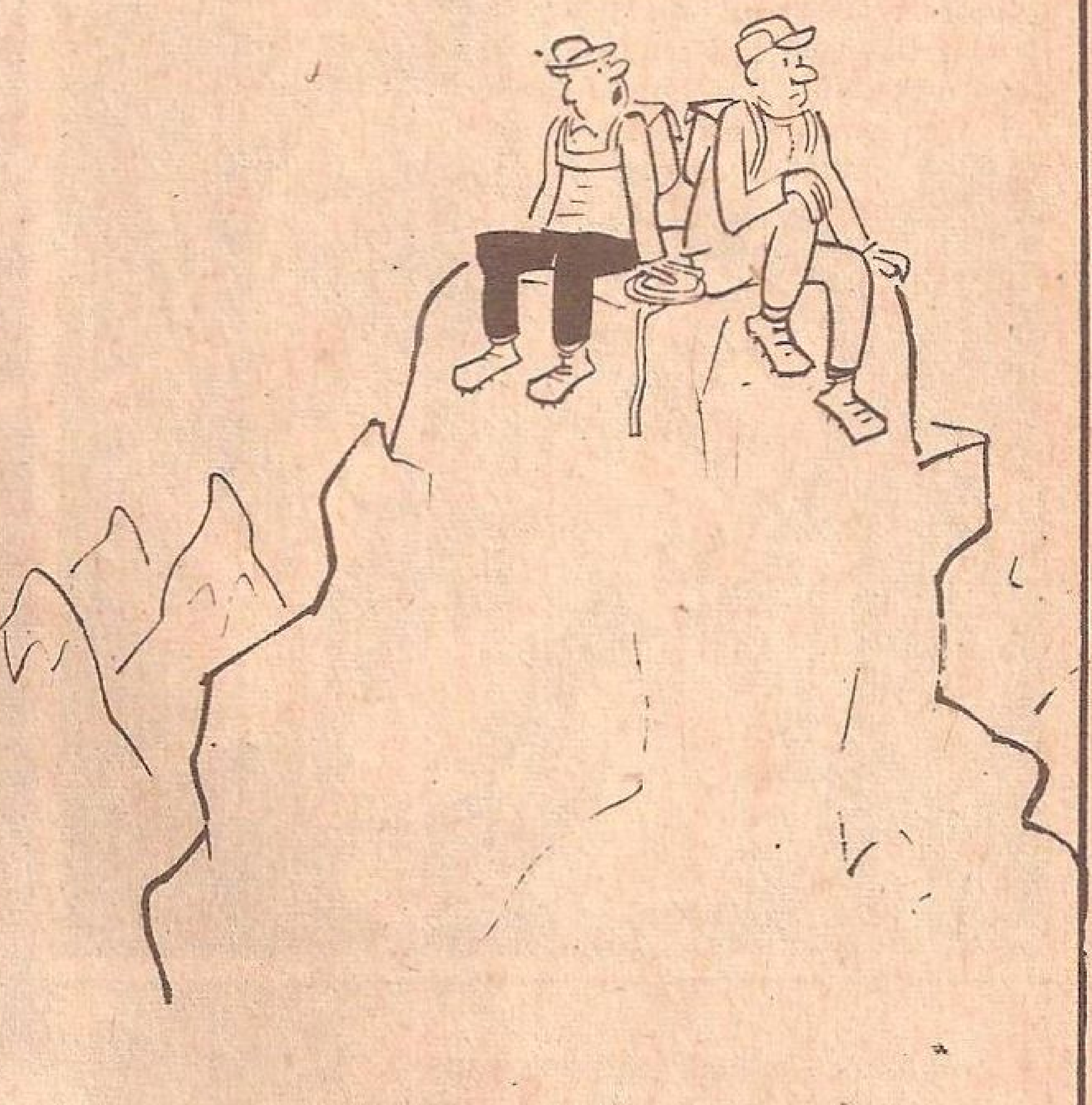
Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

¡Tikone, no te vayas! ¡En el nombre del cielo, no te vayas! ¡Te lo suplico!
Eso no puede ser, Catalina. ¡Qué diría mi madre!...
Entonces, llévame contigo. ¡Llévame contigo!
¿A qué viene eso? ¿Qué temes? Te quedas con mi madre y con mi hermana...
Tikone se libertó del abrazo de su mujer, como si no le hiciera ninguna gracia quedarse, como si quisiera deshacerse de todas las ligaduras que lo retienen en la casa, pues su mayor ilusión es huir de ella. Y se lo dice a Catalina: — No es que no te ame, pero para salir de semejante esclavitud, cualquiera dejaría a una mujer aun más bella que tú. Hazte cargo: después de todo, soy un hombre, y vivir como vivo aquí, decide a uno a huir hasta de su propia mujer.
Ahora estoy seguro de no recibir, por quince días, ninguna reprimenda, ni de soportar los grillos en los pies.
Catalina se siente muy desgraciada ante un marido que le inspira lástima, y del cual no puede recibir ayuda alguna en el combate que se libra en su alma. Y exclama llorando, sin que él pueda comprender el alcance de las palabras:—Tikone, si me dejas sola, ocurrirá una desgracia, una gran desgracia.
Llega el momento de partir. Según la antigua costumbre rusa, cuando alguien sale de viaje, todas las personas de la casa deben permanecer unos instantes en silencioso recogimiento. El hijo saluda a los padres prosternándose ante ellos, y la mujer saluda de la misma manera al marido. Marta Kabanova obliga a que se guarden las reglas tradicionales, y de aquel modo despiden a Tikone.
Cuando éste se ha marchado, la madre reprocha a Catalina la frialdad de la despedida:—¿Eras tú la que se jactaba de amar a su marido? —le dice—. Si fuese cierto, te habrías acostado en el umbral y hubieras estado lamentándote por lo menos dos horas. Pero a ti te da lo mismo. Sin esperar una respuesta de la nuera, se marcha a hacer sus oraciones, indicando que nadie la moleste.

GANE FAMA Y DINERO...
...estudie:
DIBUJO
LAS 6 ESPECIALIDADES EN 1 CURSO MAESTRO
humorístico - artístico - publicitario - historieta
letras - dibujos animados
MODERN SCHOOLS inc.
SUCURSAL ARGENTINA:
Loria 531, Buenos Aires
C
Nombre
Dirección
Localidad
ALB. INT. 111
HOY MISMO
envíe el cupón
UD. RECIBE
GRATIS SUS
PRIMERAS
LECCIONES

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

UNA SONRISA



-Y ahora que llegamos arriba, ¿qué...?

SEA UD. INGENIERO EN RADIO TELEVISION

ESTUDIO GRATUITO Y EMPLEO
A PERSONAS DE AMBOS SEXOS, DE TODO EL PAIS Y DEL EXTERIOR, APRENDIENDO EN SU DOMICILIO
INSCRIPCIONES LIMITADAS

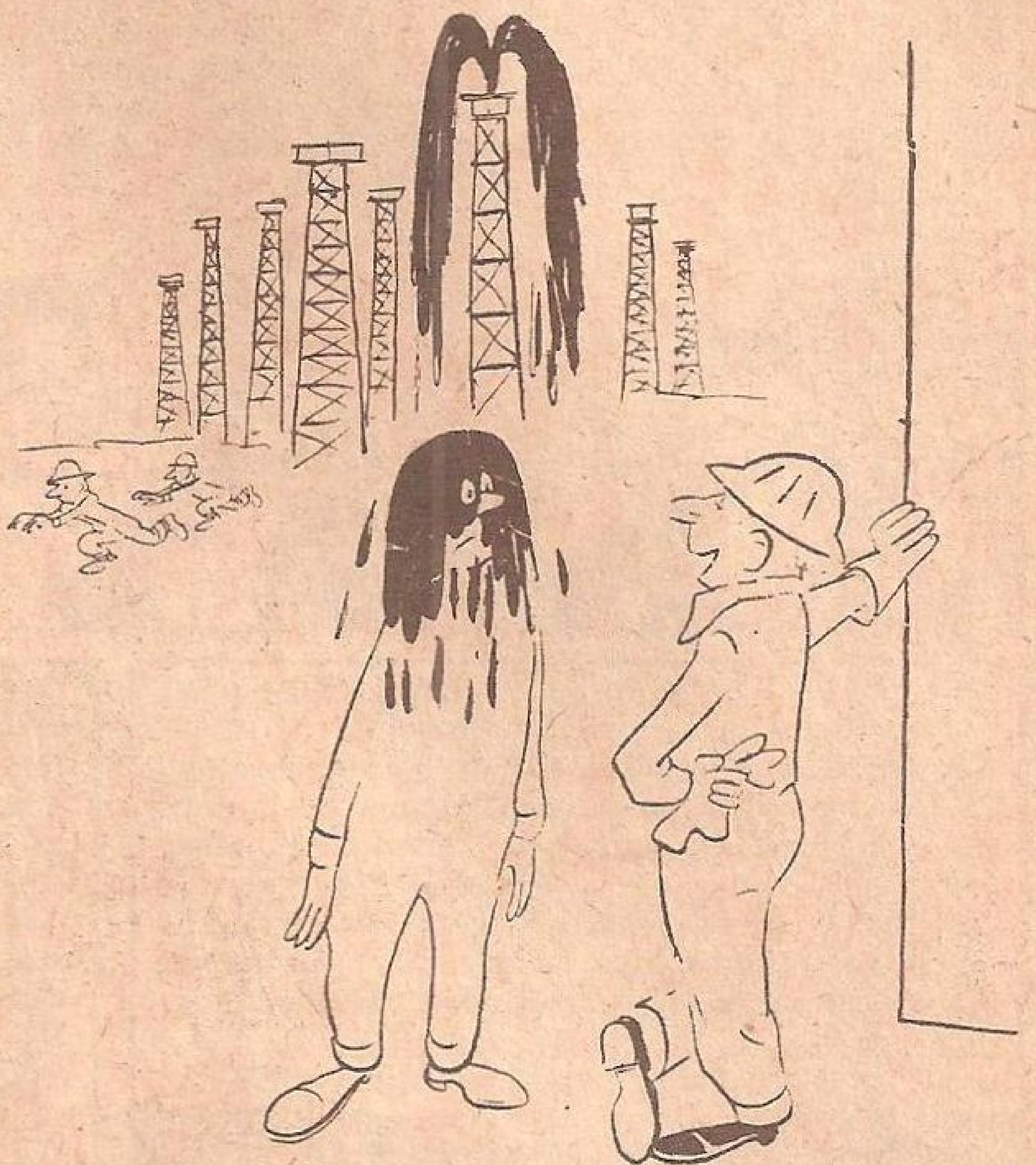
CURSOS DE DIFUSION TECNICA:
MATEMATICAS SUPERIORES PARA RADIO Y TV TELEVISION - ACUMULADORES ELECTRICOS

Escriba, enviando sus datos personales, a
"UNITED TECHNICAL INSTITUTIONS"
SECCION ELECTRONICA
CASILLA DE CORREO Nº 1790
BUENOS AIRES

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columbreros

SONRÍA



–¿Siempre usas la misma grasa en el cabello, Ernesto?

sea

DETECTIVE

- Capacítese para la más apasionante y provechosa actividad.
- En los Estados Unidos el 85% de los crímenes y delitos son descubiertos por detectives particulares.

Infórmese sin compromiso remitiendo el cupón a:

PRIMERA ESCUELA ARGENTINA DE DETECTIVES
Diagonal Norte 825 - 10º piso
Capital Federal

CORRESPONDENCIA SIN MEMBRETE
Cursos por Correspondencia

NOMBRE Y APELLIDO ....
Domicilio 29
Localidad .... Pcia. ....

RESERVA ABSOLUTA • INSTITUCION FUNDADA EN 1953

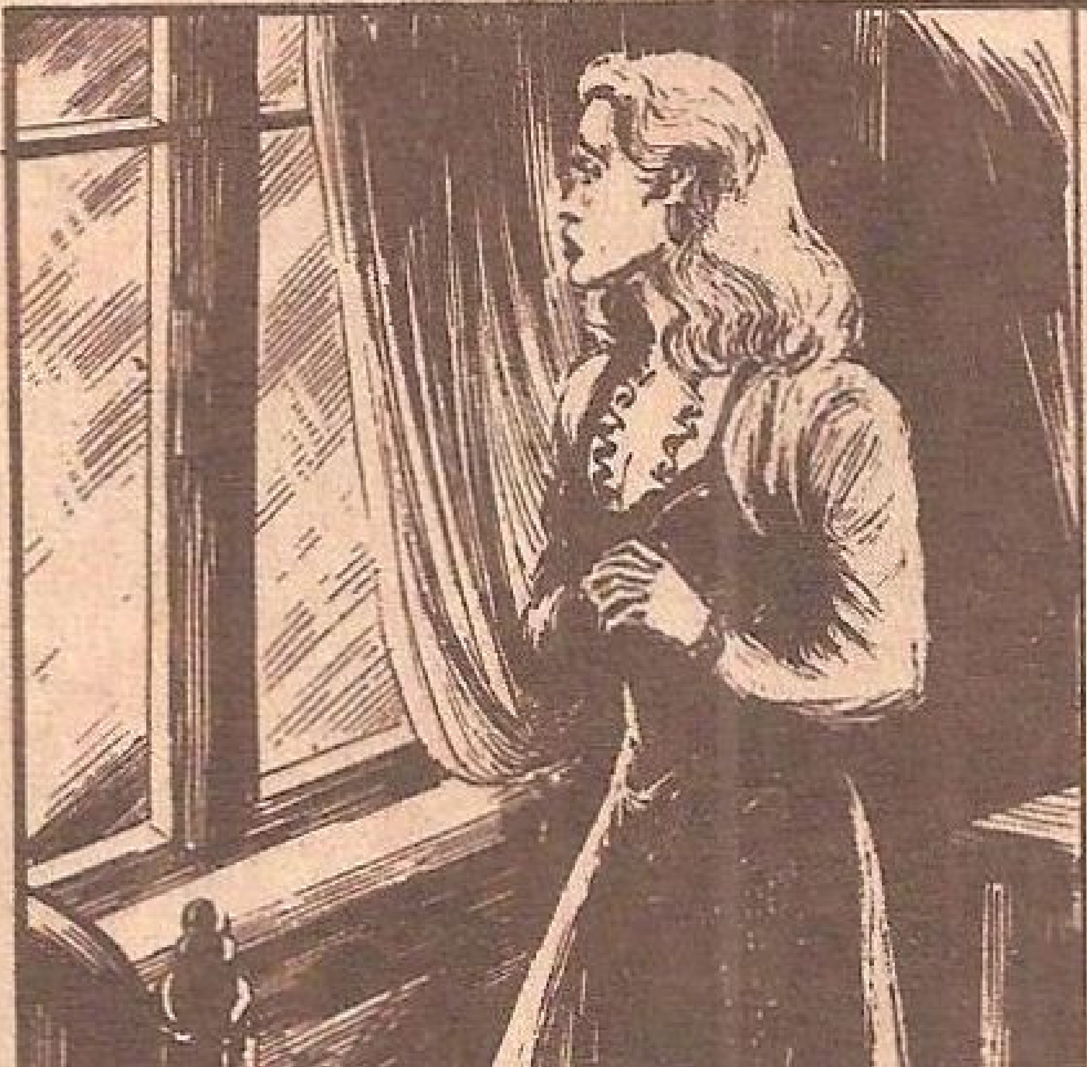
Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

El retumbar del trueno ha puesto un lúgubre acompañamiento a las últimas palabras. La vieja pecadora continúa el camino, repitiendo su eterno tema. Catalina no puede más: se siente morir. Varvara le dice que no se atormente de aquel modo; que se aleje, que se aisle de los demás y rece, que acaso así se aliviará.

Catalina intenta hacerlo. Se acerca al muro y se arrodilla. Pero apenas permanece un instante en aquella posición. De pronto se levanta precipitadamente y rompe a hablar, como enajenada: —¡Ah! ¡El infierno, el infierno! ¡El suplicio del fuego! ¡Ah! ¡Mi corazón está hecho pedazos! ¡No puedo más! ¡Madre! ¡Tikone! He pecado ante Dios y ante vosotros. ¿Recuerdas que te juré no mirar a nadie? ¡Infame de mí! Has de saber que la primera noche, la primera, después de tu partida, salí de casa...

Todos se acercan. Tikone, en vez de indignarse, se muestra abatido por el dolor terrible que le produce aquella confesión de su mujer. Tanto le duele, que no puede seguir escuchándole y, deshecho en lágrimas, intenta hacerla callar; pero su madre se impone, y la obliga a decirlo todo. Al nombrar a Boris,

suena un trueno más cercano y más potente, y Catalina cae desvanecida en brazos del marido.



La tempestad no mató a Catalina. El horror de morir sin confesar el pecado le hizo revelar el secreto que la torturaba. De aquel modo se preparaba para morir, pero he aquí que sigue viviendo. La suegra la atormenta todo el día, y Catalina es en la casa como un fantasma, siempre muda, siempre llorando, consumiéndose, como si fuese de cera.

Tikone se consume también, viéndola de aquel modo. Si le ha reprochado la conducta ha sido por la madre. Esta le dice que sería poco matarla, que merecería que la enterrasen viva; pero él la quiere y tiene piedad de ella.

La casa le produce horror, y se pasa todo el día afuera, bebiendo. No es capaz de vengarse ni aun de Boris. Ayudado por Tikoi, cae sobre él. Lo cubren de injurias. Pero el muchacho lo soporta todo, y lo único que dice es: —Haced de mí lo que queráis, pero no la atormentéis a ella.- Y, al descubrir en Boris la misma piedad que él experimenta por Catalina, se siente desarmado.

AHORA RÍASE

-Lo lamento. Mi esposo no puede atenderlo. Tiene un importante trabajo que terminar.

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Escaneado en Córdoba - Argentina

No se preocupe, doctor. Le garantizo que Bobby Teel vendrá.
¿Ha venido... ha venido a verme algún familiar, doctor Kildare?
¿Esperaba a alguien, señora Teel?
¡No! Quiero decir... ¡Por favor! ¡Por favor, no siga atormentándome, doctor! ¡Usted sabe por qué le hice esa pregunta! ¡Usted lo ha visto!
Pero no debe venir acá. Si viene... ¡Prométame que no lo dejará venir!
¡No deje que Bobby venga a verme, doctor! Si viene, lo tomarán... y lo volverán a poner allí.
¿Quiere decir en prisión, señora Teel?
Sí. Y eso sería el final para Bobby... y para mí. El no hizo nada malo, doctor. Créamelo: era un niño cuando todo ocurrió.
Acabábamos de casarnos... y fue despedido de su empleo. Entonces trató de pagar el alquiler... con dinero... que tomó de una estación de gasolina. Lo capturaron.
Se portó bien en la prisión. Entonces lo pusieron en libertad bajo palabra, pero le prohibieron abandonar el estado sin permiso. Luego...
...me enfermé, y él vino a verme sin dar aviso a la comisión de libertad bajo palabra. Está en un aprieto, pues si lo encuentran aquí.
Mientras, en la oficina de la comisión...
Salir de los límites del estado no es nada..., pero amenazar al doctor Kildare con un arma, eso sí lo puede perjudicar, señor.
Si hizo eso, tráigalo de inmediato, Stan.

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

EL SARGENTO DE SANTO DOMINGO

Por HÉCTOR PEDRO BLOMBERG

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE ARANCIO

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Remigio era muy haragán, aparte de que las tareas de campo no le gustaban. Accedió a hacer lo que le mandaba Saulo con la idea de que éste volviera en un par de días de la Banda Oriental.
¡Remigio! ¿Ande te has metido, haragán de porra?
Saulo no dio señales de vida en un par de semanas.
¡Remigio! (¡Canejo, que se perdió en el cambio!)
¡Remigio!
Un amigo de los Reyman regresó de Montevideo.
Una mala nueva, Vicente. ¡Si hasta me parece mentira que ese bueno de Saulo...!
El capataz, bravo para el trabajo y sagaz en las cuestiones del campo, era pichón en cosas del corazón. Allá, en Montevideo, pudo encontrar a Laura Díez. Y ésta lo envolvió nuevamente.
¡Te aseguro que jue por el asunto de mi viejita enferma!
Ella se hizo la desentendida en lo concerniente al dinero que le había faltado a Saulo Martín.
¡Esa noche hasta me diste un golpe de borracho que estabas!
Saulo perdonó a la morena, y ésta creyó que las cosas no pasarían a mayores. Mas cuando reapareció el resero Nicasio...
¿Te creés que vas a jugar conmigo, Laura?
El resero buscó a Saulo y lo peleó. En una helada noche de junio Saulo Martín murió en la Banda Oriental cuando todavía no había alcanzado la mayoría de edad.
¡Ha sido Nicasio el resero, deténganlo!
El resero a su vez confesó lo que habían robado en Buenos Aires, y entonces los dos culpables de la desgracia del capataz de los Reyman fueron a la cárcel. Vicente Reyman, apenado, escuchó el relato del amigo.
¿Así que te queda ese muchacho haragán?
Remigio Martín siguió trabajando con los Reyman, pero nunca sería ni la mitad de lo eficaz que era su hermano Saulo. Los negocios empezaron a andar mal para Vicente Reyman, y el carácter del gringo -que jamás había sido muy dulce- empeoró.
Las cuatro bolsas enteritas se han perdío, patrón.

Una nueva torpeza de Remigio y un nuevo grito del patrón.
¡Arreao del infierno! ¡Y pensar que tuviste un hermano ejemplar!
Remigio, que ya contaría unos dieciocho años, huyó de la furia de don Vicente Rey-man.
¡Ni pa' mensual me servís!
Los gritos de furia de don Vicente se hicieron clásicos en toda la polvorienta extensión de la Calle Larga.
¡Bandido! ¡Haragán!
Vendedores de cacharros, de escobas, de aceitunas, aguateros, blancos y morenos se apiñaban para no perder detalle en esa cálida tarde de la primavera de 1822.
Vicente Rey-man usaba un talero para a-zotar a Remi-gio Martín, quien esquiva-ba los golpes como podía.
¡Le dije mil veces que me iba, don Vicente!
El gringo sabía bien que el astuto muchacho se bur-laba de él. Que nunca se marcharía de esa quinta.
Te querís pasar la gran vida a mis costillas, ¿eh?
Luego decía siempre las mismas cosas a sus amigos: -¡Le es-capa al trabajo, y después se va a las pulperías a tocar la gui-tarra mientras yo le pago lo que come, y hasta lo que fuma!
¡Y échelo, Vicente!
No lo hago en ricuerdo de su her-mano Saulo.
Pero aquella vez, la furia bastante justa de don Rey-man iba a costar-le un disgusto a Remigio Martín. El talero volaba ya hacia éste, cuando una voz firme, viril, lo detuvo.
¡No está bien, don Vicente!
El gringo giró so-bre sus talones para encontrar la mano vigorosa que le quitó el talero. Como si lo hubie-ra picado una ví-bora, Reyman gri-tó: - ¿Qué se mete usted?
Podía matar al muchacho, mi vecino.

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Escaneado en Córdoba - Argentina

Cuando menos lo esperaba llegó una partida a prenderlo.
Sí, soy yo mismo. ¡Vamos cuando quieran!
Entre esos hombres había un joven oficial rosista. Indarte le preguntó con alguna ansiedad: - ¿Adónde me llevan?- Pero no obtuvo respuesta.
Viéndose perdido, maldijo su retardo en partir hacia la Banda Oriental. ¿Qué podía esperarle, ahora, sino la muerte? Marcharon lentamente en sus cabalgaduras, y por largo rato. Se detuvieron ante una vetusta y oscura edificación.
Hasta aquí no más, Indarte.
Se habían detenido por la lluvia. Una penetrante lluvia de agosto. ¿Lo ajusticiarían en ese mismo lugar? Le dieron ubicación en un cuarto que olía a humedad. Pasaron las horas,y el preso siguió conservando la vida. Al amanecer reanudaron la marcha...
...que tuvo fin ante las viejas cuadras del cuartel de Restauradores. Unos soldados de piel canela lo rodearon, mirándolo con curiosidad...
...y, luego de corto plantón, llegó un capitán que aún sostenía en su mano derecha el porrón de ginebra.
Coronel Indarte, mucho lo siento, pero es orden superior.
Tendió la mano al detenido, y éste la estrechó fríamente.
Lo sé, o lo imagino, capitán.
Un soplo de nostalgia pasó por la mirada del coronel.
Cumpla con su deber. ¿Tiene ya orden de fusilarme?

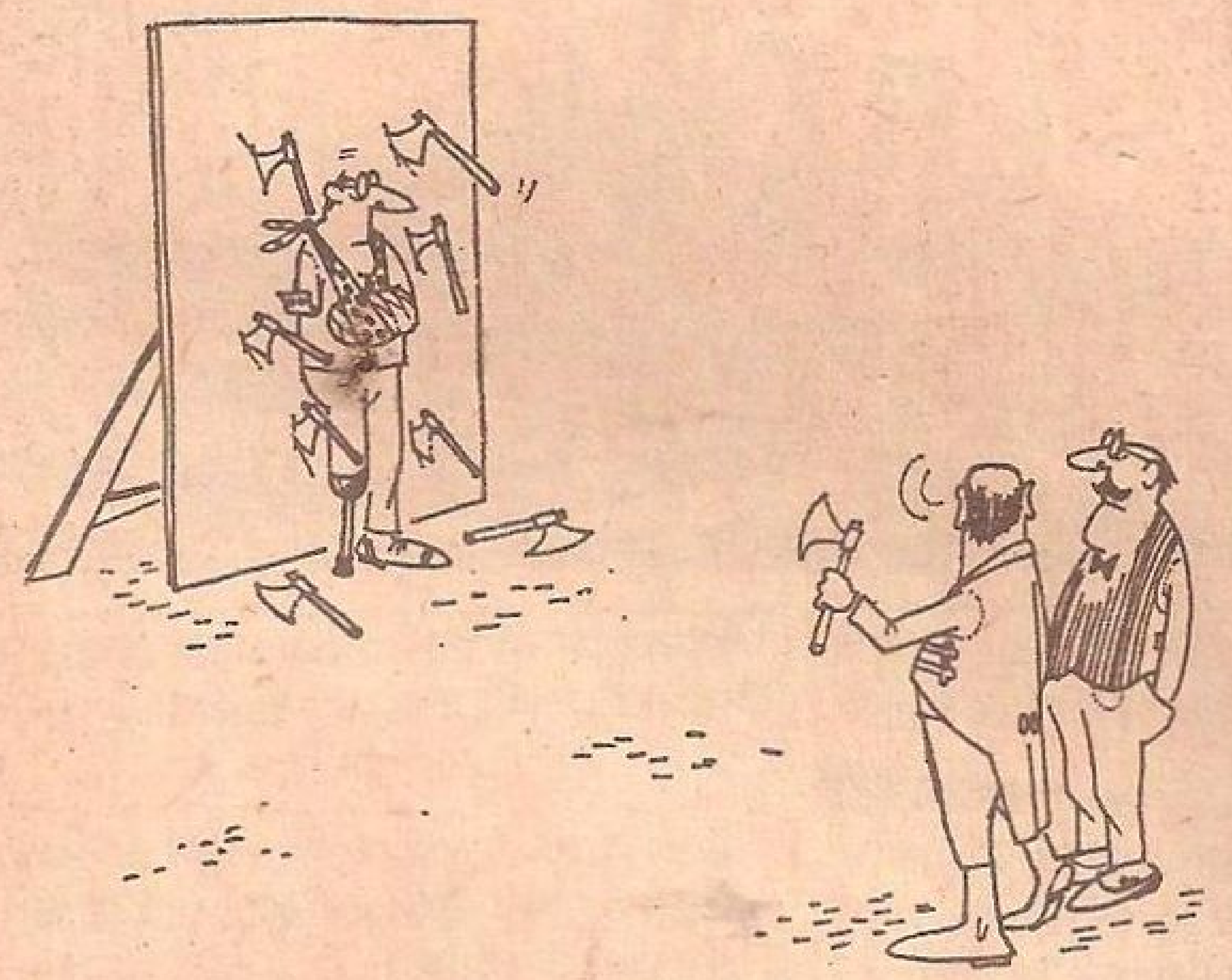
Pareció turbarse el oficial rosista.
No. Todavía no.
(¡Me está mintiendo!)
Indarte se encogió de hombros, y el capitán saludó, para marcharse luego con paso inseguro.
¡Mañanita de perros! ¡A ver si se apuran ustedes!
Un grupo de soldados se movían perezosamente en la herrería del cuartel. "¿Cuándo me fusilarán?", se preguntó Indarte, tratando de creer en las palabras del oficial rosista. Mientras lo engrillaban, repasó rápidamente toda su carrera militar. Desde su orgullosa juventud...
...al lado de Rivadavia; pasó luego a revistar con el general Lavalle en las violentas campañas del unitario. Ahora su suerte era la de tantos otros que habían perdido la partida.
(¡Debes morir como un soldado, Venancio Indarte!)
Tuvo que reconocer que allí, en Restauradores, se fusilaba dignamente, sin los suplicios del cuartel del Retiro. En Restauradores había un coronel Ravelo, de humanos procederes. Suspiró.
(¡Todo ha terminado!)
Pasaron las horas, pero no disminuyó la angustia del condenado ante una muerte más o menos cercana. Su novia, que vivía en una estancia de Ranchos, se enteraría del fusilamiento: por la noticia oficial de la "Gaceta"
(¡Y volverás a decir, Josefina, que siempre fuí muy testarudo!)
El calabozo no estaba del todo mal. Casi limpio.
(Seguramente, el de los condenados a muerte.)
Los rumores del cuartel le llegaban apagadamente. Oyó el toque de silencio. Empezaba a vivir sus últimas horas. Contó las voces de los centinelas nocturnos. Poco después fue adormeciéndose, con el pensamiento puesto en las campañas junto a Lavalle, el "león de Río Bamba".

Poco después fue adormeciéndose con el pensamiento puesto en las campañas junto a Lavalle, el "león de Río Bamba".
Allá por las altas horas, el relincho de un caballo lo despertó de la pesadilla que vivía.
(No es el campo de batalla. ¡Es tu fusilamiento!)
Sintió indignación por un final tan repugnante. Hubiera preferido mil veces caer en el campo de batalla con el pecho lleno de condecoraciones de sangre.
¿Quién anda allí?
Había sentido pasos muy sordos. Alguien se acercaba al calabozo del condenado. ¡Con tal de que no fueran los furtivos asesinos a las órdenes de Parra!
Mi coronel...
No reconoció esa voz un tanto áspera y respetuosa.
Mi coronel Indarte.
¿Ya? No creía que me fusilasen hasta el amanecer.
Surgió la pequeña luz de un yesquero, y entonces el condenado a muerte vio, de pie y a pocos pasos del catre, a un soldado rosista que no conocía, o por lo menos no recordaba.
El soldado, cubierto a medias por un gran poncho, lo dejó caer y dijo lentamente: -Yo no vengo a buscar su muerte, vuesamerced.- Indarte se incorporó, realmente sorprendido, y vio las jinetas de sargento del recién llegado.
Soy Remigio Martín. Eso le ha de decir muy poco, lo sé.
Tenía dos poderosas limas en la mano. Una la alcanzó a Indarte.
No hay tiempo que perder, mi coronel. Entre los dos vamos a cortar estos grillos.

Hágame el bien, y disculpe el trabajito que le traigo.
¿Remigio Martín?
Indarte no estiró el brazo para tomar la lima.
¡Una de las tretas de Rosas!
Advirtió la dolorida expresión del sargento Martín.
¡Créame, mi coronel! ¡Vengo a ayudarlo a que recupere su libertá! ¡A que no lo maten!
Lo van a fusilar a las seis de la mañana. He visto la orden traída de Palermo.
¡Bendito Dios, que, gracias a que la vi, pudę saber que mi coronel estaba preso!
Ya el sargento Martín limaba rápidamente los grillos que mantenían cautivo a Indarte.
No sé quién eres, sargento Martín, pero lo mismo estoy agradecido. Si no me mientes.
Nada decía Remigio Martín. Tenía algo más importante que hacer y lo estaba haciendo bien.
¡Ya está! ¡Libre, mi coronel!
Puso a disposición de Indarte una gorra de manga, un poncho rojo y una daga.
¿Esto también, mi amigo?

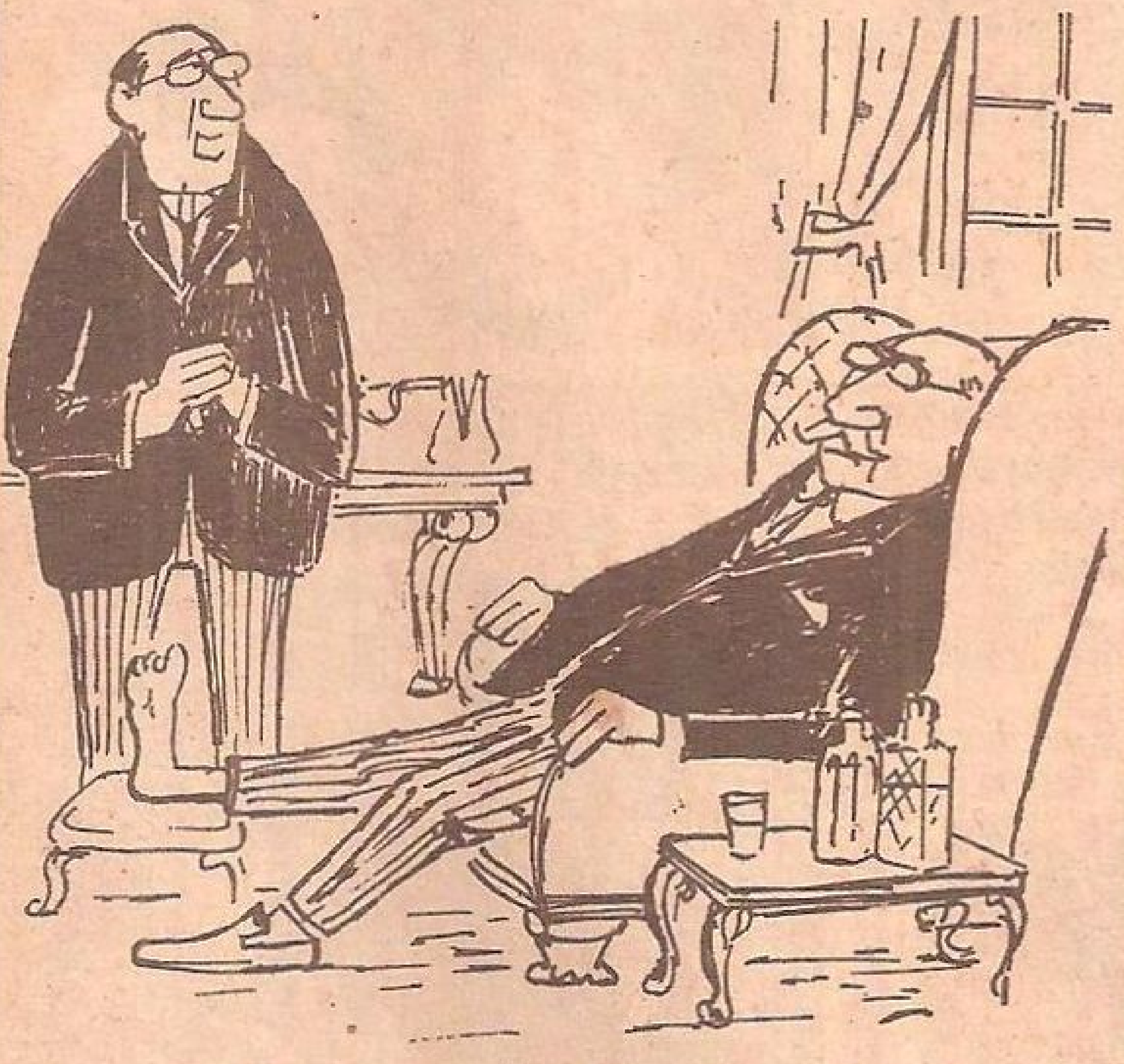
Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

RINCÓN ALEGRE



-Mario siempre ha sido un leal
y sufrido empleado mío.

-¡Oh, perdona, querido! Creí
que era todo mi tiesto de flores.



-Lo que usted tiene, señor, es
"pie de atleta". Es como para
reirse, ¿no?

-¿No podría arreglarlo más rápi-
damente?

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

viaje a la oscuridad

Por QUEEN BROWN

DIBUJOS DE ÁVILA

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

El oficial de la marina norteamericana Robert Lewis inició su último viaje como hombre soltero.
Hasta ahora tenemos un viaje tranquilo.
Para mí es una travesía larga y horrible.
¡Vamos, no seas exagerado! Conmigo no gastes frases de hombre enamorado, porque no pienso ir a contárselas.
¡Oh, eres insoportable, John!
Bueno, dejemos a la divina Joanne tranquila. Estoy entusiasmado con volver a Hong-Kong después de tantos años.
Es cierto. Ahora debe estar más intrigante que nunca.
Ambos oficiales se colocaron sus gorras y salieron para dirigirse al puesto de mando a hacerse cargo de la guardia.
Sí, intrigante en intrigas internacionales.
Tal vez. Ese puerto cosmopolita es uno de los refugios preferidos de la gente que vive fuera de la ley en todo el mundo.
Después de varios días de navegación amarraron en Hong-Kong. En el puerto y sus alrededores el movimiento era intenso. Hombres de diversas razas y condiciones sociales se entremezclaban formando una colorida y cambiante multitud.
¿Bajas a tierra conmigo?
Sí, vamos, me gustaría ir a probar comida china. ¿Conoces algún sitio especial?
Justamente me recomendaron uno. Queda en la parte baja de la ciudad.
Mejor, es la más pintoresca... y brava.
Habían terminado de comer.
¡Y ahora, a divertirse! Será tu despedida, Robert.
Lo siento, John, ve solo. Yo sin Joanne no me divierto en ninguna parte.
Bueno, muchacho, sabía que me dirías eso. No sé si tenerte lástima... o envidia. Creo que, lamentablemente, es lo segundo.
Me vuelvo al barco. Antes de acostarme aprovecharé para escribirle una carta a Joanne.
Al salir del local era noche cerrada. Por las oscuras callejuelas circulaba poca gente. Robert caminaba con paso seguro, fumando lentamente un cigarrillo. Su silueta se destacaba, nítida, enfundada dentro de su uniforme blanco. Inesperadamente, como surgiendo de la nada, lo detuvo un mendigo de cara torva, que parloteaba un pésimo inglés.

Señor, buenas noches, señor. Usted mucho, yo pobre. . .ayude.
¿Qué es lo que quiere?
Comer y beber. Usted, dólares.
Sí que eres un mendigo original; creo que lo único que te falta es una revólver en la mano para ser un vulgar asaltante.
No sabía lo acertado de sus palabras. Algo fuerte y múy duro estalló contra su cabeza. Las rodillas se le doblaron y cayó hacia adelante. Aún pudo sentir el sabor, caliente y salado, del líquido viscoso que le corría desde la cabeza hasta la boca antes que otro brutal golpe cerca de la nuca lo arrastrara a la nada.
Habían transcurrido más de diez días. Nuevamente el navío americano cabeceaba sobre las olas del océano.
Usted, teniente, fue el último en ver al oficial Robert Lewis.
Sí, señor, ya he dicho todo lo que sé. Nos separamos en el barrio bajo de Hong-Kong.
Y el teniente Lewis me dijo que volvía al barco. Después no lo volví a ver.
Esto es muy serio. Nuestra policía militar registró todo Hong-Kong y no pudo hallarlo. En los hospitales tampoco había señales de él.
Ni en la morgue, ni en las cárceles, ni en ningún lado. Lamentablemente tendremos que considerarlo un caso de deserción.
Señor, con todo mi respeto, considero que ésa es una medida apresurada.
Hable sin temor, teniente; yo soy el primer interesado en probar que me equivoco. La Marina no se siente feliz de que sus hombres deserten.
Comprendo, señor. Los antecedentes del teniente Lewis son excelentes. ¿Por qué un oficial así tendría que desertar? Podía pedir el retiro. Yo soy su mejor amigo y doy fe de su hombría de bien.
Todo eso ya lo sabemos, pero a veces se dan extrañas circunstancias en la vida de un hombre que lo llevan a cometer actos que nunca hubiera realizado.
Justamente, señor, Robert Lewis debía casarse al regresar de este viaje. No hacía más que soñar con ese momento.
Es cierto, había solicitado el permiso necesario. Creo, teniente, que éste puede ser un motivo en contra.

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Escaneado en Córdoba - Argentina

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

El chino lanzó una extraña mirada con sus ojos oblicuos a la mujer. Esta se apresuró a contestar antes de que Ling volviera a hacerlo.
Nada. Estabas vestido con unos harapos y sin zapatos. A mí me gustó tu cara y le pedí a Ling que te llevara a mi casa.
En este barrio tenemos por ley no preguntar ni ver nada, de manera que nadie nos molestó. Estuviste inconsciente más de quince días.
Yo te bautizé, Raco, porque me recordabas al hombre más hermoso y valiente que hubo en Hong-Kong..., pero me equivoqué; eres más cobarde y delicado que una niña.
Si fuera como tu "valiente" Raco, de un solo golpe hubiera borrado esa linda sonrisa, con dientes y todo, de tu cara. Pero, por suerte, no soy Raco... Por ahora no soy nadie.
Y en las magníficas playas de Miami...
¿No estás contenta de haberte decidido a venir a Miami?
Sí, mamá, así estoy al lado del mar que me habla de Robert.
Querida, debes tratar de olvidarlo. Tú tienes toda la vida por delante. No es justo dedicarla a un recuerdo. Estoy segura de que Robert diría lo mismo.
Es probable, pero si él estuviera en mi situación, haría lo mismo que yo: esperarme, si es necesario, eternamente.
¿Esperar qué, hija? ¿Esperar qué...?
Sobre las aguas del mar que bañaban el puerto de Hong-Kong se deslizaba una frágil barquita de pescadores.
Si de algo estoy seguro, Ling, es de que el mar me atrae. Lo siento como a un viejo y querido amigo.
Raco, he aprendido a quererte, por eso te diré algo que hasta hoy callé por orden de Zuli. No sé si el saberlo será mejor para ti.
¡Habla, Ling, por favor, habla! Nada puede ser peor que no saber quién soy.
La noche que te encontramos no dudamos que te habían atacado para robarte. Lo único que te dejaron, y seguramente porque no lo vieron, fue un anillo.
¿Un anillo?
Sí, un anillo de oro con las insignias de la marina americana grabadas, y adentro las iniciales R. L. y año mil novecientos cincuenta y cuatro.

En una base naval, en los Estados Unidos, varios días después.
Hay una reunión para todos los oficiales; parece que quiere hablarnos el contraalmirante Leeter.
Este señor no goza de mis simpatías desde lo de Robert.
Señores, he querido ser yo mismo el encargado de rehabilitar el buen nombre y honor del teniente Robert Lewis.
(¡Gracias, Dios mío !)
El alto oficial explicó que Robert se había presentado voluntariamente, y que, si bien no pudo explicar lo que había ocurrido, por sufrir de amnesia, se había comprobado fehacientemente que el joven oficial había sido atacado y golpeado brutalmente en la cabeza por dos asaltantes la noche que se dirigía desde los bajos fondos de Hong-Kong de vuelta a su barco.
El teniente Lewis, aún sin recordar nada de su pasado, dio pruebas de su valor moral al negarse a ser envuelto en negocios ilícitos por la gente que le salvó la vida.
Por medio de una mujer llamada Zuli pudimos llegar hasta los autores del asalto a Lewis. Ella fue la instigadora del ataque, y cuando comprobó que el teniente había perdido la memoria...
"...pensó utilizarlo en su provecho." Aún resonaban las últimas palabras del contraalmirante, cuando John se puso de pie y lo interrogó:
Señor, ¿ recuperará la memoria el teniente Lewis?
Los médicos lo están tratando. Afortunadamente no tiene ninguna lesión en el cerebro, pero nadie puede decir si recuperará la memoria.
El médico psiquiatra quiso hablar con John antes de que viera a Robert.
Usted debe ayudarlo a recordar, pero sin forzarlo, y sobretodo evitando revelaciones que puedan producirle un "shok".
Cuente conmigo, doctor.
Me dijeron que Robert estaba de novio para casarse.
Si él y Joanne eran la pareja más feliz del mundo. Se querían mucho..., bueno, ella lo sigue queriendo tanto o más que antes.
Bien, ésa será la tarea más delicada que Joanne y usted deban manejar. Que le digan a Robert que Joanne era su novia no servirá de nada, al contrario.
Esa muchacha debe ser valiente y aceptar que ella, ahora, para Robert es sólo una extraña.

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Para mí es como si te conociera de toda la vida. Un desmemoriado como yo no tiene derecho a enamorarse, pero me he enamorado, Joanne.
¿Te has enamorado de mí?
¿Y de quién podría enamorarme? Te quiero, Joanne.
Yo también, Robert, hace mucho tiempo que te quiero.
Esa noche...
¿Así que te casas con Joanne? Te felicito de todo corazón; es una mujer extraordinaria, como hay pocas.
Es maravillosa. ¿Por qué me has hecho perder tanto tiempo demorando en presentármela?
Afortunadamente mi carrera no ha sido afectada por mi amnesia. Mis conocimientos técnicos y profesionales están intactos. ¿Crees que a Joanne le importe tener un marido que no recuerda su pasado?
Estoy seguro de que no le importa, de que no le importa nada en absoluto. ¡Ah! No te olvides que tienes que solicitar el permiso reglamentario para casarte.
Cierto me había olvidado ¡Uff, comenzar de nuevo con todo ese papeleo...!
Su mirada se enturbió; con las manos crispadas se agarró la nuca, mientras murmuraba palabras incoherentes.
¡Robert, Robert! ¿Qué te pasa?
Poco a poco se fue aflojando. Su voz sonó apagada, pero normal.
Tengo un horrible dolor en la nuca... Siempre que se habla de algo que sé no puedo recordar, me agarra este dolor.
¿Por qué dije "comenzar de nuevo"? Ahora... recuerdo... ¡Ya hice antes este trámite! ¡Sí lo hice antes!
Cálmate, Robert, llamaré a tu médico.
Lentamente fue recuperando la memoria. Los recuerdos se asomaban tímidos y confusos al principio, para luego hacerse nítidos y precisos. Cuanto más sabía de sí mismo, más dichoso se sentía Robert.
¿Te das cuenta, John? Dos veces me cazó esa muchachita, y estoy seguro de que podría hacerlo una tercera vez.
¡Y hasta una cuarta!
Robert y Joanne se tomaron de las manos. A través de ellas corría un cálido y eterno lenguaje de amor, mientras sus ojos prometían dichas maravillosas.
Terminó mi viaje a la oscuridad. He llegado a puerto. A un puerto seguro y cálido, en donde me quedaré eternamente anclado.
FIN

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Voy a saludar al tío. ¿Me acompañas?
Sí, vamos.
Caminaron en silencio durante algunos metros.
Gracias, de todos modos, Carlos.
¿Gracias de qué, muchacho?
El capitán Martínez Cainza abrazó a sus tíos, despidiéndose.
Le llevaré a mamá su recado, tío.
El padre de Andrés, el abogado Soto Valk, era hermano de la madre del capitán Carlos.
Tal vez vayamos a Mendoza para las fiestas, Carlos. Depende de una serie...
...de asuntos que me tienen preso en La Calera. ¡Cada día hay más trabajo!
Tiempos embrollados, tío, por esa causa.
El abogado sonrió, agregando: -No quería que mi señora me llamara pesimista, pero iba a decirte esas mismas palabras, sobrino.
¡Tiempos de egoísmo y pillaje! De ahí que los abogados tengamos mucho trabajo.
Carlos palmeó a su primo antes de la despedida.
Es linda nuestra carrera, Andrés. Piensa en ella todo el tiempo. Te aliviará...
...de esas otras preocupaciones que no merecen -a veces- la amargura de los hombres.
Gracias, capitán Martínez Cainza. Seguiré su consejo.
El cadete chileno y su primo, el oficial argentino, estrecharon sus manos con vigor.
Parece que los viejos vendrán a Mendoza en diciembre.
Papá cambia de idea con mucha rapidez.

El automóvil del abogado llevó al oficial argentino, que vestía un sobrio traje negro, hacia el aeródromo.
Es un hermoso paisaje, tío.
Movió la cabeza con un poco de pesar el abogado.
Paisaje hermoso y peligro constante, Carlos. Así es nuestra patria.
El capitán contestó sin vacilar: Casi lo mismo ocurre con nuestro panorama andino. Años más, o años menos, allí la gente tuvo sus buenos sustos.
Gasas violetas invadían el cielo, esperándose las sombras en las hondonadas. Caía la tarde.
Tu avión, capitán. Hasta prontito, sobrino.
Mientras el aparato despegaba, el abogado se quedó absorto en la contemplación del silencioso y vasto paisaje. Recordó una tarde cercana, la de mayo del año 1960, y un estremecimiento lo hizo agitar. ¡Aquel espantoso sismo!
(¡Todos esos muertos! ¡Pobre patria!)
En ese reciente azote del destino habían fallecido tres mil almas. La falla geológica sobre la cual se asentaba todo el territorio había cobrado una vez más su cuota de luto.
Andrés Soto Valk era joven y estaba enamorado. De muy pocas cosas importantes en su vida, pero enamorado. Podía decir que eran dos: su uniforme militar y Marga.
Acompáñame con la guitarra, Andrés. Vamos.
El cadete Ruiz Díaz era excelente verseador, y Andrés hacía maravillas con la guitarra. En el descanso de los cadetes, llegó la buena voz del cadete Ruiz Díaz.
"Si a mi cariño no abrigas, engáñalo como a un niño, pero nunca se lo digas."
Versos que hacían daño a Andrés. No obstante, la guitarra siguió brindando la pegadiza música correspondiente.
(Tal vez el primo Carlos tenga razón.)

El corazón de Marga -ese tan joven y algo áspero corazón de mujer- no se inclinaba hacia Andrés. El flamante doctor Marcos Linares era su preferido.
El doctorcito Marcos, niña Marga.
La ventaja de Marcos sobre Andrés eran ocho importantísimos años. El médico de veintiséis años dominaba fácilmente a la orgullosa y áspera Marga, que tenía la misma edad del cadete.
¿No quedó en venir más temprano, doctor?
Marcos terminó de consultar una extraña libreta azul, y luego contestó a la hija de su profesor: -Un médico jamás tiene que pensar en sus satisfacciones personales.
Y conste que he dicho "satisfacciones personales" mientras pensaba en ti, Marga.
Jarabe de pico, como dice la abuela Martina.
El pasó por alto la respuesta agresiva de Marga.
Tuvimos un trabajo repentino y terrible en el hospital. Ese pobre chico...
...con un pie en mal estado. ¡Caramba con esos padres descuidados!
No me cuentes. Ya bastante dirá papá esta noche.
Ella miró atentamente a Marcos Linares. El joven médico no cesó de hablar sobre la difícil operación.
Necesitaba un injerto bastante extenso. Por suerte para él teníamos un desdichado...
...muerto horas antes en un accidente de automóvil. Tu padre y el mío hicieron...
...un maravilloso trabajo profesional, Marga. Yo mismo quedé boquiabierto ante la feliz operación.
(¡Podría hablar de mí...o de nosotros!)
Nunca lo conseguiría de Marcos, ese valioso hombre que sabía respetar y querer a sus maestros. En ese caso dos: su padre y el de Marga, profesionales esforzados de la medicina chilena.
(¡Ah, Marcos, Marcos!)

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Escaneado en Córdoba - Argentina

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

La alarma se extendió en Mendoza como réguero de pólvora, y bien pronto llegó la primera noticia: el suelo de Chile acababa de tembar violentamente a lo largo de unos dos mil kilómetros, entre Osorno, al Sur, y Coquimbo, al Norte.
¡La Calera! ¡La finca! ¡Oh, Dios mío!
Ellos estaban en tierra segura, firme, por el momento. Pero allá, y no muy lejos, La Calera, El Cobre, Llay Llay tenían sus muertos, su pánico, su flamante cuota de dolor, de sacrificio. La tierra se abrió, las casas se derrumbaron y los ríos desbordaron sus aguas locas, mortales.
Era la hora alegre del domingo de otoño. El almuerzo estaba sobre la mesa, y brillaba el sol. Entonces fue el horror en Chile.
Decenas de muertos, centenares de heridos... y los desaparecidos. Esto lo vio con sus propios ojos el teniente Andrés, de la Fuerza Aérea de Chile.
¡Es horrible!
En La Calera, ciento setenta obreros de la fábrica de cemento habían quedado sepultados, y las fuerzas del orden tenían que librar una dura lucha contra el tiempo, para rescatarlos...
...mientras la gente pedía por los suyos, y hacía mucho más difícil todo el esfuerzo de bomberos, policías, carabineros, soldados, oficiales y los pocos brazos civiles que algo de bueno iban a hacer frente a la inmensa tragedia.
Se necesitan médicos, alimentos, medicinas, en la zona afectada.
El avión de Andrés pudo descender en Llay Llay. La casa del doctor Marcos Linares estaba en pie. Una de las pocas con tanta suerte. Apenas si los viejos conocidos se saludaron ligeramente.
Sí, gracias; Marga y los chicos están a salvo. Están bien.
¡Vamos entonces! ¡Hay mucho que hacer, Marcos!
Pero muy poco podían hacer esos magníficos hombres y mujeres con los brazos amarrados ante la magnitud del desastre, que los paralizaba. Entonces, la Argentina se agitó en un inmenso, eléctrico, movimiento fraterno.
LA DIRECCION DE DEFENSA ANTIAEREA PASIVA CENTRALIZA LA AYUDA A CHILE
La Secretaría de Aeronáutica recibió a los jefes de dicha repartición en urgente reunión.
Los demás organismos ya han ofrecido su espontánea colaboración.
Promediaba la mañana del día veintinueve de marzo cuando ya había varios transportes aéreos dispuestos para la ayuda. Un DC4, un DC3, un DC6, un TC44, con una disponibilidad de transporte de muchas toneladas. Era la respuesta del poder aéreo criollo ante el grito de dolor del hermano.

Era la clara y cristiana respuesta, canalizando un esfuerzo mancomunado e instantáneo, nacido en miles de corazones criollos.
MAS DE CIEN MIL P
SIN TECHO. MAS
DESAPARECIDO
Los nudosos dedos del viejo profesor Sulián Ramos, unidos a las no mucho más jóvenes manos del doctor Linares, el padre de Marcos, operaron, cosieron heridas, en una larga y penosa faena, a la que poco después se agregó el joven Marcos.
¡Menos mal, hijito! ¡Tu padre está molido!
En los aires chilenos, heridos aún por el grito de la tierra abierta, varios aviones acortaban distancias, extendían sus alas de metal, para acercar brazos salvadores, como los del teniente Soto Valk, o los del mayor argentino Martínez Cainza.
¡Traen alimentos! ¡Pronto, carabineros, pronto!
En el aeropuerto de Los Cerrillos, ahí estaba la primera máquina con los colores argentinos en su fuselaje. Y de su panza metálica, como un moderno cuerno de la abundancia, saltaban a tierra chilena, comestibles, medicinas y brazos. Brazos del hermano que llevaban el socorro, sin vacilar.
(¡Gracias al Cielo, mis padres...!)
La hora luminosa del mediodía, la hora del caos, ya quedaba atrás inflexiblemente hundida en el tiempo, en la historia. La Calera, la finca de los Soto Valk, ya no existía, como tampoco existían muchos de sus vecinos. Desde el aire, el piloto Andrés lo había podido constatar.
El abogado y su esposa rezaban unidos en el pensamiento con su muchacho, que volaba y volvía a volar sobre ese ahora quieto mar de piedras, incendios y agua devastadora.
(¡Pobre patria mía! ¡Pobrecito mi Chile!)
Veinticuatro, cuarenta y ocho horas de angustias, de llantos, de esperanzas. La mole de los Andes lo vio. Primero el desastre, después la ininterrumpida corriente de confraternidad. La red de comunicaciones alertando, informando...
...y los aparatos de la Fuerza Aérea Argentina, partiendo con sus cargas bienhechoras, con sus envíos de amor.
Saben, señores, que estamos en pleno operativo "Maipú 2".
El escenario del desastre iniciado en esa mañana del domingo veintiocho de marzo era el mismo donde un cinco de abril de 1818 chilenos y argentinos se hermanaron en una lucha común por la libertad. De ahí que la acción de Antiaérea Pasiva fuera bautizada con el inolvidable nombre.
Salieron ya, carpas, medicamentos, leche en polvo por varias toneladas y otros comestibles.
En la tarde, en la noche, en la brumosa madrugada, más aviones, más pilotos, más brazos, cruzando la cordillera.
LLEGARON FRAZADAS, ANTIBIOTICOS
CARNE, HARINA. VUELOS DESDE L
ARGENTINA

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

GERMINIA LACERTEUX

Por LOS HERMANOS GONCOURT

ADAPTACIÓN

Los hermanos Goncourt, cuyo nombre se ha perpetuado en sus obras y en la famosa academia fundada por ellos, constituyen unas de las figuras más eminentes de las letras francesas en la segunda mitad del siglo XIX. El mayor, Edmundo, nació en 1822, y Julio en 1830. Pero, si no nacieron el mismo día, tuvieron una inteligencia gemela y juntos surgieron a la vida literaria, en admirable fraternidad, en 1851, año en que publicaron su primera obra. Lo que se ha llamado su segunda época, la de las grandes novelas, comienza en 1861, fecha de la aparición de **Sor Filomena**, y a ese período corresponde **Germinia Lacerteux**, una de sus obras más representativas y que más contribuyeron a su fama.

Germinia había pedido permiso a su señora para ir aquella noche al baile de boda de la hermana de su tendero, que la había elegido para señorita de honor, y venía a que la viera vestida de gala, con su escotado traje de muselina. La señorita de Varandeuil, que, sentada en un amplio sillón, leía un viejo volumen de gruesos caracteres, alzó la cabeza y se quitó las antiparras para mirarla.

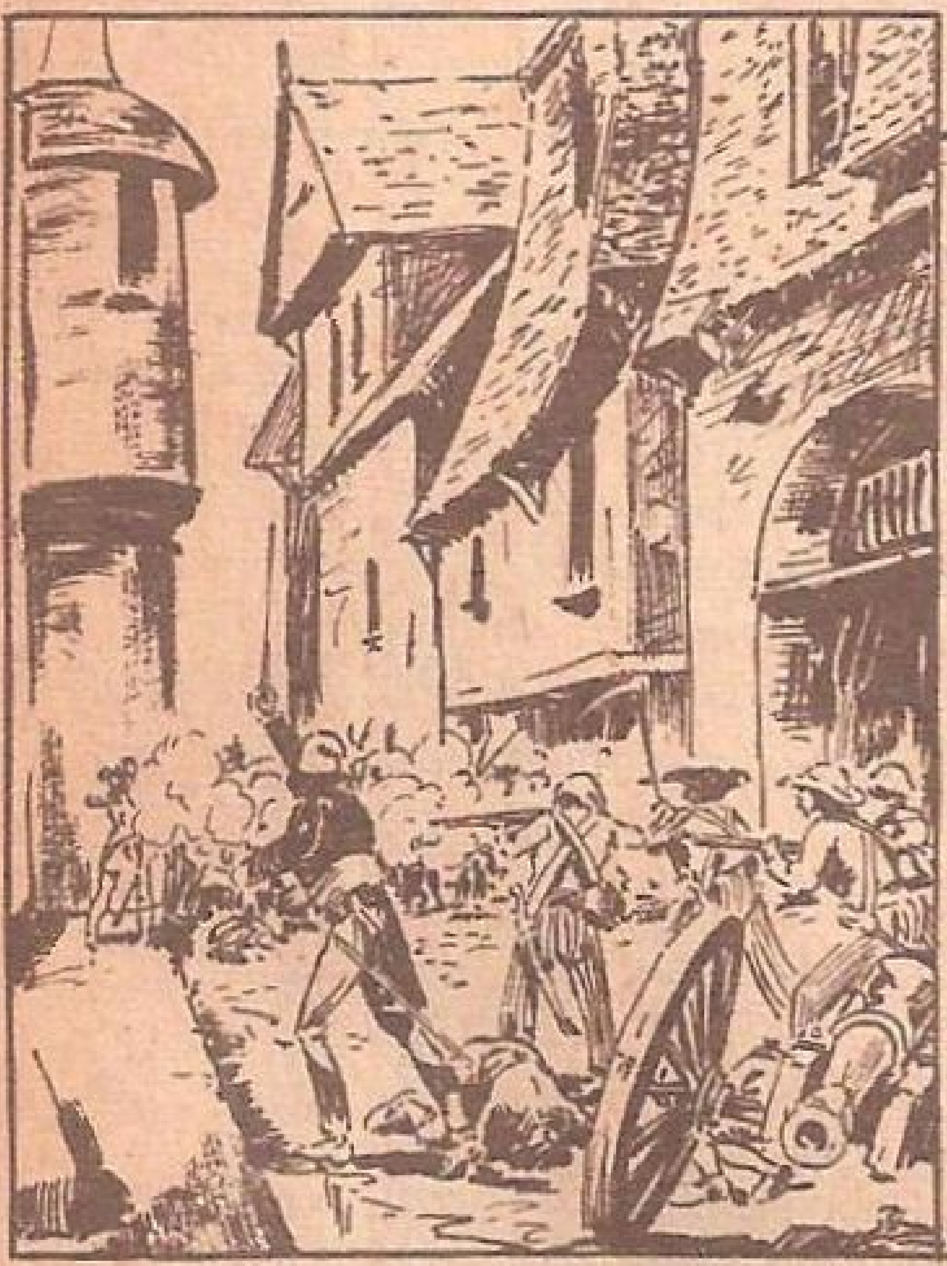
Varios meses llevaba Germinia a su servicio y por primera vez se ofrecía a sus ojos con aquel aspecto. El escotado vestido permitía ver su cuello, lo alto del pecho, los hombros y la blancura de su espalda, contrastando con el tono curtido del semblante. Había dejado caer a lo largo del cuerpo los brazos, redondos y lustrosos, con el lindo agujero de un hoyito junto al codo. Sus muñecas eran delicadas, y las manos no delataban su condición de criada. Y muellemente, con graciosa pereza, dejaba mecerse y cimbrearse el talle indolente, de una delgadez adorable, que la amplitud de sus caderas hacía parecer aún más estrecho a simple vista.

Germinia era fea. Pero de aquella mujer fea se desprendía una áspera y misteriosa seducción. La sombra y la luz, entrechocándose y rompiéndose sobre su rostro lleno de hoyos y de salientes, ponían en ella esa irradiación de voluptuosidad que un pintor enamorado pone en el diseño del retrato de su amada. En medio del examen de la señorita de Varandeuil, Germinia se inclinó hacia ella y le besó la mano repetidas veces.

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

La señorita de Varandeuil se quedó sola. Apoyó los codos en las rodillas, contempló el fuego de la chimenea y movió los tizones con las tenazas. Hundida en su sillón, la anciana permanecía allí horas y horas, abiertos y soñadores los ojos, lejos de sí misma, lejos de la habitación, dejándose llevar a donde la conducían sus recuerdos, hacia rostros lejanos, hacia lugares borrados.

Había nacido en 1782, en un palacio de la calle Real, y las hermanas del Rey la tuvieron en la pila bautismal. Su padre, íntimo del Conde de Artois, en cuya casa desempeñaba un importante cargo, contrajo uno de aquellos matrimonios tan corrientes en esa época, casándose con una especie de actriz, con una cantante sin gran talento. De aquel matrimonio era hija la señorita de Varandeuil.



¡Extraña solterona! Las pruebas de toda su existencia, y su larga tortura física y moral la habían como libertado y puesto por encima de la vida. Su educación, lo que había visto, el espectáculo de las pasiones desatadas por la Revolución, prestáronle cierto desdén por las cosas humanas. Aquella anciana, que sólo tenía ya un hálito de vida, se había elevado a una serena filosofía, a un estoicismo varonil, altivo y casi irónico.

Germinia, que vino a París desde su pueblo de Langres cuando aún no había cumplido quince años, entró a su servicio después de dos lustros de sufrimiento en la capital, adonde había llegado un día ilusionada con una vida mejor. Como la anciana a cuyo servicio había entrado, ella también se encontraba sola, y desde el primer momento entre ama y criada se estableció un estrecho vínculo de solidaridad y afecto.

Cuando fué admitida en casa de la señorita de Varandeuil, Germinia pareció haber renunciado a toda diversión y a toda expansión callejera. No salía a ninguna parte, como no fuera a la iglesia, donde únicamente encontraba algún consuelo. Por eso le chocó a su señora verla ataviada para ir a un baile. Y era que, por muchos que hubiesen sido sus sufrimientos, sus veinticuatro años reaccionaban de cara a la vida.

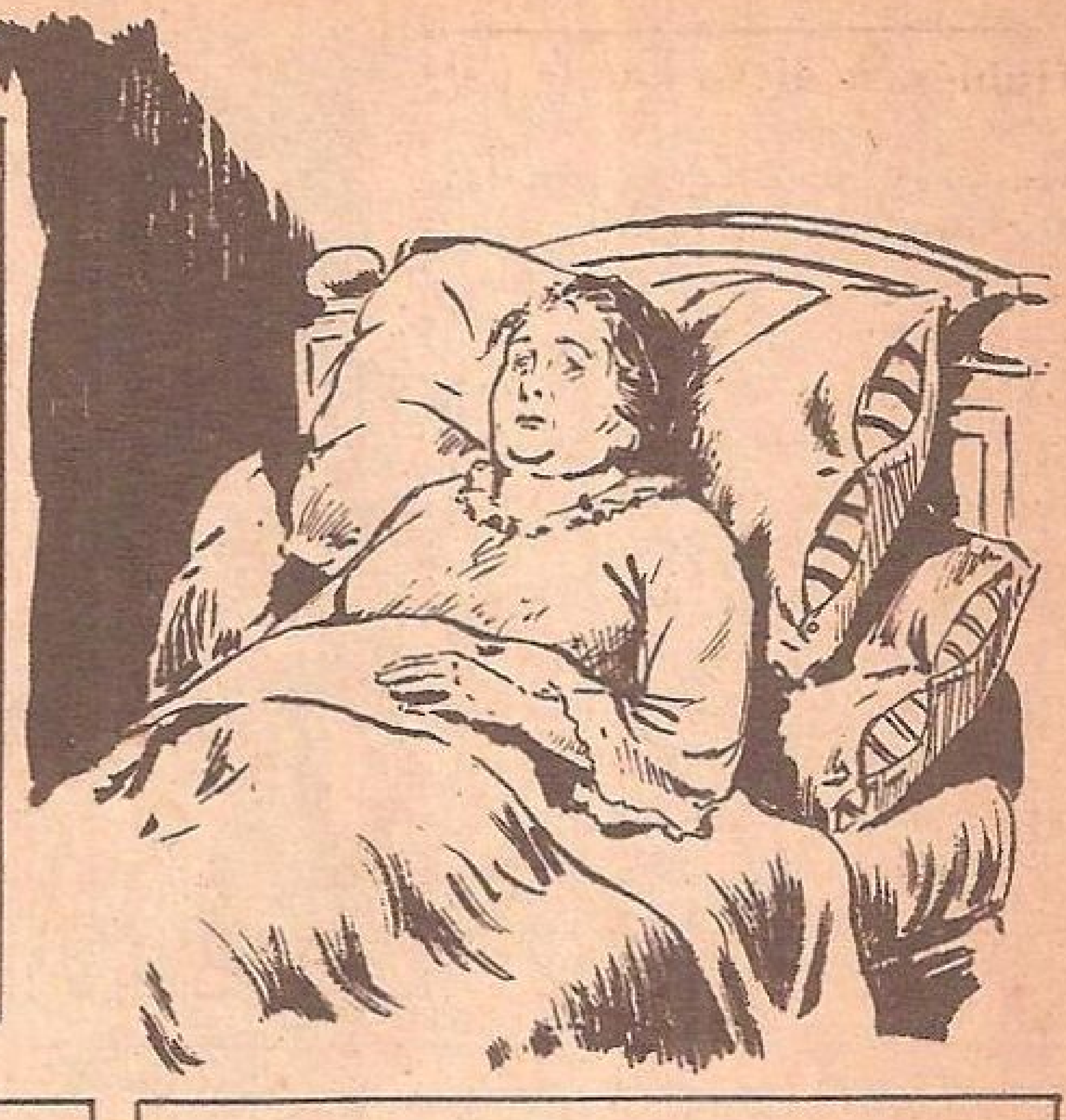
Por aquel tiempo, en un extremo de la calle, una pequeña lechería, que no prosperaba, cambió de dueño a consecuencia de un embargo. La tienda estaba arreglada. Los cristales del escaparate se adornaban con inscripciones en letras amarillas. La mujer que pretendía acreditar otra vez el establecimiento, la nueva lechera, contaba unos cincuenta años, era excesivamente gruesa y conservaba aún algunos restos de hermosura medio sumergidos bajo la grasa.

Germinia sintióse muy pronto seducida por aquella lechera mimosa, charlatana, siempre emocionada, que invitaba a expansionarse a los demás y que parecía tan tierna. Se proveía allí de todo o casi todo. Se pasaba las horas muertas en la tienda, que era también para ella todas las historias del barrio, la cita de los chismes, el cambio diario de las nimiedades de la vida, el hablar por hablar.

La señora Jupillon, que, según decía, había sido casada y firmaba **Viuda Jupillon**, tenía un hijo ya mayorcito. Lo había colocado en San Nicolás, importante colegio religioso donde, por treinta francos mensuales, daban una instrucción rudimentaria y un oficio a los hijos del pueblo. Germinia tomó la costumbre de acompañar los jueves a la señora Jupillon cuando iba a ver a **Bibí**.

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Por entonces la tía Jupillon tuvo en una pierna un antrax, que le impidió andar cerca de dieciocho meses. Germinia fue sola a San Nicolás y, como era pronta y fácil para consagrarse a los demás, cuidó de aquel muchacho como si fuera algo suyo. No faltaba ni un jueves y llegaba siempre con las manos llenas de los postres de la semana, pasteles, frutas y golosinas que compraba.



En el día de su santo, Germinia desató en su presencia un gran paquete: le había mandado hacer una levita. Apenas había en todo el colegio veinte compañeros de familia bastante acomodada para gastar esta prenda. Lo mimó no dejándolo con deseos de nada, creando en el joven pobre los caprichos y los orgullos del joven rico y suavizando las privaciones y las durezas de aquella escuela profesional, que forma al pueblo para la vida obrera, le hace llevar blusa, lo obliga a comer en un plato de obscura loza y lo templa para el trabajo con su viril aprendizaje.

Un día fue llevada a presencia del sacerdote que dirigía el colegio. El sacerdote le habló de despedir al joven Jupillon por haber descubierto en su poder malos libros. Germinia, trémula ante la idea de los golpes que esperaban al rapaz en casa de la madre, rogó, suplicó, imploró, hasta que acabó por conseguir del sacerdote el perdón del culpable. Al marcharse quiso reñir a Bibí; pero, a las primeras palabras de su sermón, éste le lanzó de pronto en pleno rostro una mirada y una sonrisa que hicieron bajar los ojos a Germinia, y ella fue la que se ruborizó.

Cuando el joven Jupillon salió del colegio, la criada de una vecina, que vivía en el piso inferior al de la señorita de Varandeuil, iba algunas noches un ratito a casa de la señora Jupillon con Germinia. Pronto no dejó de ir ninguna, interesada por el muchacho; éste, contento y satisfecho de las atenciones que ella le prodigaba, dejaba ver al propio tiempo sus preferencias por Adela: así se llamaba la recién llegada.

Germinia estaba apasionadamente celosa. Los celos eran el fondo de su naturaleza, las heces y el amargor de sus ternuras. Viendo a aquella mujer instalarse en la tienda y familiarizarse con el joven, los celos de Germinia se inquietaron y se trocaron en furor. Y empleó todos los medios para que la señora Jupillon la alejara de allí.

Aquel amor de otra, que había apartado de Bibí, se le metió lentamente por completo en el corazón. A pesar de esto rechazó las tentativas y los atrevimientos del joven, sin decir nada, sin hablar. Vivía con el pensamiento de amar. Y merced al éxtasis que elevaba su alma, apartaba su caída y rechazaba a sus sentidos. Permanecía pura y trémula, perdida y suspendida sobre abismos de ternura.

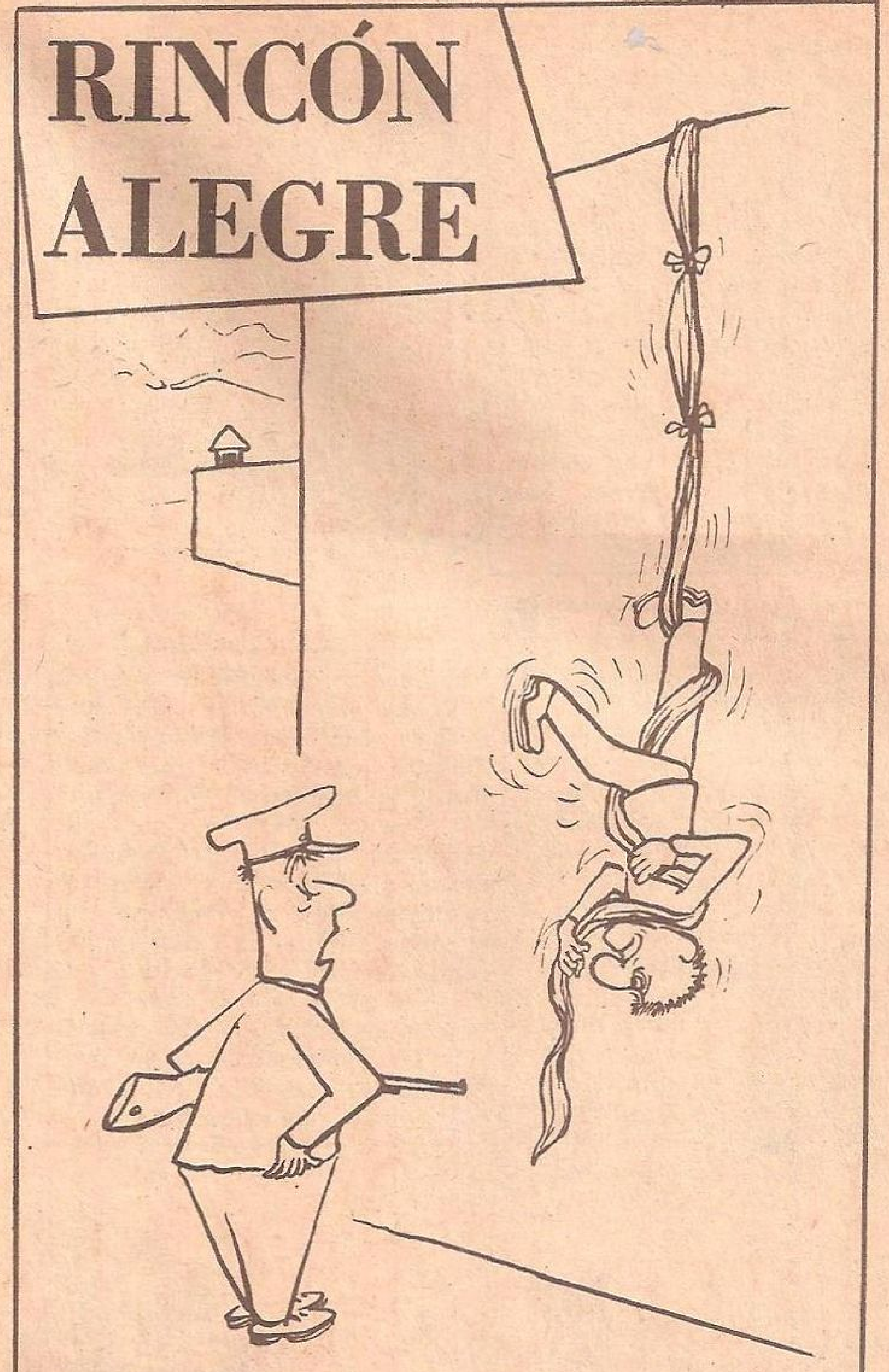
Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Hubiérase dicho que la pasión renovaba y transformaba su temperamento. Ya no le parecía, como en otro tiempo, extraer la vida gota a gota de un manantial avaro: una fuerza generosa y plena circulaba por sus venas, y el fuego de una sangre rica recorría su cuerpo. Sentíase llena de una ardorosa salud, y la alegría de vivir agitaba las alas en su pecho, como un ave al sol.

Al cabo de algunos meses, la vida entera de Germinia perteneció a la lechera. El servicio de su señora apenas le llevaba muy poco tiempo. Por la tarde, la señorita de Varandeuil hubiera podido retenerla a su lado para que le hiciera compañía; pero prefería mandarla a que paseara, a que saliera, para tomar un poco de aire y para distraerse. Le exigía solamente que volviese a las diez para ayudarla a acostarse, y, si por casualidad Germinia se retrasaba un poco, se acostaba por sí sola.

Cuando llegó la primavera, Germinia decía casi todas las tardes a Jupillon: — ¿Vamos al campo? Jupillon accedía, y ambos se marchaban a lo que la gente del barrio llamaba «la entrada del campo». ¡Campo extraño aquél, donde todo se mezclaba: el humo de las fritangas con la neblina del atardecer, el ruido de los tejos de un juego de sapo con el silencio que descendía del cielo, el olor del estiércol con el aroma de los trigales verdes!

Cuando la señora de Jupillon veía a Germinia, le ponía cara de pascua; cuando la besaba, era toda efusión; cuando le hablaba, su voz sabía a caricias, y cuando la miraba, su mirada se impregnaba de dulzura. Parecía confiarse a ella como a una persona de su sangre, a la que se inicia en los intereses de la familia. Cuando hablaba del porvenir, trataba siempre a Germinia como a una persona de la que no debía separarse nunca y a la que consideraba como si ya formase parte de la casa.



-¿No puedes hacer nada bien, Carlos?

¡GRATIS!

Recibirá las primeras lecciones. Señale el curso que le interesa. Enseñamos por CORREO desde 1915:

- CONTABILIDAD MODERNA (con Balance Mensual, Réditos e Inventario al día) para ser: Tenedor de Libros, Jefe de Contabilidad, Secretario, Empleado de Comercio o de Banco, Administrador, Gerente, Jefe de Ventas, Rematador o abrir una oficina para llevar contabilidades.
- IMPUESTO A LOS REDITOS, etc.
- DIBUJANTE
- MECANICO ELECTRICISTA DE AUTOS
- CONSTRUCTOR
- CORTADOR SASTRE
- CORTE Y CONFECCION Y ALTA COSTURA

Festejando nuestras BODAS DE ORO con cada curso valiosos y prácticos obsequios.

Envíe su nombre y dirección a:

ESCUELAS AMERICANAS

Av. Montes de Oca 636 Buenos Aires

Fundador: PATRICIO RYAN
Contador Público Nacional

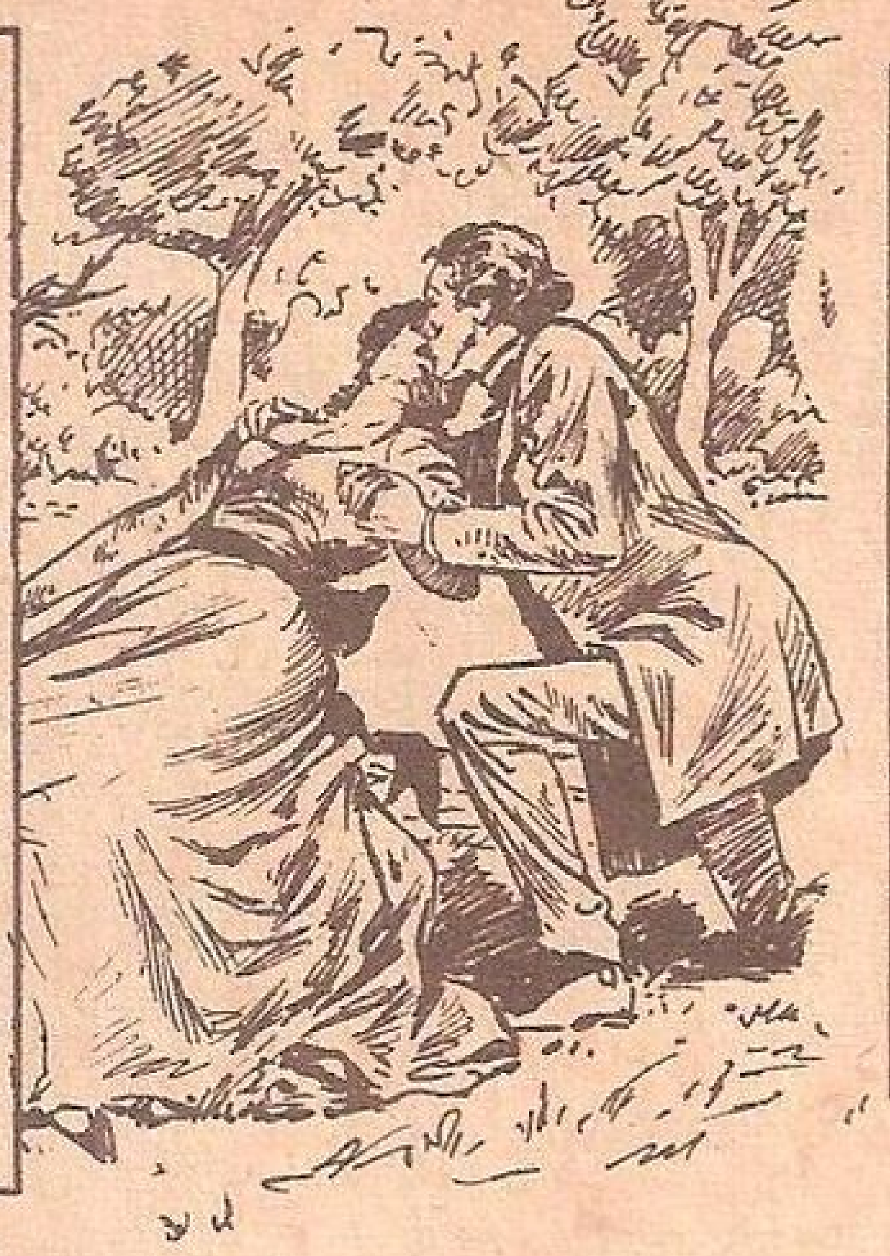
Nombre..........

Calle y Nº ....

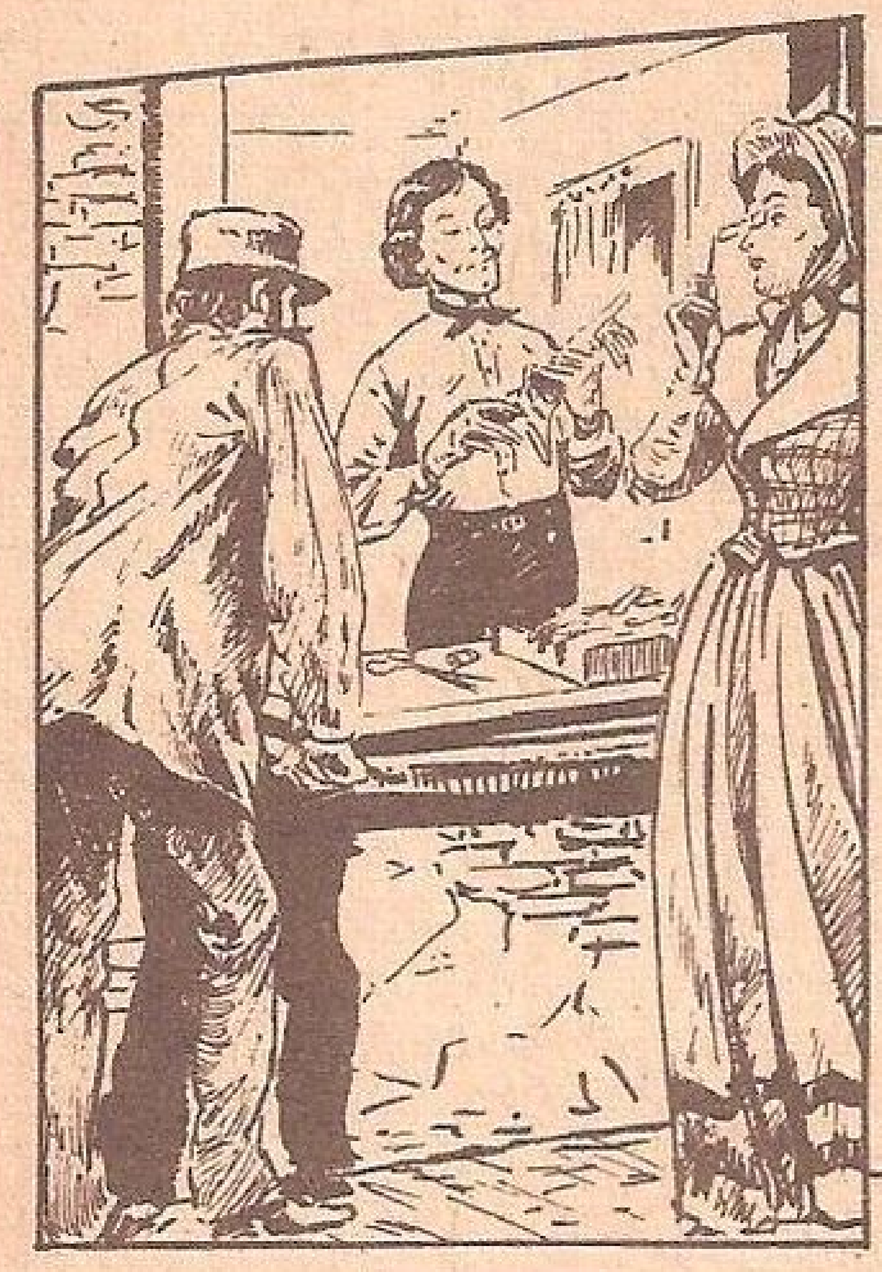
Localidad(20).......... Prov. ....

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Desplegando todo el talento de su falsedad, valiéndose de sus gestos sentimentales y de su socarronería, esta mujer logró que, ante la seguridad y ante la tácita promesa de aquel matrimonio, se derrumbaran las últimas resistencias de Germinia, la cual, al fin, se dejó arrancar por el amor del joven lo que creía anticipar al marido. Con todo este juego la lechera había pretendido solamente una cosa: atraerse y conservar a una criada que no le costaba un céntimo.



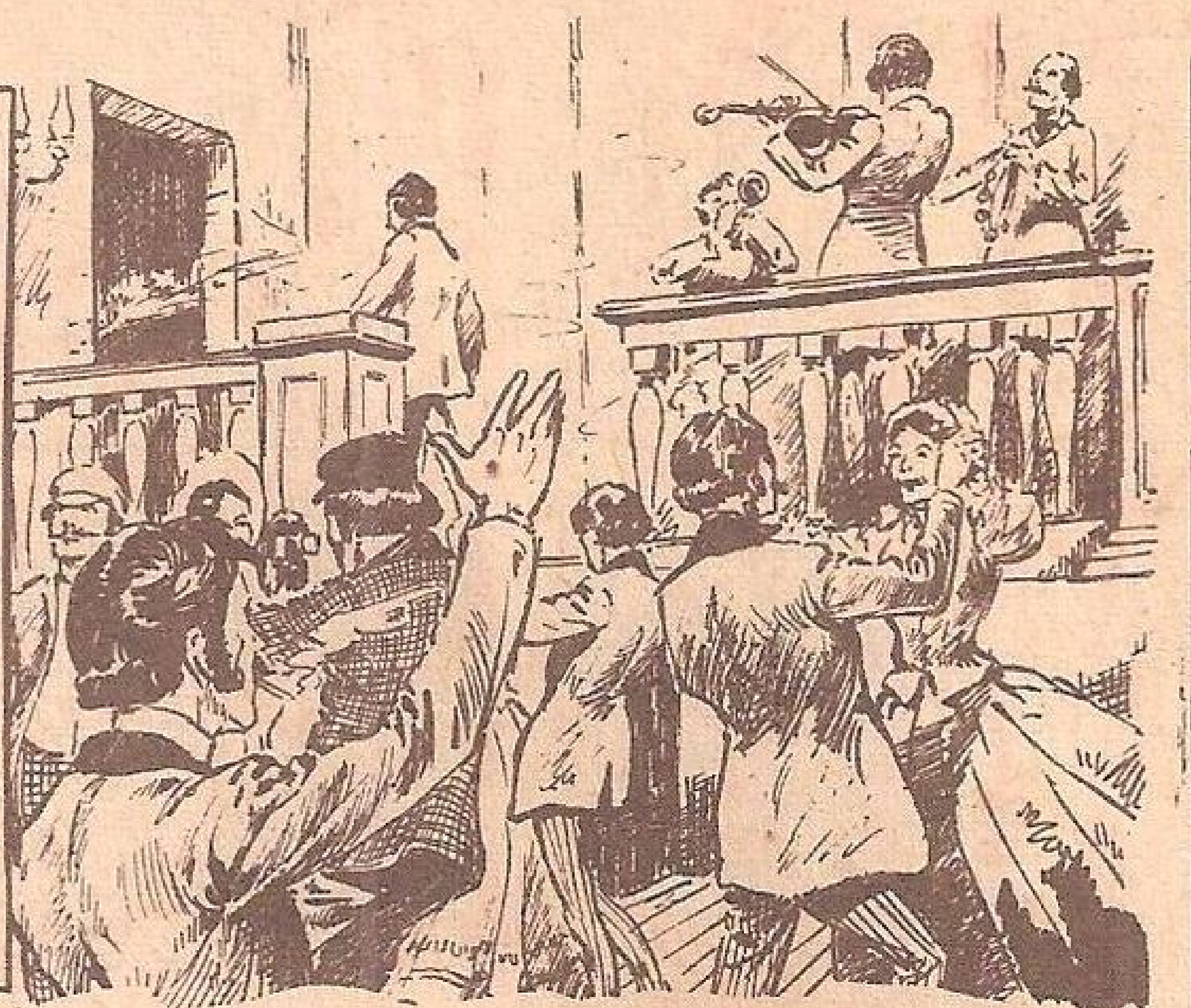
El joven Jupillon encarnaba el tipo de esos parisienses que llevan pintado en el semblante el escepticismo burlón de la gran ciudad burlona en que nacieron. La sonrisa no dejaba de figurar nunca en su rostro, cínica e impertinente. Tenía la alegría en la boca maligna y casi una especie de crueldad en la comisura de sus labios levantados y estremecidos por movimientos nerviosos. En su rostro, una expresión llena de malicia, atenuada en algunos momentos por aire de felina zalamería.



Su oficio de cortador de guantes —al que había ido a parar después de dos o tres ensayos desdichados en diversos aprendizajes—, la costumbre de ser un espectáculo para los transeúntes, dieron a su persona el aplomo y la elegancia de un presumido. En el taller, junto a la calle, con su camisa blanca, la corbatita negra y el pantalón ajustado a los riñones, había adquirido las pretensiones y las gracias canallescas del joven que sabe que lo miman.

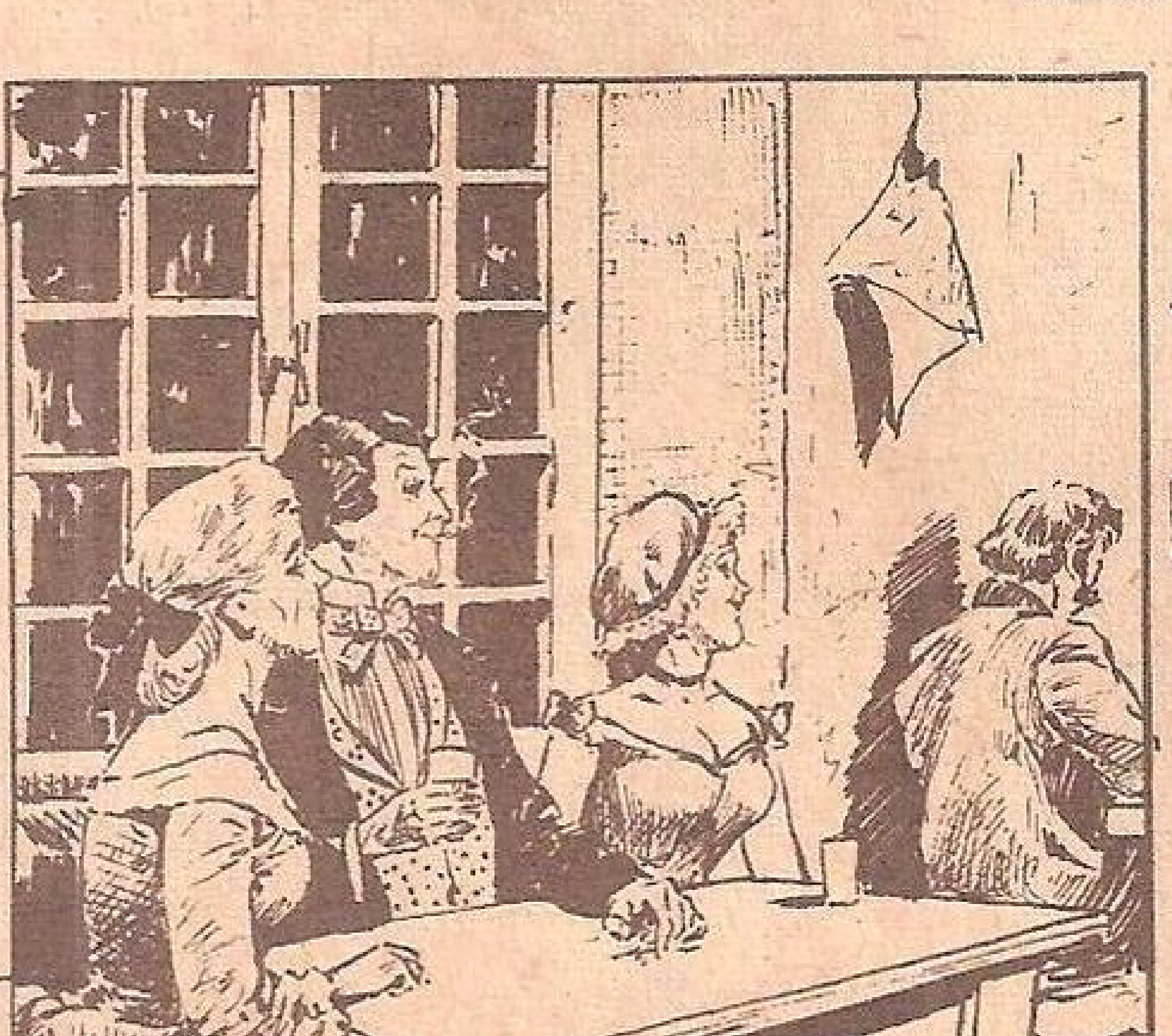
Jupillon se aburrió pronto de la adoración de Germinia, que cada vez iba en aumento. La encontraba ridícula en su humillación y grotesca en su sacrificio. Sentíase cansado, disgustado y malhumorado. Estaba harto de su amor y de su persona. No tardó en alejarse de ella sin compasión. Huyó de su lado. Evitó las citas. Germinia lo esperaba por la tarde, y él no acudía. Decía que estaba ocupado, y encontrábase el mozo en algún obscuro billar o en cualquier baile de las afueras.

Germinia lo supo y fue a buscarlo a uno de éstos: el baile de **La Bola Negra**, un salón que resplandecía con una falsa riqueza y con un lujo pobre: las miserias y la rusticidad de un ventorrillo en la decoración de un palacio de cartón.



Entró en el salón en el momento de acabar el rigodón **El gorro del tío Bugeanol**, en el cual los platillos, los cascabeles y el tambor habían comunicado al baile el aturdimiento y la locura de su estrépito. Germinia abarcó a la concurrencia con una mirada; la habían engañado: él no estaba allí.

No tardó, sin embargo, en encontrarlo. Estaba junto a una mesa verde, fumando entre dos mujeres. Una era alta y rubia; la otra, bajita y morena, encapuchada con una cofia de punto, que lucía con coquetería. Cuando Jupillon vio a Germinia dirigirse hacia él con los ojos fijos, se inclinó al oído de la mujer de la cofia y esperó.



Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Conmovido a su pesar por el acento de Germinia, Jupillon echó a andar detrás de ella. Las dos mujeres que lo acompañaban se quedaron burlándose de la pobre enamorada en voz alta, con las frases que más podían herirla, a propósito de su diferencia de edad, insistiendo en que era la madre de aquel joven. La gente reía a su paso, y se multiplicaban las frases y los murmullos de burla.

Jupillon prometió a Germinia no volver más al baile. Pero comenzaba a gozar de cierta reputación en los bailes de las afueras, en **La Bola Negra, La Reina Blanca** y **La Ermita.** El baile no era solamente para él un baile: era un teatro, un público, una popularidad, los aplausos, el murmullo adulador de su nombre en los grupos y la ovación de una gloria de cancán a la luz de los quinqués.

El domingo no fue a **La Bola Negra,** pero volvió allí el jueves siguiente. Germinia, viendo que no le podía impedir que fuera, se decidió a seguirlo y a estar allí todo el tiempo que él estuviese. Sentada a una mesa, al fondo, en el rincón menos alumbrado del salón, lo seguía y lo acechaba, siendo el blanco de las burlas y teniendo que escuchar a cada instante la palabra «¡Vieja!», que las alocadas jóvenes le escupían al pasar, por encima del hombro. Pero ella, hundida sombríamente en su obscuro rincón, no salía de él más que para ir a buscar y a llevarse a Jupillon, con la muda violencia de una mujer que arranca a su hombre de la taberna y se lo lleva del brazo.

Pronto corrió por el barrio el rumor de que Germinia iba a aquellos bailes sin perder uno. La frutera envió a su hijo «para ver»: éste regresó diciendo que era verdad, y refirió todas las vejaciones que hacían sufrir a Germinia, y que no le impedían volver allí. Entonces ya no cupo duda en el barrio acerca de las relaciones de la criada de la señorita de Varandeuil con Jupillon. Estalló el escándalo, y cayó de golpe desde la estimación más altamente testimoniada al desprecio más brutalmente pregonado.

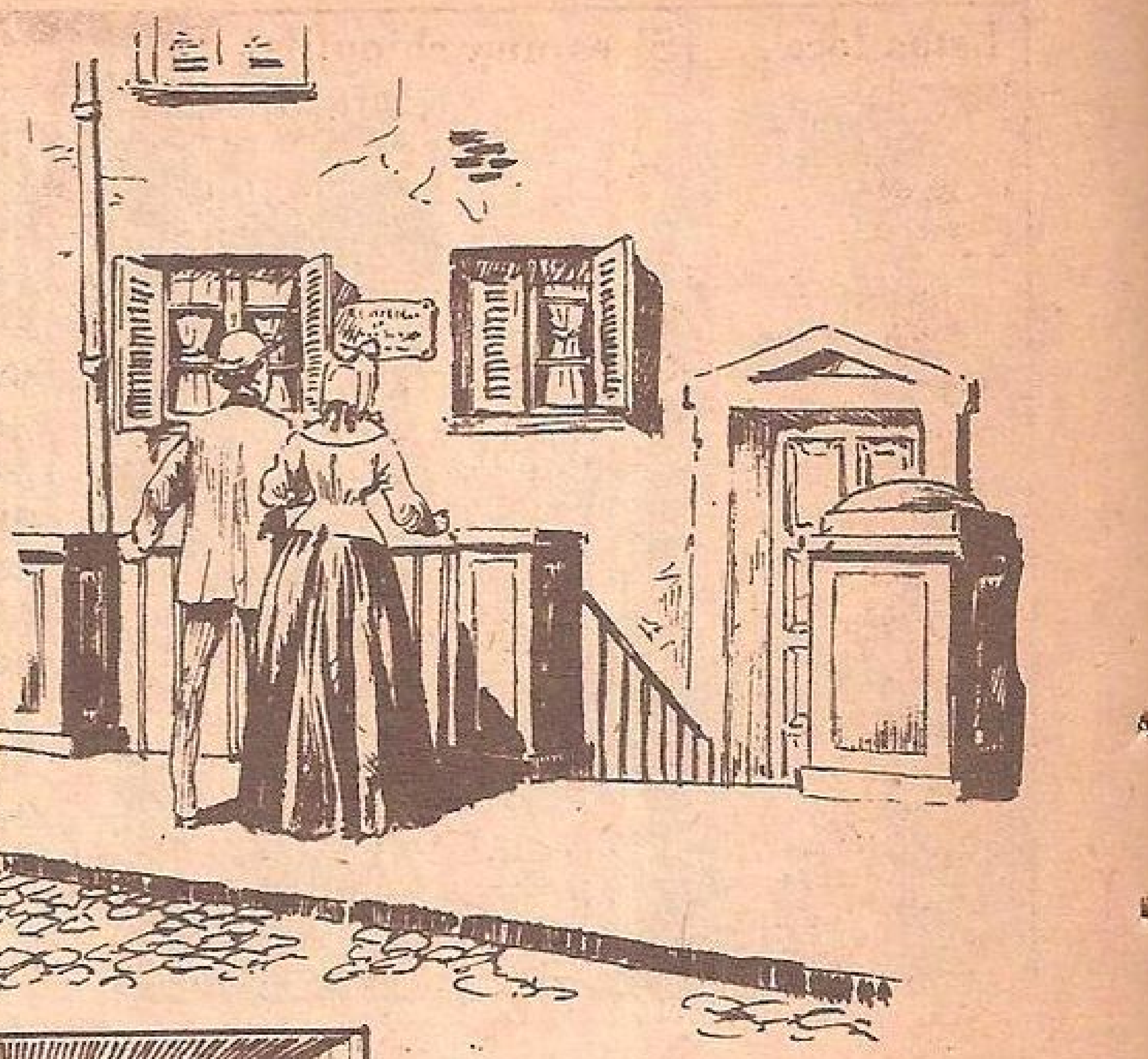
Esto fue horrible para ella. Pero cuanto más sufría más se apretaba y agarraba a su amor. No guardaba rencor a Jupillon ni le reprochaba nada. Humillada y abrumada por su falta, veíasela en aquella calle, por donde poco antes había pasado erguida, ir ahora temerosa y fugitiva, doblada la espalda, oblicua la mirada, inquieta por si la reconocían, apretando el paso por delante de las tiendas, que arrojaban tras de sus talones todas las barreduras de la maledicencia.

Jupillon se quejaba sin cesar del fastidio de trabajar para los demás y de no poder encontrar en la bolsa de su madre mil quinientos o mil ochocientos francos. No necesitaba mayor cantidad para alquilar dos habitaciones en un entresuelo y poner una pequeña guantería. Siempre que hablaba de esto, Germinia le pedía mil explicaciones, deseosa de saber todo lo que necesitaba para establecerse.

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Un domingo iban los dos hacia Montmartre, y en vez de tomar por la calle de Frochot siguió ella por la de Pigalle.

Lo había agarrado del brazo y marchaba apartándose un poco de su lado para que él no viera lo que pasaba por su rostro. A la mitad de la calle de la Fuente de San Jorge lo detuvo bruscamente ante dos ventanas de entresuelo y, trémula de alegría, le dijo: — ¡Mira! Miró él y vio, entre las dos ventanas una placa, en la que se leía escrito con brillantes letras de cobre: ALMACEN DE GUANTERIA JUPILLON.



Vio cortinillas blancas en la primera ventana. Al través de los cristales de la segunda distinguió estanterías, cajas y, delante, la mesilla de su oficio, con sus grandes tijeras, con el cajoncillo de los retales y con el cuchillo para agujerear y rebajar las pieles. Entraron en la primera habitación, en el almacén. Germinia quería enseñárselo todo. Le mostraba el interior de las cajas y se reía. Luego, abriendo la puerta de la otra habitación, le dijo:

— ¿Ves?... Aquí no te ahogarás, como en el desván de tu madre... ¿Te gusta? No es una gran cosa, pero está limpio... Yo hubiera querido que la cama fuera de caoba... Sobre la mesilla de noche estaba el recibo del casero, que le entregó a Jupillon, diciéndole: - ¡Tómalo! Vale para seis meses... Es preciso que te pongas a ganar dinero en seguida. Se acabaron de un golpe mis pocos cuartos de la Caja de Ahorros...

Se dejó caer en una silla, como si no pudiera resistir la emoción de verlo contento. Jupillon se inclinó hacia ella para besarla, y entonces advirtió que no llevaba los pendientes: — ¡Ah! Sí, volaron — le dijo ella—, igual que mis sortijas. Mira: ya no hay ninguna... Y le mostró sus manos libres de las pobres joyas, para cuya adquisición había trabajado tanto tiempo.

Y como Jupillon permaneció ante ella con el aspecto de un hombre turbado que busca frases para expresar su gratitud, agregó: - ¡Tiene gracia!... ¿Qué te pasa?... ¿Es por eso?... Y le señaló la habitación. — ¡No seas tonto!... Te amo, ¿no es cierto?... ¡Pues entonces!... Germinia dijo estas palabras sencillamente, como el corazón dice las cosas sublimes.

La señora Jupillon, sobradamente gruesa y pesada para el servicio de su lechería, viendo que tenía que trabajar demasiado a pesar de todo lo que hacía Germinia, hizo venir de su tierra a una sobrina para que la ayudara. Esta pequeña era la juventud del campo, una mujer en la que aún se veía algo de la niña, una criatura viva y lista, de ojos negros y llenos de sol, de labios como cerezas, con el estío de su tierra en la tez y con el calor de la salud en la sangre.

Desde los primeros días, la joven, ardiente y cándida, se dirigió hacia su primo simple y naturalmente, merced a la inclinación de la igualdad de edades, que hace que la juventud busque a la juventud. Germinia no tuvo ya reposo cerca de la tal muchacha. Siempre que se encontraba a solas con Jupillon estallaba en recriminaciones, quejas y reyertas.

Escaneado en Córdoba - Argentina

Versión moderna del famoso conquistador protagonizada por el gran actor Marcello Mastroiani.
Dirección: Mario Monicelli. - ITALFILMS.

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

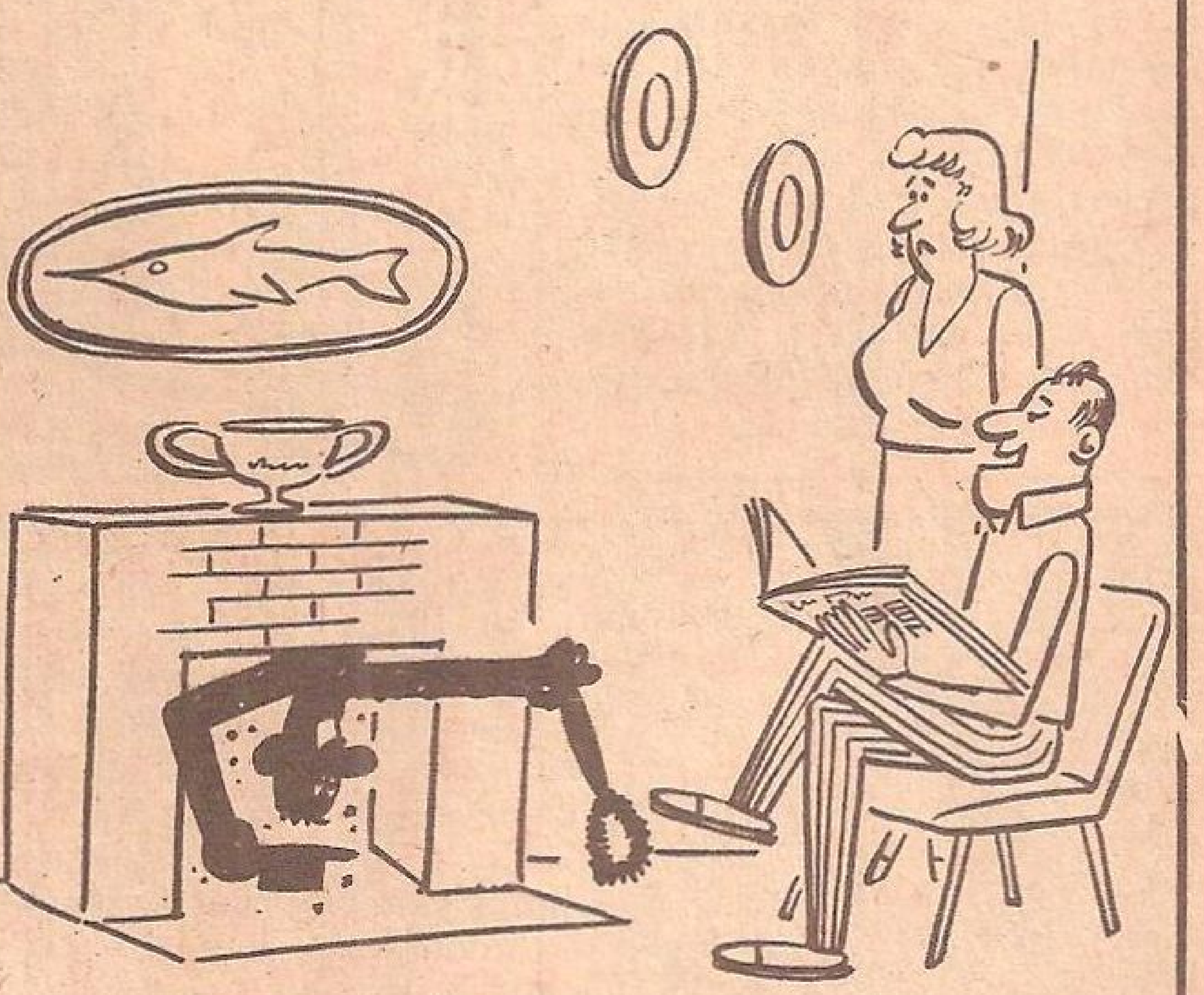
¿Qué dices tú, hijito?
Pues digo, mamá, que como quieras.
La madre, muy contenta de la docilidad, le dijo que la invitara a cenar con ellos aquella noche, y que le pusiera buena cara, para que se creyera que había llegado el gran día... Así lo hizo Jupillon, y a las siete de la tarde llegó Germinia, feliz, alegre, esperanzada y con la cabeza llena de ilusiones.
Se comió, se bebió y se rió. La tía Jupillon principió a dejar caer miradas conmovidas sobre la pareja sentada frente a ella. Pero al tomar el café recordó a su hijo, como si quisiera quedarse a solas con Germinia, que tenía que hacer un encargo aquella noche.
Jupillon salió.
Por un momento, ambas mujeres permanecieron silenciosas, una aguardando a que hablase la otra. Germinia no pudo contenerse y, de repente, se levantó de la silla y se precipitó en brazos de la señora Jupillon, confesándole su amor por su hijo: —¡Si usted supiera! ¡Lo amó! ¡Es verdad! ¡Hace tres años que lo amo!
A cada una de sus frases, el rostro de la señora Jupillon se ponía más serio y más frío. Apartó secamente a Germinia y, con su voz más doliente, con un acento de lamentación y de desolación desesperadas, se puso a decir, como una persona que se ahoga: — ¡Dios mío!... ¡Usted!... ¡Usted decirme a mí esas cosas!... ¡A su madre!... ¡Dios mío, se necesita...! ¡Jamás habría creído en usted semejante cosa!... ¡Qué trastorno!... ¡Esto va a costarme una enfermedad!...
¡Señora Jupillon!... ¡Perdóneme!... ¡Fue algo más fuerte que mi voluntad!... Además, yo pensaba, yo había creído...
¡Que usted había creído, Dios mío, que usted había creído!... ¿Qué? Ser la mujer de mi hijo, ¿verdad? ¡Ay, Santo Dios! Pero ¿es posible, hija mía?
Y, adoptando una voz más quejumbrosa y gemebunda, a medida que dirigía a Germinia frases que la herían, la tía Jupillon agregó: — Mire, hija mía: hay que ponerse en razón... ¿Qué le dije yo siempre?... Que esto habría podido realizarse si hubiera nacido diez años después... Me ha dicho usted que nació en 1820 y estamos en el 49... Esto quiere decir, hija mía, que ya va usted camino de los treinta...
Pero ¿y lo que me debe su hijo? ¿Y mi dinero? El dinero que saqué de la Caja de Ahorros, el dinero que pedí prestado para él, el dinero que...
El dinero que le debe... ¡Ah, sí!... El que le ha prestado usted para que comience a trabajar... Pero ¿piensa que trata con ladrones? ¿Es que se le quiere negar su dinero, aunque no haya ningún documento que lo acredite?...

Y continuó: — ¡Dios mío! ¡Bien castigada estoy por el afecto que le tuve! Pero ahora veo claramente lo que usted pretendía... ¡Es muy astuta!... Ha querido cobrarse con mi hijo para toda la vida... ¡Usted perdone!... ¡Muchas gracias!... ¡Resulta más barato devolverle el dinero!... ¡Pobrecito hijo mío!... ¡Dios lo libre de caer en sus manos! Germinia había arrancado de la percha el chal y el sombrero, y ya estaba fuera de la habitación.
El invierno de aquel año debió de garantir a la señorita de Varandeuil su parte en el paraíso. Tuvo que sufrir todas las consecuencias del disgusto de la criada, el tormento de los nervios de ésta.
Germinia siempre estaba repitiendo: —No tengo nada, señorita—, con la voz sorda del que ahoga un secreto. Adoptó posturas mudas y desoladas, actitudes de entierro, y esas maneras merced a las cuales el cuerpo de una mujer exuda tristeza y convierte su sombra en tedio.
Las personas ancianas son pacientes con los criados. La costumbre, la voluntad que se extingue, el horror a los cambios y el temor de los nuevos semblantes, todo las predispone a debilidades, a concesiones y a cobardías. A pesar de su vivacidad, de su facilidad para encolerizarse, la señorita de Varandeuil no decía una palabra a Germinia.
Porque Germinia era para ella no una criada, sino la Abnegación, que debía cerrarle los ojos. Esta vieja, aislada y olvidada por la muerte, sola al fin de la vida, encontró su última amiga en la criada. La quería como una hija adoptiva, y era desgraciada principalmente porque no la podía consolar. Además, algunas veces, desde el fondo de sus sombrías melancolías y de sus malos humores, Germinia volvía hacia ella y se hincaba de rodillas ante su bondad, rompiendo a llorar.
Cierta tarde del mes de marzo la señora Jupillon y el hijo hablaban junto a la estufa de la trastienda. El joven acababa de ser sorteado. El dinero que la madre iba ahorrando para librarlo del servicio militar, desapareció en seis meses de malos negocios. Los asuntos de él marchaban también mal y estaba a punto de sufrir un embargo. La tía Jupillon, desolada, se lamentaba lloriqueando. Hablaba de vender la lechería, de ponerse a servir.
Ya hemos charlado bastante, mamá. No tienes necesidad de vender nada, ni de rebajarte... ¿Apuestas a que me redimo yo mismo sin que me cueste un solo céntimo?
¡Jesús!... ¿Qué se te ha ocurrido?
No quise contrariarte en lo concerniente a Germinia, cuando pensaste que ya era tiempo de romper con ella... Pienso que ahora... En yo queriendo...
Pero de sobra sabes que no tiene ni un céntimo...
Suyo tal vez no lo tenga... Pero ¿qué importa? Ya lo buscará... Aún se le pueden sacar dos mil trescientos francos...
¡Dios mío! ¿Qué es lo que me dices?... Después de la escena que hubo entre las dos, ella no querrá volver nunca aquí.

Dentro de Columberos «Especiales de los Domingos» ¡Ya es un clásico!

ELLAS Y NOSOTROS

-Perdone, señora, pero le dieron número equivocado.



-Soy el deshollinador, señores. ¿Necesitan mis servicios?

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

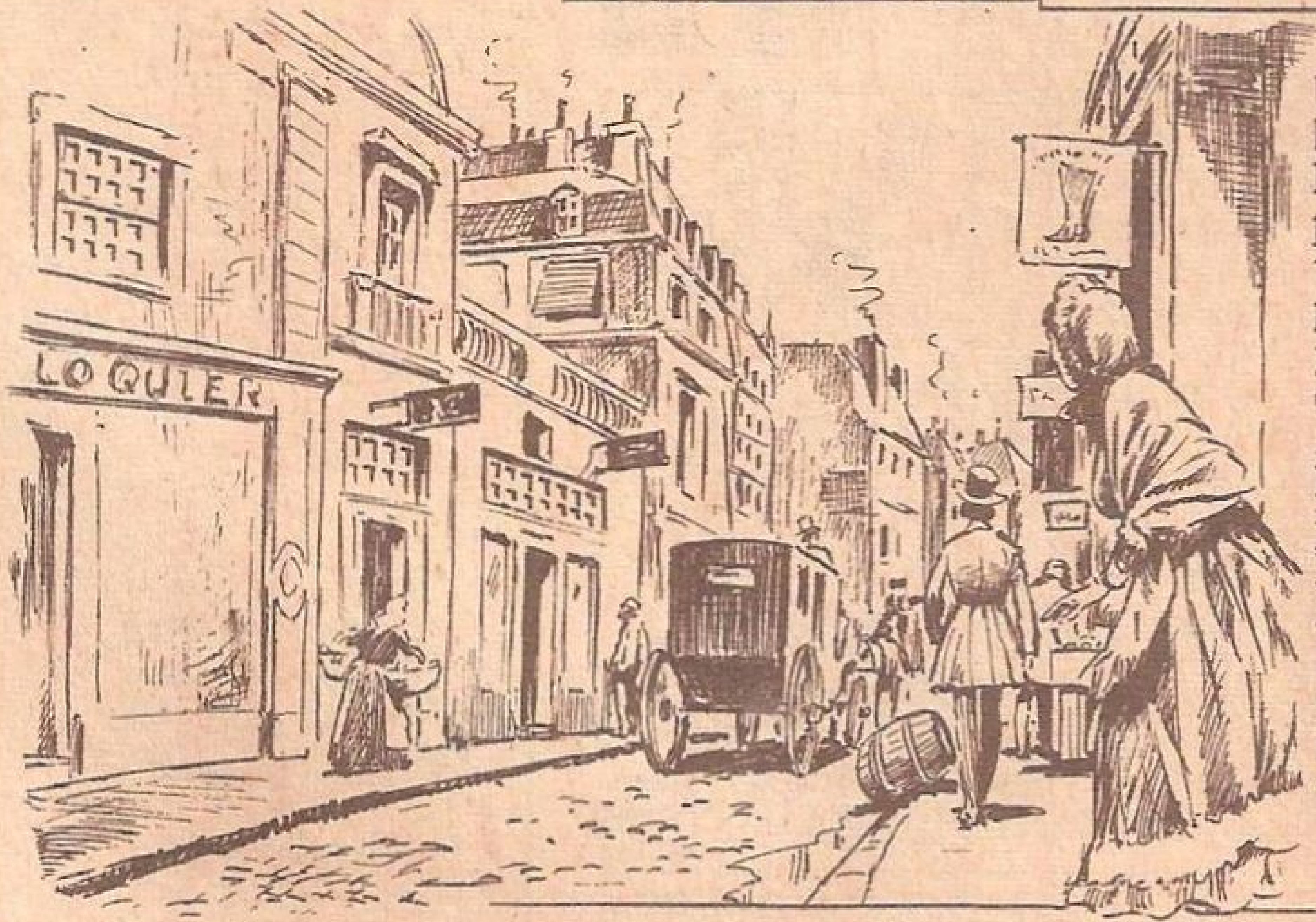
Al fin reunió aquel dinero; pero éste era su dueño y la poseía para siempre. Pertenecía a las obligaciones que tenía para con la gente, al favor que le habían hecho sus abastecedores sabiendo bien lo que hacían. Pertenecía a su deuda, a lo que tendría que pagar cada año. Lo sabía. Sabía que todo su salario se invertiría en aquello, que los trescientos francos de su sueldo apenas bastarían para pagar los intereses de los dos mil trescientos francos del préstamo.

Sabía que debería, que debería siempre, que estaba sometida para siempre a las privaciones, a la penuria, a toda clase de cercenamientos en sus gastos de arreglarse y de vestir. Tantas ilusiones se hacía respecto a los Jupillon como respecto a su porvenir. Tenía el presentimiento de que con ellos estaba perdido su dinero.

Ni siquiera calculó que aquel sacrificio conmovería al joven. Obró así dejándose llevar de su primer impulso. Si le hubiera dicho que muriera para que no se marchara al servicio, habría muerto de igual modo. La idea de verlo soldado, esa idea del campo de batalla, del cañón y de los heridos, ante la cual la mujer, aterrorizada, cierra los ojos, la resolvió a hacer algo más que morir: a vender su vida y a firmar su eterna miseria por aquel hombre.

Llegó el momento en que la terrible verdad, entrevista al principio y velada después merced a las últimas ilusiones, acabó por mostrarse a Germinia. Advertía que no pudo atraer a Jupillon por la abnegación de su amor, por el despojo de todo lo que poseía y por aquellos sacrificios pecuniarios que comprometían su vida, hundiéndola en los apuros de una deuda imposible de pagar. Comprendía que él le otorgaba a regañadientes su amor, un amor en el que el joven imponía la humillación de una limosna.

Germinia no se quejaba, ni lloraba, ni recriminaba ya a nadie. Renunciaba a luchar con aquel hombre armado de frialdad, con aquel hombre que, con sus heladas ironías de granuja, sabía ultrajar tan bien su pasión, su sinrazón y sus locuras de cariño. Acometíanla las ideas y las sospechas que se le presentan al verdadero amor cuando es engañado, los presentimientos del corazón, que dicen a las mujeres que no son ellas las únicas en poseer a su amante y que hay otra, sencillamente porque tiene que haberla.



Una mañana, habiendo bajado a la calle más temprano que de costumbre, vio a los pocos pasos a Jupillon, delante de ella, en la acera. Iba vestido de gala y se contemplaba al andar. Púsose a seguirlo. El joven caminaba todo derecho, sin volver la cabeza. Llegó en pos de él a la plaza de Breda.

En aquella plaza, al lado de la parada de coches, se estaba paseando una mujer. Germinia la veía solamente de espaldas. Jupillon se dirigió hacia ella, y la mujer se volvió: era la prima. Principiaron a caminar juntos, yendo y viniendo por la plaza; después se fueron por la calle de Breda hacia la de Navarin. Allí la joven se agarró del brazo de Jupillon. Caminaban lentamente, tan lentamente, que a veces Germinia tenía que pararse para no acercarse demasiado a ellos.

Llegados a la calle de Lamartine, se metieron en el pasaje de las Dos Hermanas. Desde la verja del pasaje, Germinia vio desaparecer una falda por la puerta de una casita que había junto a la tienda de un licorista. Corrió hacia aquella puerta, miró a la escalera y ya no vio nada. Entonces se le subió la sangre a la cabeza y no se le ocurrió más que una idea, una sola idea que su boca repetía idiotamente: —¡Vitriolo!... ¡Vitriolo!... ¡Vitriolo!...

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Y, convirtiéndose instantáneamente su pensamiento en acción y arrastrada por su delirio, se creía ya cometiendo el crimen. En su feroz ensueño, sus pies anduvieron. Los pasos la guiaron, la sacaron del pasaje, la hicieron tomar por una calle y la condujeron a una tienda. Hacía diez minutos que estaba allí plantada delante del mostrador, con los ojos que no veían, con los ojos vacíos y extraviados de quien va a cometer un asesinato.

Salió de la tienda tambaleándose. A la media hora de aquel horrible encuentro, en que, cometiendo el crimen con el pensamiento como si lo realizara con las manos, Germinia quiso y creyó desfigurar a su rival con el vitriolo, volvía a su casa. Lo milagroso de aquella vida de desorden y de tormento, de aquella vida vergonzosa y maltrecha, fue que no estallase. Germinia no dejó que brotara nada afuera, no dejó subir nada a sus labios, no dejó ver nada en su fisonomía ni aparecer nada en sus maneras, y el fondo maldito de su existencia permaneció siempre oculto para su señora.

Era como si llevara dos existencias distintas y como si fuera dos mujeres en una. A fuerza de energía, habilidad y diplomacia femeninas, con una sangre fría siempre presente hasta en los momentos de mayor turbación, llegó a separar aquellas dos existencias, a vivirlas sin mezclarlas, a no dejar que se confundieran las dos mujeres que se albergaban en ella, a seguir siendo para la señorita de Varandeuil la muchacha honrada y metódica que había sido siempre.

Sin embargo, todas sus mentidas apariencias no eran una hipocresía en Germinia. No procedían de una perversa doblez ni de un cálculo corrompido: su afecto por la señorita la obligaba a ser lo que era en la casa. Quería evitarle a toda costa el disgusto de penetrar en el fondo de su alma. La engañaba únicamente para conservar su ternura con una especie de respeto, y en la comedia que representaba deslizábase un sentimiento piadoso, casi religioso, semejante al de una hija que mintiera en presencia de su madre para no apesadumbrar su corazón.

Pero el pasado y sus deudas estaban siempre allí y le repetían constantemente:—¡Si lo supiera la señorita! Vivía con las angustias de una criminal, en un temblor de todos los instantes. Las cartas de escritura desconocida la llenaban de ansiedad, y mientras la señorita abría el terrible papel y lo recorría con la fría mirada de los viejos, Germinia sentía la emoción de quien espera una sentencia de muerte. Comprendía que su secreto y su mentira estaban en manos de todo el mundo. Alrededor de ella sólo había una persona cuya estimación podría perder: la de su señorita.

Una noche en que vagaba por la calle de la Roca, al pasar por delante de una taberna, en la esquina de la calle de Laborde, vio la espalda de un hombre que bebía en el mostrador: era Jupillon. Detúvose en seco, cruzó la calle y, pegándose a la verja de la taberna, se puso a esperarlo. Apoyados los hombros contra los barrotes, permanecía inmóvil. Había en su postura una resolución terrible, algo como la eterna paciencia de esperar allí siempre.

Lloviznaba. Hacía uno de esos días de París sucios y húmedos, en los que parece que el agua que cae es ya barro antes de tocar el suelo. El fango le subía por encima de los pies. Permaneció así media hora, quieta, amenazadora y desesperada, sombría y sin vérsele el rostro, semejante a una Fatalidad plantada por la noche a la puerta de un templo del vicio.

Escaneado en Córdoba - Argentina

Al fin salió Jupillon. Irguióse ella ante él.

Germinia le arrojaba a la cara estos insultos empujándolo, haciéndole frente y adelantando el pecho contra el de Jupillon. Parecía buscar los golpes, que pedía y provocaba; inclinada hacia él, le gritaba: — ¡Pégame, hombre, pégame!... ¿Qué tengo que decirte para que me pegues?... Ya no se preocupaba de nada, ni sabía lo que quería; solamente sentía cierta necesidad de ser golpeada.

Tenía un ansia instintiva e inexplicable de que la maltrataran, de sufrir en su carne, de experimentar un choque, una sacudida o un dolor que hiciera callar al dolor que le torturaba la cabeza. Sólo pensaba en los golpes para acabar con aquel dolor. Luego, después de los golpes, veía con la lucidez de una alucinación, pasar todo género de cosas, la llegada de los guardias, el puesto de policía, el comisario, ¡el comisario, ante el cual podría contarlo todo: su historia, lo que le había hecho sufrir y lo que le había costado este hombre!... Su corazón se desahogaba de antemano ante la idea de contar, entre gritos y lágrimas, todo lo que la tenía en trance de reventar.

—¡Pégame, hombre, pégame!... — repetía ella, acercándose siempre a Jupillon, que procuraba escabullirse y le lanzaba, al retroceder, palabras acariciadoras, como las que se dirigen a una bestia cuando no conoce y quiere morder. Además, la gente principiaba ya a formar corro alrededor de ellos.

— ¡Eh, vieja borracha!... ¡A ver si no molestamos al señor! — dijo un guardia, agarrando a Germinia de un brazo y haciéndola girar rudamente sobre sus talones. Bajo la brutal injuria de aquel agente de policía, Germinia sintió que se le doblaban las rodillas y creyó que iba a desmayarse. Luego tuvo miedo y echó a correr por el centro de la calle.

La pasión tiene retornos insensatos y renacimientos inexplicables. Aquel maldito amor, que Germinia creía muerto por todas las heridas y todos los golpes que le había asestado Jupillon, revivía otra vez. Al regresar a su casa quedóse espantada de sentirlo de nuevo en el pecho. La sola contemplación de aquel hombre, su proximidad de algunos minutos, el sonido de su voz y la respiración del aire que él respiraba, bastaron para hacer girar su corazón y para inclinarla por completo hacia el pasado.

A pesar de todo, nunca había podido arrancar radicalmente a Jupillon del fondo de sí misma: él continuó arraigado allí. Jupillon era su primer amor. Ella le pertenecía contra su propia voluntad, por todas las debilidades del recuerdo y todas las cobardías de la costumbre. Entre ellos mediaban todos los lazos que atan para siempre a la mujer: el sacrificio, el sufrimiento y la humillación. Jupillon la poseía por haber violado su conciencia, pisoteado sus ilusiones y martirizado su vida. Ella era suya, enteramente suya.

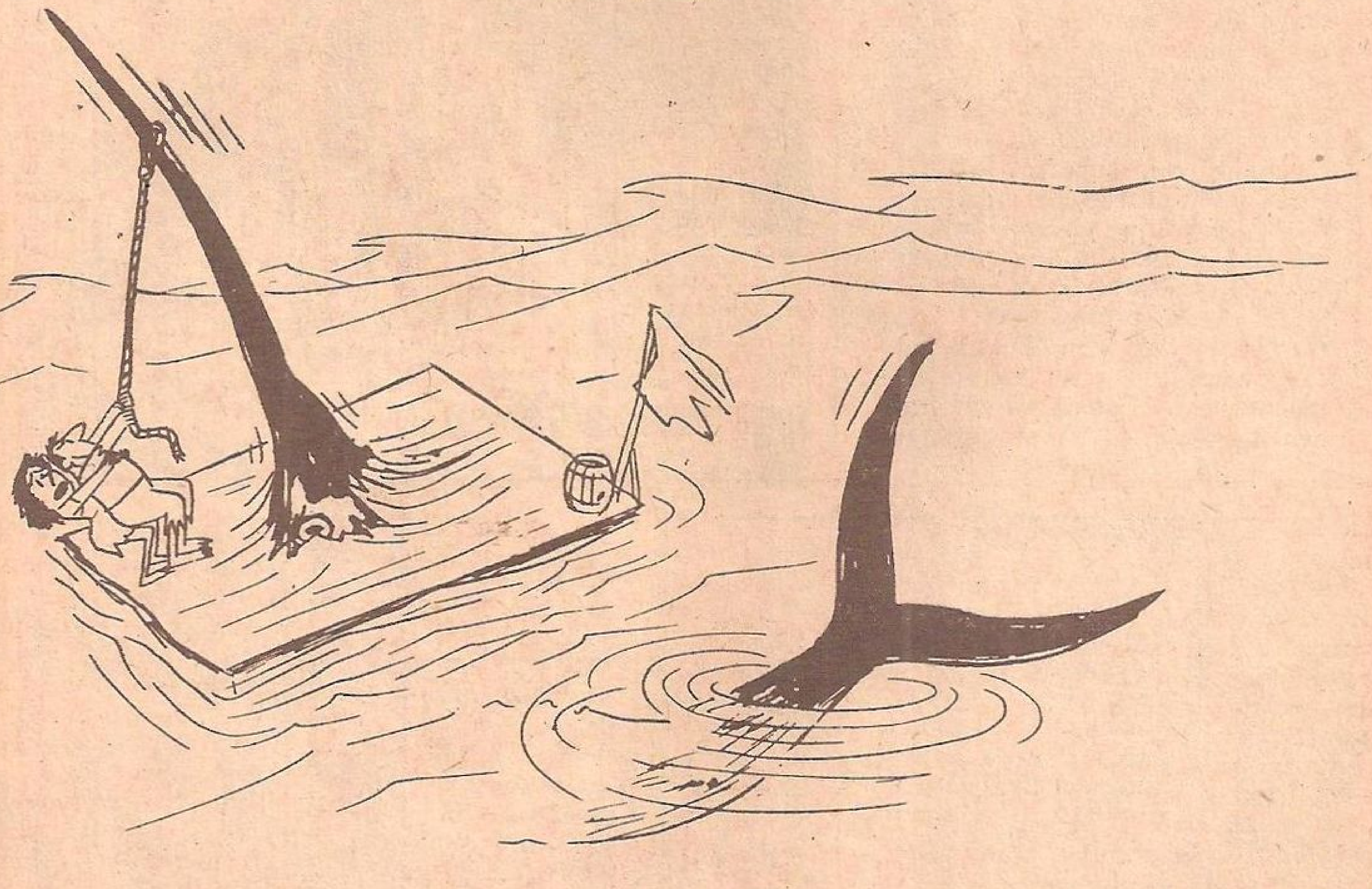
Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Y aquel choque, aquella escena, que debió inspirarle el horror de encontrarse con él, reanimó en ella el frenesí de volverlo a ver. Toda su pasión tornó a adueñarse de ella. Se puso a acecharlo y a estudiar sus horas de salida, las calles por donde pasaba y los sitios que frecuentaba. Lo siguió hasta Batignolles, donde tenía su nuevo domicilio; marchó detrás de él satisfecha porque ponía el pie en las huellas de los suyos, porque llevaba su mismo camino, porque lo veía un poco... A eso se reducía todo. No se atrevía a hablarle y se mantenía a cierta distancia, yendo detrás como un perro perdido, que se da por afortunado cuando no lo rechazan a puntapiés.

Era el mes de noviembre. Hacía tres o cuatro días que Germinia no había visto a Jupillon. Fué a espiarlo y a buscarlo junto a su casa. Al llegar a su calle vió desde lejos una raya larga, luminosa, filtrándose por la cerrada ventana. Aproximóse y oyó carcajadas, chocar de vasos, mujeres, y luego una canción: la voz de la mujer que ella aborrecía con todos los rencores de su corazón, la que hubiera querido ver muerta..., ¡la prima!

Germinia se pegó a la ventana, aspirando lo que decían, hundida en la tortura de escucharles, hambrienta de sufrir y devorando su sufrimiento. Caía una lluvia fría de invierno y no la notaba. Todos sus sentidos se dedicaban a oir. Transcurrían las horas. Germinia seguía siempre allí. No pensaba en marcharse. Esperaba sin saber lo que esperaba. La lluvia arreciaba, pero ella no lo sentía: sentía solamente en todos sus miembros el sufrimiento de su alma.

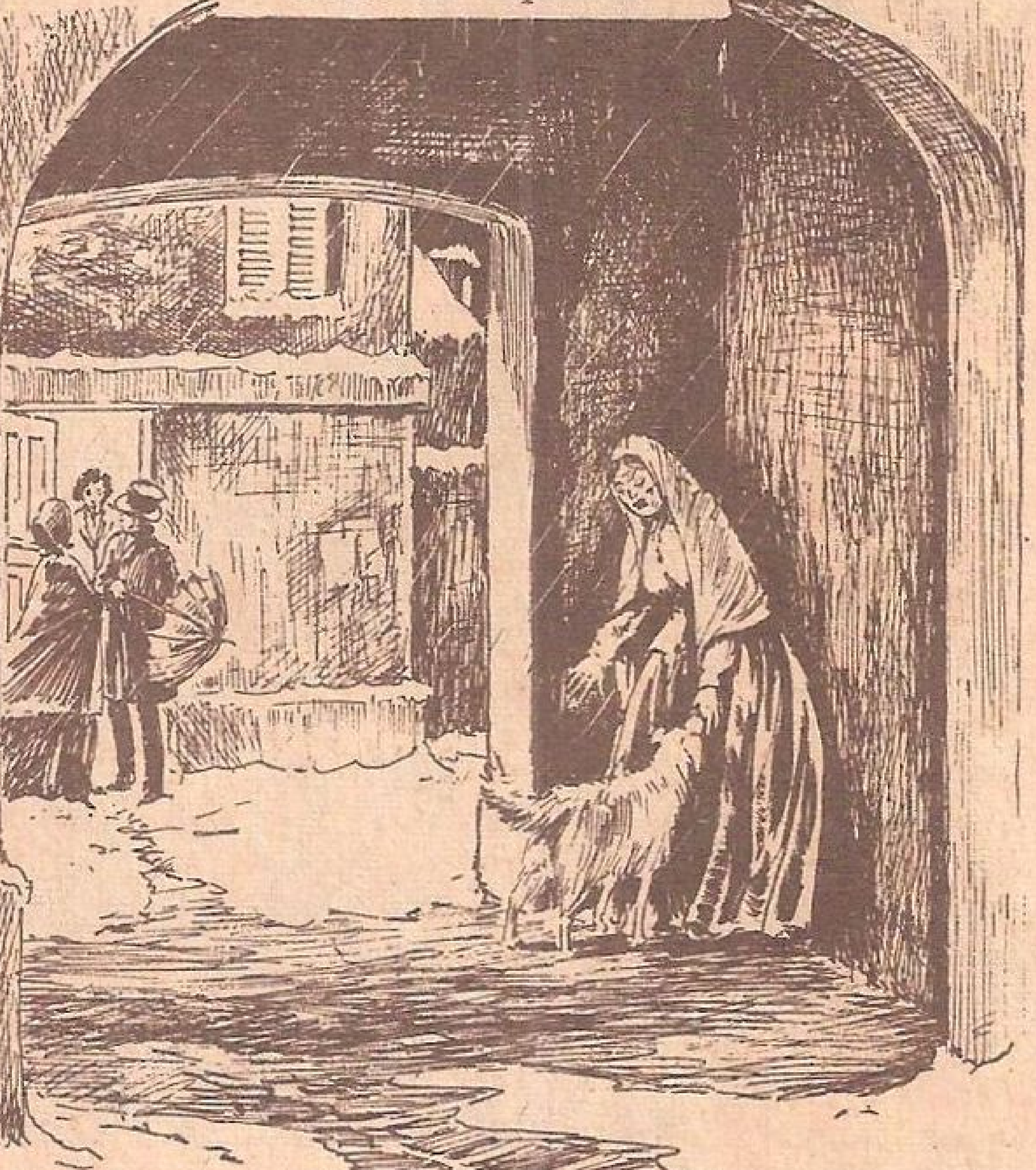
GOTITAS DE ALEGRÍA



-Bueno, ¿y ahora que lo hemos atrapado, qué hacemos?

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

A las altas horas de la noche hubo ruido, movimiento y pasos que se acercaban a la puerta. Germinia corrió a esconderse en una rinconada, a poca distancia de allí, y vio salir a una mujer acompañada de un joven. Cuando los miraba alejarse sintió en sus manos una cosa dulce y caliente, que en el primer instante le causó miedo: era un perro que la lamía, un perrazo al que de pequeño tuvo muchas noches sobre las rodillas, en la trastienda de la lechería. — ¡Aquí, **Moloso!...** — gritó dos o tres veces, en la sombra de la calle, la voz impaciente de Jupillon.



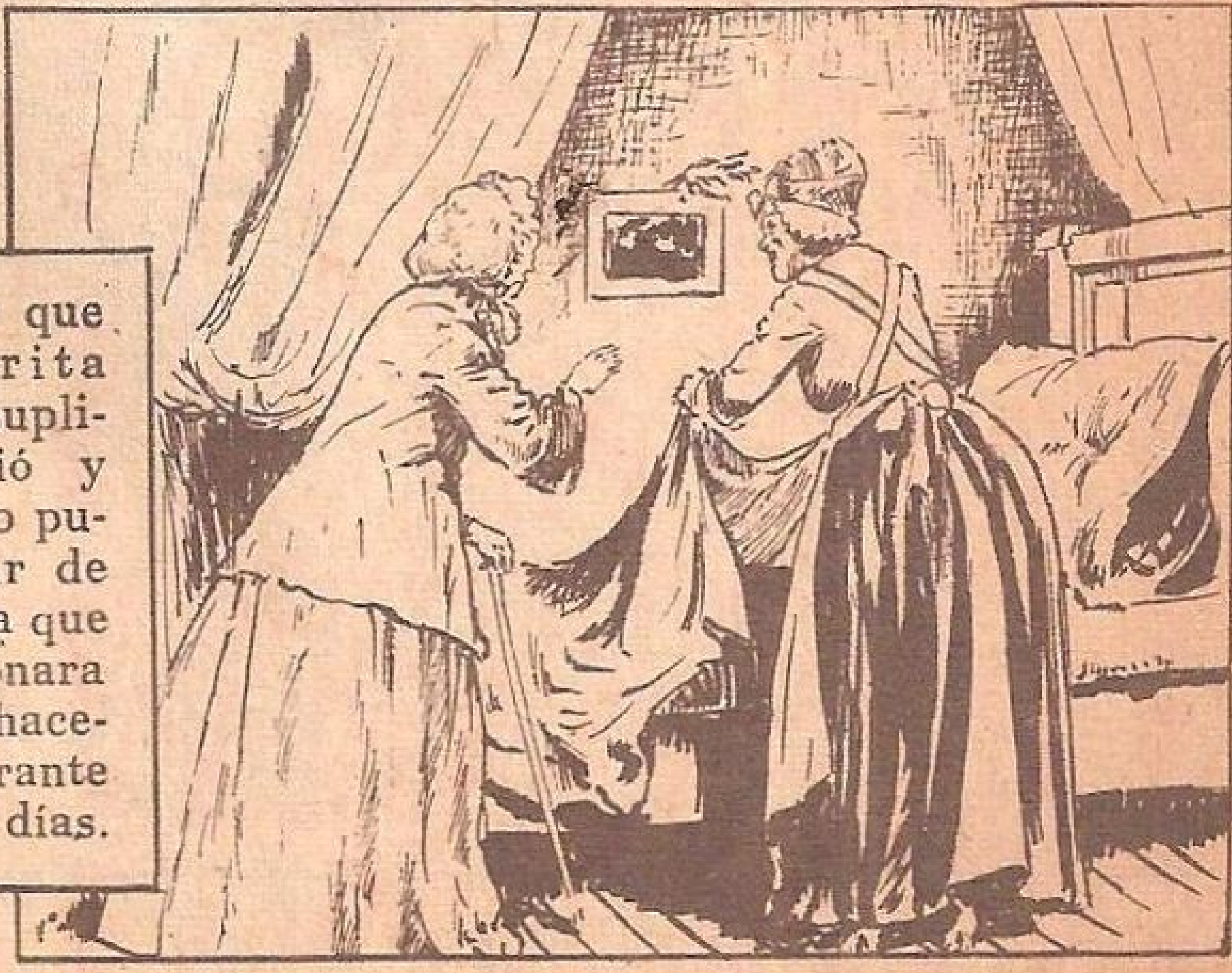
El perro ladró, se fue, dio la vuelta saltando como para tornar junto a ella y al fin se metió en la casa. Cerróse la puerta. Las voces y las canciones atrajeron otra vez a Germinia al mismo sitio, junto a la ventana. La lluvia la empapaba y ella se dejó calar escuchando siempre, hasta el amanecer, hasta la hora en que los albañiles, que iban a su trabajo, se echaron a reír al verla.

Dos o tres días después de aquella noche pasada bajo la lluvia, Germinia tenía un rostro aterrador de sufrimiento, la tez como el mármol y los ojos irritados. No decía nada, no se quejaba de nada y cumplía con su obligación como de ordinario. — ¿Qué te pasa? — le dijo la señorita—. ¿Es que estás enferma?... ¡Dios mío! ¡Qué manos tan calientes!... La tomó de la muñeca y, soltando su brazo al cabo de un instante, exclamó:—¡Cómo, animal!... ¿Conque tienes una calentura de caballo y te callas?...

Le mandó que se acostara, pero Germinia no consintió en meterse en la cama. Decía que no valía la pena, que trabajaría poco, que estaría todo el día sentada, que lo peor había pasado ya y se sentía mejor. Sin embargo, la señorita de Varandeuil hizo venir a un médico para que viera a la criada; éste la auscultó detenidamente, y dijo a la anciana:

—¡Es prodigioso!

Ha tenido una pleuresía sin hacer cama... Es de hierro esa muchacha... ¡Cuánta energía tienen las mujeres! Y se asombró al saber su edad.



Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Germinia no quiso siquiera que le hablaran de una asistenta, que haría lo más pesado de su tarea. Sostenida por una aparente mejoría, debida a la enérgica medicación del galeno, seguía haciendo la cama de su señorita y continuaba también preparándole la comida. La repulsión de la gente del pueblo a meterse en la cama y la furiosa y envidiosa voluntad de impedir que los cuidados de otra rodeasen a la señorita no eran las únicas causas que la incitaban a seguir de pie y a irse sosteniendo, a pesar de sus desfallecimientos; inspirábale todavía mayor terror la delación, que podía entrar con una nueva criada.

Tenía que estar allí necesariamente para guardar a la señorita e impedir que se acercaran a ella. Además, era también preciso que se mostrase, que la viese todo el barrio y que no pareciese una muerta para sus acreedores. Tenía que poner buena cara para tranquilizarlos y para evitar que los acreedores, alarmados, subiesen las escaleras y se dirigiesen a la señorita.

Aquella comedia horrible y necesaria la sostuvo. Fue heroica hasta hacer mentir a todo su cuerpo, irguiendo su abatido talle ante los tenderos que la acechaban, apresurando su vacilante paso, frotándose las mejillas, antes de bajar, con una áspera servilleta para que se pusieran del color de la sangre y para ocultar en su semblante las palideces del mal y la máscara de la muerte.

Pero llegó un día en que ya no pudo levantarse de la cama, y el médico ordenó su inmediato ingreso en el hospital. La señorita le propuso llevarla en una camilla, pero Germinia se negó vivamente. — De ningún modo —dijo—. Me creerían muerta ya... Pensaba en sus deudas: necesitaba que los acreedores de la calle la vieran viva y de pie hasta el fin.

La puerta se cerró tras ella con un ruido de despedida y, sostenida por la señorita de Varandeuil, bajó por la escalera principal los cinco pisos. En cada descanso se detenía y respiraba. Al llegar al vestíbulo se encontró con el portero, que le había sacado una silla, en la cual se dejó caer. Aquel hombre gordo le prometió, riendo, que estaría curada dentro de seis semanas. Ella movió la cabeza, pronunciando un **sí**, un **sí** ahogado.

Ya estaba en el coche, al lado de la señora. El coche era incómodo y saltaba sobre el empedrado. Había inclinado el cuerpo hacia adelante para no sentir de rechazo los golpes de los vaivenes. Veía pasar las casas y no hablaba. Una vez llegada a la puerta del hospital, no quiso que la ayudaran para ir hasta la sala de entrada.

Llenadas las formalidades del caso, la señorita de Varandeuil se volvió hacia Germinia y la abrazó; luego un enfermero la agarró del brazo, y ya no la vio más... Huyó y, cayendo sobre los almohadones del coche, estalló en sollozos y dio rienda suelta a las lágrimas, que la estaban ahogando desde hacía una hora. El cochero, sentado en el pescante, iba asombrado de oir llorar con tanta fuerza.

El sábado por la mañana acababa de levantarse la anciana y estaba preparando una cestita con cuatro tarros de confituras para llevárselos al día siguiente a Germinia, cuando oyó voces bajas en la antesala: era que charlaban la asistenta y el portero. Casi al mismo tiempo abrióse la puerta, y el portero entró y dijo: — Hay malas noticias, señorita. Y le alargó una carta que llevaba en la mano y que tenía el sello del hospital. Germinia había muerto aquella mañana a las siete.

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

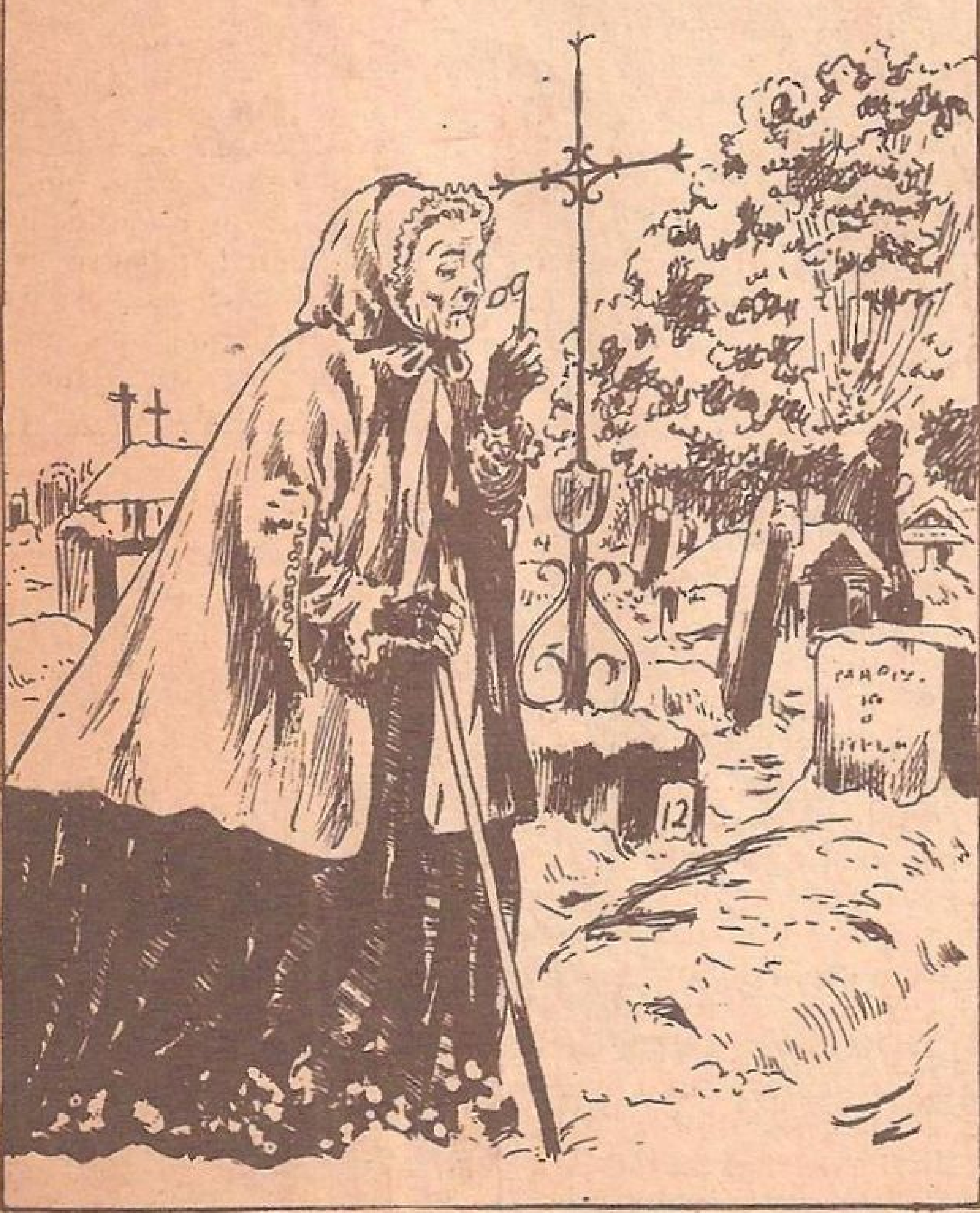
A consecuencia de aquella escena, la señorita de Varandeuil permaneció ocho días en el lecho, enferma y furiosa, llena de una indignación que le destrozaba el corazón, que se le escapaba por los labios y que a veces le arrancaba alguna grosera injuria. De día y de noche daba vueltas al mismo pensamiento de maldición, y hasta en sueños la cólera agitaba sus delgados miembros.

Pero, en medio de lo más sombrío de sus pensamientos y suposiciones, surgía una visión que se iluminaba en su presencia. Acercábase una imagen que parecía salir al encuentro de su mirada, una imagen contra la cual no podía defenderse, una imagen que traspasaba las manos con las que ella quería rechazarla: la señorita de Varandeuil volvía a ver a su criada como la vio la última vez. Contemplaba nuevamente aquel rostro crucificado, aquella torturada cabeza, a la que había subido la agonía de un corazón.

Y como la expresión de aquella cabeza se hacía cada vez más dulce, la señorita acababa por ver en ella una súplica que le imploraba, una súplica que a la larga la movía a compasión. Insensiblemente se deslizaban entre sus reflexiones indulgencias e ideas de excusa. Preguntábase si la pobre mujer era tan culpable como otras, si fué ella la que escogió el mal o si, por el contrario, la vida, las circunstancias y la desgracia de su cuerpo y de su destino fueron las que hicieron de ella la criatura que había sido, un ser destinado al amor y al dolor... Su pensamiento se iluminaba con la idea del perdón.

Cierta mañana saltó de la cama, se vistió rápidamente con la ayuda de su nueva sirvienta, tomó un coche y se hizo conducir al cementerio de Montmartre. Allí, en el lugar que le indicaron, buscó la tumba de Germinia. Llegó a las cruces del 8 de noviembre, víspera de la muerte de la criada. Esta, por tanto, debía encontrarse al lado. Había allí cinco cruces del 9 de noviembre, cinco cruces muy juntas todas: Germinia no estaba en aquel grupo.

La señorita de Varandeuil fue un poco más lejos, a las cruces del 10, a las del 11 y hasta a las del 12. Tornó a las del día 8 y miró una vez más por todas partes: no había nada, absolutamente nada... ¡Germinia fue enterrada sin ponerle una cruz!... ¡Ni siquiera clavaron sobre su tumba un pedazo de madera para poderla reconocer!...



Por fin la anciana señora dejóse caer de rodillas sobre la nieve entre dos cruces, fechadas una el 9 y otra el 10 de noviembre. Por allí, poco más o menos, debía de estar lo que quedase de Germinia. Aquel terreno vago era su vaga sepultura. Para orar encima de ella había que orar al azar, entre dos fechas, como si el destino de la pobre mujer hubiera querido que no hubiese en la tierra más sitio para su cuerpo del que hubo para su corazón.

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

El gran actor James Stewart hace su reaparición en la pantalla, personificando al propietario de una rica granja en las fértiles tierras de Virginia, durante la Guerra de Secesión. Lo secunda un gran reparto en la magnífica película "PARAISO PERDIDO "(Shenandoah), de UNIVERSAL INTERNATIONAL, SIMBOLO DE EXITO.

VAMOS A REIR

-Perdone mi pregunta, señor, pero, por la expresión indiferente de su rostro, presumo que usted es sordo, ¿verdad?

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Esaneado en Córdoba - Argentina

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

El jardinero no inventaba. Bellart, naturalmente, no desaprovechaba ninguna oportunidad para hurguetear en el pasado de la bella institutriz.
Para ganarse a la servidumbre, hablaba hasta por los codos. Contaba chistes, chascarrillos y hacía alarde de ser muy campechano y servicial.
La pequeña Odette y su hermano menor comenzaron a revolotear en torno al "chofer", que se multiplicaba para sonsacar a unos y otros, llevar y traer al doctor -ya que había de hacer su papel lo mejor posible- y dar cuenta de sus adelantos al inspector, al que debió confesar. . .
-Si durante tantos años no ha sucedido nada de particular, no tiene por qué suceder de un día para otro.-En eso el diligente detective se equivocó.
No acababa de decir aquellas palabras, cuando el doctor Perier llamó por teléfono a la jefatura.
La institutriz se ha marchado llevándose a los dos niños.
Lo que se dice mucho, no avanzo. Pero no me urge.
Diez minutos después, el inspector Dupont y Bellart llegaban a la casa del doctor Perier con la esperanza de que todo hubiera sido una falsa alarma. Pero aquél les tendió un papel escrito que no daba margen a ninguna duda.
La nota decía algo más. Que no llamase a la policía y que ella le haría llegar sus noticias.
Ya le hablará o le escribirá pidiéndole un fuerte rescate.
El doctor Perier sintió cierto fastidio hacia el joven detective, no sólo porque siempre se ingeniaba para decir lo que más mortificaba, sino porque intuía que su intromisión en su domicilio había precipitado los acontecimientos. En esto no se equivocaba.
Me pide que no trate de averiguar su paradero.
El inspector Dupont tuvo la deferencia de dejar que el médico decidiera sobre los pasos a dar.
Hay que esperar.
Bellart fue a decir algo, pero su superior lo contuvo con un gesto.
Sin ánimo para atender a sus pacientes, el doctor Perier delegó en un colega esta responsabilidad y, fumando uno tras otro cigarrillo, se sentó lo más cerca posible del teléfono, que no se hizo esperar.
Soy yo, Julie.

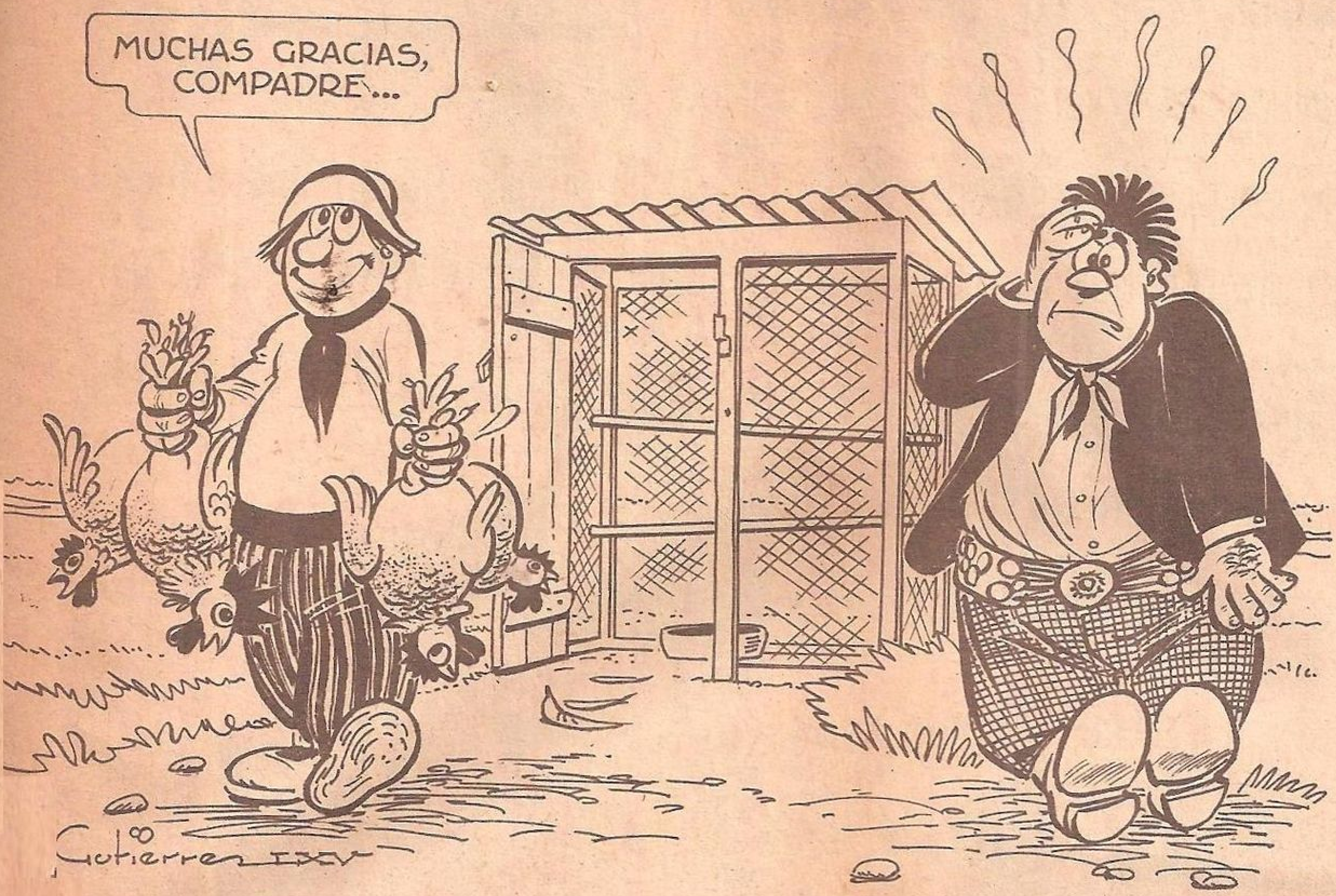
Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

La joven institutriz le dijo al inspector que hacía algún tiempo un individuo le había salido al paso.
Insistió en que yo no era quien soy sino una tal... Nina o algo así.
Me dijo que me denunciaría a mis patrones salvo que... me mostrara comprensiva y lo dejara a él participar en el negocio.
Mi participación, según él, consistía en que yo mirase hacia otro lado, mientras él se alejaba con uno de los niños.
Por eso vi el cielo abierto, cuando el doctor me propuso un viaje.
La joven le mostró algunas cartas que llevaba consigo.
Eran cartas escritas con letra de imprenta y plagadas de amenazas.
Lea ahí, donde dice que de algún modo se saldría con la suya.
Cuando lo vio a Bellart haciendo las veces de chofer y supo que andaba haciendo preguntas se alarmó.
Diga más bien que me aterroricé cuando vi que los niños se hacían tan amigos suyos.
Temí que con cualquier pretexto se los llevara en el coche y no volviéramos a verlos más.
Aclarados los últimos acontecimientos, quedaba en pie la incógnita respecto a la intervención quirúrgica.
La primera vez que entré en un quirófano fue en Orán.
Deduzco de ello, que, a quien operó el doctor hace años, fue a esa mujer.
¿Recuerda, doctor, que cuando entré a trabajar en su casa, y usted hizo alusión al asunto, no supe qué contestarle...?
Sí. Ahora lo recuerdo.
Todo hubiera podido concluir allí, pero Bellart, tras echar una ojeada sobre las amenazas que habían enviado a la joven, dijo.
El peligro subsiste.
Si ese hombre, que sospecho debe ser el "genovés", sigue creyendo que la señorita es Nina Chaunard, no la dejará en paz.

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

ALMANAQUE CRIOLLO



Consejos del Viejo Irala
por Alberto Vacarezza

Aunque el ser ofertador
a naide lo ha empobrecido,
nunca ofertes al descuido
empriestar o regalar,
SI NO TE QUERES HALLAR
POR LA OFERTA ARREPENTIDO.

OCTUBRE 1965

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
C. Crec. 2	L. Llena 9	C. Meng. 16	L. Nueva 24	C. Crec. 31	1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24/31	25	26	27	28	29	30

NOVIEMBRE 1965

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
L. Llena 8	1	2	3	4	5	6
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28	29	30	C. Meng. 15	L. Nueva 22	C. Crec. 30	★

COMPRE intervalo ALBUM TODOS LOS MESES

Lea, en el próximo INTERVALO ALBUM

UN MATRIMONIO DEL GRAN MUNDO, por Octavio Feuillet

EL ROMANCE DE MARIA LUISA LAMADRID, por Héctor Pedro Blo

EL DIA EN QUE SE ABRIERON LAS GRANDES PUERTAS PARA KATHERINE DEVOE, por Adan Acosta

TIEMPO DE LA INFANTA ISABEL, por Osvaldo Moro

THANKFUL BLOSSOM, por Francis Bret Harte

CADENA DE TRAMPAS, por Jack Fellow

DR. KILDARE, por Ken Bald

PARAISO PERDIDO, por James Lee Barret

HISTORIAS DE HOMBRES Y MUJERES, por C. M. Paz

EL PAJARO AZUL, por Queen Brown

INTERVALO ALBUM

AÑO XV Nro. 111

DIRECTORES: RAMON COLUMBA (h.), CLAUDIO COLUMBA (h.)

EDITOR RESPONSABLE

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - TEL. 45-1145 Y 4297

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULA

Venta interior y exterior: B. Bertrán Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos Talcahuano 1146

Registro Nacional Nº 857.392 de la Propiedad Intelectual

Correo Argentino Central B.

Franqueo a Concesión N

Tarifa Red Concesión N

tenemos un curso para Ud.

y pida este libro GRATIS

envie este cupon

Remita HOY MISMO su nombre y dirección y recibira GRATIS el libro "GUIA DE ENSEÑANZA" de 68 paginas con los detalles y programas de los cursos que enseñamos desde el año 1923.

Estudie un curso de su agrado en sus momentos libres y en su Casa · que le permitirá triunfar en su Porvenir. Las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS le brindan una enseñanza eficaz, moderna y práctica, pagadera en cómodas cuotas mensuales, y lo guía durante sus estudios hasta que usted recibe su DIPLOMA.

SUCURSALES EN EL PAIS:
ROSARIO:
Entre Ríos 1458 - Rosario
MENDOZA:
9 de Julio 1589 - Mendoza
TUCUMAN:
Mendoza 514 - Tucumán

CURSOS CON ENTREGA DE MATERIALES PRACTICOS

CURSOS QUE ENSEÑAMOS (POR CORREO)

- Tenedor de Libros
- Perito en Contab.
- Secretario Comerc.
- Empleado de Com.
- Corresponsal Com.
- Dibujo Artístico
- Dibujo Arquitec.
- Caric. e Histor.
- Radio a Transistores
- Técnico en Radio
- Técnico en Telev.
- Mecán. en Autos
- Técnico Mecánico
- Motores Diesel
- Construcciones
- Técnico Electric.
- Téc. Helad. Eléct.
- Corte y Confec.
- Labores
- Aritmética Com.
- Taquigrafía
- Periodismo
- Electric. Automóvil......

.. y 30 cursos más

ESCUELAS LATINO AMERICANAS
Avda. BOYACA 932
Buenos Aires

Enseñanza por Correo

Sirvase enviarme GRATIS el libro GUIA DE ENSEÑANZA

NOMBRE ....

DOMICILIO ....

LOCALIDAD ....

CURSO QUE LE INTERESA ....

INT. 216

* SUCURSAL CENTRO: Calle Florida 253 - 3er. piso -F- Capital Federal